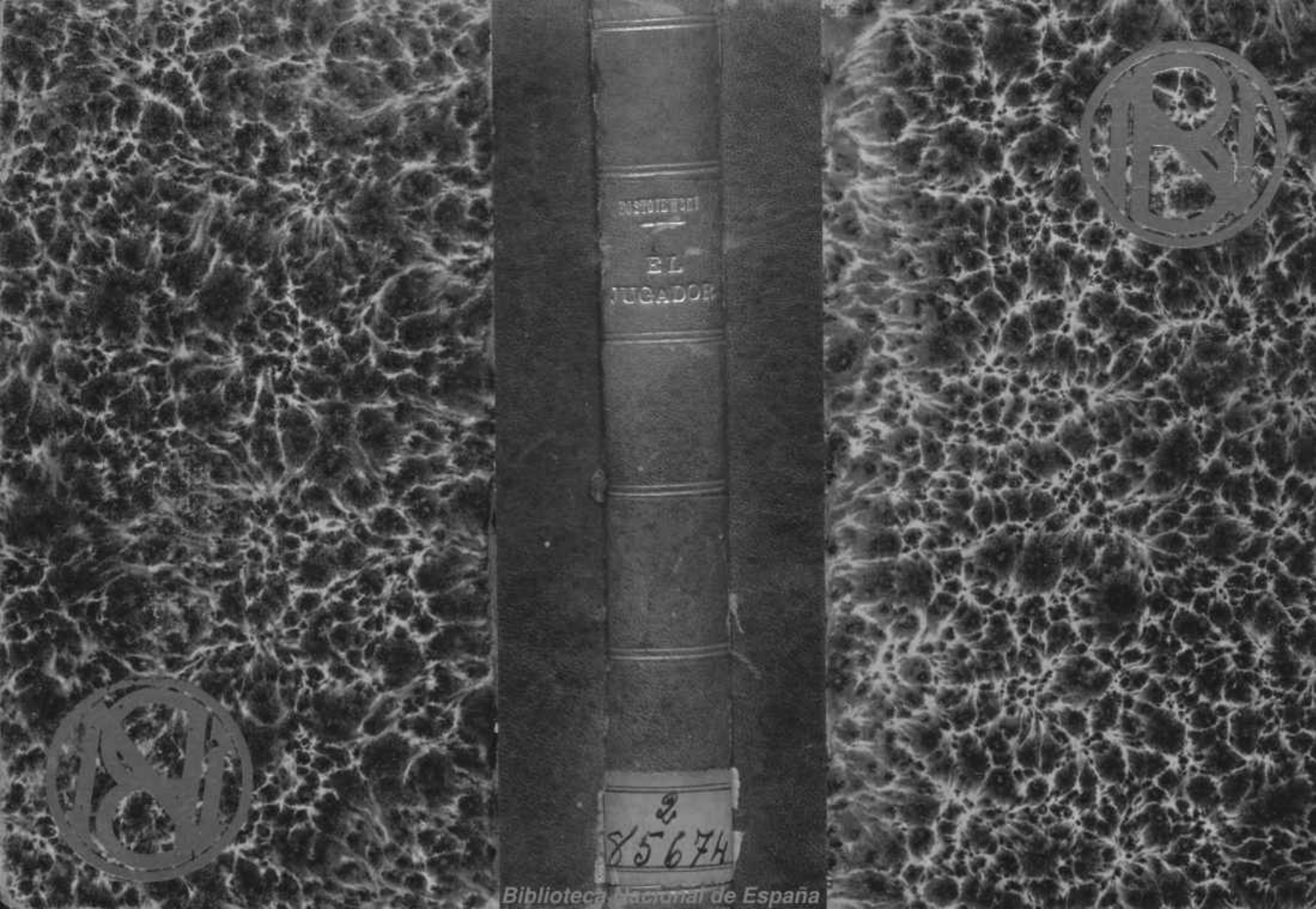
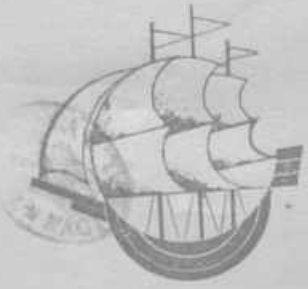

DOSTOIEWSKI
EL
JUGADOR
2
85674
Biblioteca Nacional de España

2
85674

2
8921

AUTORES MODERNOS
Y CONTEMPORANEOS

FEDOR DOSTOIEWSKI
«EL JUGADOR»



331

1928
MADRID
GÓNGORA, IMPRESOR
PRINTED IN SPAIN

EDICIONES LA NAVE
NÚMERO 1

Primera edición de 3.000 ejemplares
con retrato y autógrafo
de Fedor Dostoiewski.

1
VOLUMEN

Rústica Ptas. 4,00
Encuadernación Ptas. 1,00

EL JUGADOR

INDICE DE ESTE VOLUMEN

	PÁGINAS
Serie sexta a la que corresponde	4
Retrato del autor	»
Portada	5
Propiedad y derechos	6
Obras completas de Fedor Dostoiewski	7
Fechas de nacimiento y muerte del autor	8
Nota preliminar	9
Cronología de la obra de Fedor Dostoiewski	10
Capítulo I	31
— II	47
— III	57
— IV	66
— V	75
— VI	90
— VII	104
— VIII	115
— IX	128
— X	144
— XI	165
— XII	180
— XIII	200
— XIV	219
— XV	233
— XVI	250
— XVII	266

PUBLICACIONES ATENEA
SERIE SEXTA

FICCIÓN, NOVELA, CUENTOS

Títulos publicados:

	PESETAS
OSCAR WILDE. El Príncipe Feliz y La Casa de las Granadas	5,50
OSCAR WILDE. El Retrato de Dorian Gray (dos tomos)	7,00
HERNÁNDEZ CATÁ. Los Frutos Ácidos	4,00
GABRIEL MIRÓ. El Humo Dormido	4,00
H. G. WELLS. El País de los Ciegos	4,00
W. REYMONT. El Casamiento de Maciej Boryna	4,50
R. L. STEVENSON. Tres Narraciones Maravillosas	4,50
FEDOR DOSTOIEWSKI. El Doble	4,50
GÓMEZ DE LA SERNA. El Doctor Inverosímil	5,00
GABRIEL MIRÓ. El Ángel, El Molino	5,00
GABRIEL MIRÓ. Nuestro Padre San Daniel	5,50
RUDYARD KIPLING. Kim	7,00
GABRIEL MIRÓ. Figuras de la Pasión, I	6,00
GABRIEL MIRÓ. Figuras de la Pasión, II	6,00
RUDYARD KIPLING. La Litera Fantástica	5,50
EMILY BRONTË. Cumbres Borrascosas	5,00
GABRIEL MIRÓ. Niño y Grande	4,50
FEDOR DOSTOIEWSKI. Un Adolescente, I	5,00
FEDOR DOSTOIEWSKI. Un Adolescente, II	5,00
FEDOR DOSTOIEWSKI. El Idiota (tres tomos)	10,50
R. L. STEVENSON. La Resaca	5,00
FEDOR DOSTOIEWSKI. Los Hermanos Karamazov (cuatro tomos)	12,00
ANITA LOOS. Los Caballeros las prefieren rubias	5,00
FEDOR DOSTOIEWSKI. El Eterno Marido	4,50
OSCAR WILDE. El Crimen de Lord Arturo Savile y otras prosas	5,50
FEDOR DOSTOIEWSKI. El Jugador	5,00

R 87328

FEDOR DOSTOIEWSKI

OBRAS COMPLETAS

EL JUGADOR



TRADUCCIÓN DE
ALFONSO NADAL

MADRID
EDICIONES «LA NAVE»

N O V E L A

Es propiedad.—Queda registrado y hecho el depósito que marca la ley.

Reservados los derechos para todos los países.

Copyright 1928, by FERNANDO CALLEJA.

OBRAS COMPLETAS DE FEDOR DOSTOIEWSKI

PUBLICADAS:

	PESETAS
El doble	4,50
Un adolescente (2 tomos)	10,00
El idiota (3 tomos)	10,50
Los hermanos Karamazov (4 tomos)	12,00
El eterno marido	4,50
El jugador	5,00
La aldea de Stepantchikovo	4,50

EN PRENSA:

El sueño del tio.
La casa de los muertos.

EN PREPARACIÓN:

Crimen y castigo.
Los poseidos.

FEDOR DOSTOIEWSKI

nació en Moscú
el 21 Octubre 1821.

Murió en San Petersburgo
el 28 Enero 1881
a las 8'38 de
la noche.

(Siglo XIX)

NOTA
PRELIMINAR

OBRAS DE FEDOR DOSTOIEWSKI

POR ORDEN CRONOLÓGICO

1846 Los Pobres, El doble y Projarchin.
1847 La patrona y Una novela en nueve cartas. (Escrita en 1845.
1848. Polzumkov, Un corazón débil, La mujer de otro, Un ladrón honrado, Un arbol de Navidad y una boda y Las noches blancas.
1849. Netochka Nezvanova y Un pequeño héroe.
1859. El sueño del tío y Stepantchikovo.
1861. Humillados y ofendidos y La casa de los muertos.
1862. Un trance desagradable.
1864. Notas desde el subterráneo.
1865. El cocodrilo.
1866. Crimen y castigo.
1867. El jugador.
1868. El idiota.
1870. El eterno marido.
1871. Los poseídos.
1873. Bobok.
1875. Un adolescente.
1876. Marey el mujik, El árbol de Navidad celeste y La tímida.
1877. El sueño de un hombre ridículo.
1879. Los hermanos Karamazov.

Además de estas obras publicará ATENEA varios volúmenes integrados por:

El diario de un escritor.
Viajes por el extranjero.
Carnets, notas, etc.
Correspondencia.
La confesión de Stavroguin.
Vida de un gran pecador.

Sinceramente, no nos sentimos bastante animados para descender al abismo caótico a que nos llevaría un análisis detenido de esta novela extraordinaria, confrontándola con las notas biográficas que preceden y siguen a los años 1866-67, en que se escribió El Jugador. *Dostoiewski es una figura demasiado grande para que midamos sus debilidades y virtudes con la pauta de nuestra moral mezquina, y aunque esta época de su vida en que se publica* El Jugador *es la más borrascosa, la más comprometida para el prestigio de su honestidad, porque en ella el hombre se desborda en un ímpetu de exuberancia vital, acepta con entusiasmo el amor que le ofrece una muchacha, viaja por Europa, se entrega desenfrenadamente al juego, contrae deudas, es abandonado por la amante, enviuda y vuelve a casar a los cuarenta y siete años con la joven de diecinueve que había de llevarlo a una década de feliz prosperidad y sosiego, nos limitaremos a considerarla la más interesante, presentando los episodios que mejor se reflejan en la novela y aconsejando al lector sea cauto en su juicio si no quiere equivocarse.*

El año 1862 fué sonriente para Dostoiewski. Publica dos ediciones de La Casa de los Muertos, *y el periódico «Wremia», que funda con su hermano Miguel, le allana el camino por donde su genio avanzó en seguida triunfalmente, al lado de prestigios como el poeta Apolonio Maikov y el filósofo Nicolás Strakov. En los salones literarios que de nuevo frecuenta, se le atiende y reverencia, y la juventud estudiantil de Petersburgo, que despertaba por entonces a la vida intelectual, aplaude las serenas verdades que el profeta de la revolución rusa les predica y adora al maestro con el generoso fervor de la mocedad. Y entonces se destaca aquella muchacha llamada Paulina que, como otra Magdalena, prendada del maestro, le ofrece los ungüentos de su amor. Paulina es estudiante por amor a la libertad que le proporcionaba el pretexto de una carrera jamás terminada, con bastante fortuna para vivir en la capital, sin cuidados, escuchando los piropos de los estudiantes, asistiendo a todas las manifestaciones políticas, incitando a la revolución, agitando la bandera roja, pasando alguna quincena en la cárcel y siendo luego llevada en triunfo por los compañeros revoltosos, según el retrato que de ella nos hace la propia hija de Dostoiwski, la cual no duda en identificar a esta mu-*

chacha con la heroína de El Jugador, *que lleva también el nombre de Paulina. Enamorada quizá más de la fama del escritor que del hombre mismo, le escribe una carta de amor que Dostoiewski lee con emoción; porque este ofrecimiento llega en el instante en que más falta le hace al hombre traicionado, ridiculizado, torturado. ¿Cómo no aceptar lo que se le ofrece, si su propia esposa lo desprecia incesantemente, tratándolo de ex presidiario, cuyo amor es una afrenta? He aquí que una doncella le ofrece su corazón, demostrándole que aún puede ser amado... que no es justa la opinión de su mujer. El escritor sabe que ésta puede vivir pocos meses ya, y que luego podrá casarse con Paulina, cuya ligereza de costumbres desconoce; pero no quiere poner a prueba un amor juvenil que se le ofrece libremente, pasando por encima del mundo y de toda formalidad.*

Deciden los amantes proseguir la aventura en París, adonde se adelanta Paulina, ya que ciertos asuntos del periódico retienen al gran novelista en Petersburgo. Paulina se cansa de esperar y a los quince días le escribe anunciándole que ama a un francés a quien acaba de conocer. «Todo se acabó entre nosotros—escribe la estudiante—, y tuya es la culpa. ¿Por qué tardabas

tanto?» En este momento se inicia el drama de la vida real que ha de cristalizar en una obra literaria de las más dignas de estudio del escritor eslavo. Dostoiewski parte como un loco para el extranjero y atraviesa Europa sin fijarse en nada, llega a Paris y Paulina lo recibe con cruel frialdad, mostrándose enamorada del otro ante quien el coloso de la literatura ha de retirarse vencido. La inteligencia del escritor salva la situación que podía hacerse violenta. Prefirió retirarse sin protestar porque se hizo cargo, aunque diga en el último capítulo de la novela: «Un francés y una señorita rusa es una combinación, mister Astley, que ni usted ni yo podríamos explicarnos ni llegar a comprender». *¿Que por qué un francés y una señorita precisamente?* «Porque el francés es el producto de una tradición de belleza acabada. Quizá ni usted como bretón ni yo como ruso convengamos en ello, aunque sólo sea por envidia; pero nuestras damitas pueden ser de otra opinión. Acaso halle usted a Racine artificioso, afectado, alambicado; tal vez ni lo lea; pero es encantador, mister Astley, y no se puede negar que es un gran poeta. El tipo nacional francés ya estaba moldeado en las más elegantes formas cuando nosotros éramos aún salvajes. La revolución heredó las

tradiciones de la aristocracia, y ahora aun los más vulgares franceses tienen modales, palabras y pensamientos de exquisita elegancia en que nada tienen que ver ni su inteligencia ni sus sentimientos, puesto que se les han dado por herencia. Pues, bien, mister Astley, ha de saber que no existe en el mundo ser más confiado y candoroso que una muchacha rusa, y el francés puede conquistar su corazón de la manera más fácil presentándosele con algún oportuno disfraz. Posee maneras elegantes y la joven toma por espíritu individual, lo que no es más que ropaje exterior heredado de sus antepasados.» *He aquí cómo el dolorido corazón de Dostoiewski perdona la ligera conducta de Paulina.*

No sintiéndose bien al lado de la tornadiza colegiala, continúa su viaje hasta Londres, donde visita a Herzen y admira la belleza de la ciudad y de las inglesas. En compañía de su amigo Strakov viaja por Italia y Alemania y luego vuelve a Rusia sintiendo la nostalgia de Paulina, la cual le escribe desde París contándole la traición de su amante y rogándole vuelva a verla. Dostoiewski no se decide, pero ante la amenaza de suicidio a que recurre la muchacha, el escritor lo abandona todo para correr a su lado y consolar a la

afligida, a la que propone un viaje por Alemania. Los dos amantes visitan la región del Rin y se instalan en Wiesbaden, donde Dostoiewski juega apasionadamente a la ruleta, experimentando el gozo de ganar y la desesperación de perder. Era la segunda vez que jugaba, pero en su primer viaje, parece que la ruleta le dejó frío. Ahora quiere ganar para Paulina, para vivir con esplendidez, para viajar por Italia, que tan gratos recuerdos le había dejado; como despues querrá ganar para librarse de deudas, para vivir tranquilo, para escribir sus novelas. «No era dinero, no, lo que quería—dice en la novela—sino ver al día siguiente a todos los elegantes de Baden, hablando de mí, admirándome, elogiándome, inclinándose ante mi suerte. Acaso volviera a encontrar a Paulina y le probaría que yo era superior a todos los azares del destino... ¡No, no era el dinero lo que yo amaba! ¡Demasiado me consta que no soy ambicioso, y sin embargo, con qué ansiedad, con qué sobresalto del corazón oía gritar a los «croupiers»: «trente et un», «rouge», «impair et passe», o bien: «quatre», «noir», «pair et manque»! Al entrar en la sala aquella noche, apenas oí el sonecillo del precioso metal, desde muy lejos, alborotóseme toda la sangre, sin poder remediarlo. Siempre me acordaré

del momento de acercarme a la mesa de juego con mis setenta florines».

Su misma hija, Amada, se pregunta honradamente cómo es posible que un hombre puro y austero en su juventud se haya entregado a los cuarenta a semejantes locuras. Y contesta: «Hay que ver en esta conducta la rebeldía de un marido fiel, harto ya de las burlas de la esposa. Mi padre quería persuadirse de que también él podía engañar a su mujer, llevar la vida frívola de otros hombres, gozar del amor y divertirse. Es curioso que Dostoiewski se haya pintado con los rasgos de un preceptor, que rechazado por la joven a quien ama, busca inmediatamente a una coqueta a quien desprecia, y va con ella a París, para vengarse de la joven a quien sigue amando. A más de la venganza de un marido, nos habla también esta novela de una verdadera pasión. Basta oir lo que dice el héroe de El Jugador *a propósito de Paulina: «Hay momentos en que daría mi vida por estrangularla: siempre que acaban nuestras conversaciones. Juro que empuñaría con placer un cuchillo, si en esos momentos pudiera hundírselo en el pecho; pero también juro por lo más sagrado que si en el famoso picacho del Schlagenberg me hubiera dicho de veras: «arrójate», me hubiese tirado de cabeza*

con el mayor placer». Pero añade su hija que Dostoiewski tomaba toda clase de precauciones para que su mujer enferma no tuviese la menor noticia de sus calaveradas; pues si le hacía falta rehabilitarse a sus propios ojos, no tenía corazón para causar a la tísica ningún daño.

Todo el verano duró la amorosa aventura y en un viaje por Italia con Paulina le asaltó la idea de una novela donde verter el cúmulo de sensaciones contrarias que acababa de experimentar como amante y como jugador. Lleno de entusiasmo, va apuntando en todo trozo de papel que le llega a la mano lo que se le ocurre de momento, con el propósito de ordenarlo luego. «Nada tengo preparado—escribe al crítico Strakov—como no sean los apuntes para una novela que ha de ser magnífica y que he ido recogiendo en trozos de papel. Hasta empecé a redactarla, pero como hace tanto calor y pienso estar sólo una semana en Roma... Dime quién sería capaz de hacer un trabajo serio estando sólo ocho días en Roma. Siempre vuelvo a casa rendido. Describirá la novela la vida de un ruso que vive en el extranjero. Ya sabes lo mucho que hablaron el pasado año nuestros periódicos de los rusos que emigran. Este problema quedará reflejado en mi novela

entre una crítica velada del estado de nuestra organización interior. El personaje principal será de un vigor plástico como muy pocos, aunque lo que ha de retratarlo mejor es que dedicará a la ruleta toda su alma, todas sus energías, todo su talento. Es un jugador, pero no vulgar. A su manera es un poeta, aunque se avergüence de su poesía y sienta la vulgaridad de su hazaña; la necesidad de luchar por la suerte ennoblece el concepto de sí mismo.»

Veamos cómo pinta el temperamento ruso en el extranjero y ante la ruleta: «Yo opino—dice el jugador—que la ruleta se ha inventado para los rusos precisamente»... *Porque* «la aptitud para reunir un capital ha llegado a ser tenida en nuestros días como una virtud, como el principal mérito de los hombres de Occidente, y el ruso no sólo es incapaz de hacer dinero sino que lo dilapida de la manera más desordenada e indecente; pero como necesitamos también dinero, de aquí nuestro anhelo de recurrir a medios que, como la ruleta, pueden enriquecernos en poco tiempo, en menos de dos horas y sin ningún trabajo. Esto es lo que nos fascina tanto, y como jugamos mal, sin regla fija ni inmutarnos por nada, solemos perder.»

Dostoiewski se las prometía muy buenas, y en la ci-

tada carta no duda en afirmar que, como estudio psicológico, gustará más El Jugador *que* La Casa de los Muertos. *Acaso se dejó engañar por la pasión al tapete verde, porque como jugador no consigue nunca la grandeza, que nos conmueve cuando se pinta como amante. Hasta es posible que la descripción del juego y de las pasiones que despierta adolezca de cierta monotonía y vulgaridad.*

La novela ya no puede tener más carácter autobiográfico. En esta época debemos situar el incidente ocurrido en la Nunciatura y relatado con abundantes pormenores, por el protagonista de la novela en el primer capítulo. Nos lo refiere del mismo Dostoiewski, en sus memorias, su amigo Vrangel, a quien visitó en Copenhague. «Entre otras cosas me contó un incidente que denota lo nervioso e irascible de su temperamento. Estando en París se le ocurrió ir a Roma, lo que no podía hacerse sin tener los posaportes visados por el Nuncio de Su Santidad. Dostoiewski estuvo en la Nunciatura dos veces, sin lograr ver al Nuncio. En su tercera visita lo recibió un cura joven, quién le rogó esperase un poco, porque Monseñor acababa de almorzar y antes de despachar tomaría café. Dostoiewski se puso furioso y gritó: Dites à votre Monseigneur, que je

crache dans son café, qu'il me signe mon passeport, ou je me précipiterai chez lui avec scandale! *El curita lo miró estupefacto, corrió al despacho de su jefe y volvió a salir con otro sacerdote, que despidió a Dostoiewski con el encargo de mandar al portero de su hotel por el pasaporte.»*

Cuando vuelve a Petersburgo aquel otoño, encuentra a su mujer muy agravada. Dostoiewski la cuida como un buen esposo. En 16 de Abril del año siguiente enviuda y en 10 de Junio muere su hermano Miguel. El escritor hace un tercer viaje por Europa, durante el cual conoce la miseria y el consuelo de una pura amistad. Vuelto a Rusia, los acreedores de su difunto hermano se le echan encima, y lo amenazan con la cárcel; los primeros cuadernos de la novela Crimen y Castigo, *que por entonces se publican, truecan en odio el entusiasmo de los estudiantes y provocan el abandono de Paulina, todo porque un crítico escribió que Dostoiewski ofendía al estudiante ruso en la persona de Raskolnikov. Pero este alejamiento de la juventud durará poco.*

Dostoiewski contrae deudas para hacer callar a los acreedores más intransigentes y cae en manos del editor Stellowski, quien le compra por una cantidad irri-

soria el derecho de una edición completa de todas sus obras, con la condición de que Dostoiewski ha de añadir a las ya publicadas una novela original de determinado número de páginas. La novela debe quedar entregada el primero de Noviembre del mismo año, de lo contrario Dostoiewski perderá los derechos de autor y Stellowski pasará a ser propietario de sus obras. El novelista ha de aceptar tan bárbaras condiciones y aparta a un lado las cuartillas de Crimen y Castigo *para escribir febrilmente* El Jugador. *Trabaja noche y día, se le debilita la vista, consulta a un médico y éste le prohibe trabajar so pena de volverse ciego. Le aconsejan utilizar las ventajas de la taquigrafía, que acababa de importar un tal Olhine. Dostoiewski visita a este profesor, le expone el caso y le pide un alumno. Olhine no considera capacitado a ninguno, porque sólo tienen un curso de taquigrafía: sólo podría cumplir bien una discípula, que trabajó con gran afición durante las vacaciones; pero no necesita trabajar, es muy joven y quizá su madre no la permita ir a casa de un hombre.*

La taquígrafa se llama Ana Grigorievna y tanto ella como sus padres adoran a Dostoiewski. Dejemos que la hija de Ana Grigorievna y Dostoiewski nos

cuente cómo empezó y cómo terminó esta colaboración.

«Mi madre estaba persuadida de que su escritor favorito era un viejo caballero. Cuando le propuso Olhine trabajar con Dostoiewski se mostró muy alegre y consintió en seguida. Mi abuela nada opuso. El día de la primera entrevista, mi madre se peinó con gran severidad y lamentó no llevar gafas. Cuando se acercaba a casa del escritor se hacía las siguientes reflexiones: «Trabajaremos una hora y luego hablaremos de literatura. Le diré cuánto admiro su talento y le indicaré cuáles son mis heroínas favoritas... No quisiera olvidarme de preguntarle por qué Natalia, de Humillados y Ofendidos, *no se casa con Vania que tanto la amaba... Quizá no esté del todo mal que critique algo, para darle a comprender que también soy un poco entendida en literatura, y así me tratará con más consideración...» Pero ¡ay! la realidad vino a derribar las ilusiones de mi madre. La pasada noche Dostoiewski había sufrido un ataque de epilepsia y estaba distraído, nervioso, fastidiado, sin hacer maldito el caso de los encantos de su colaboradora y tratándola como a una máquina Remington. Le dictó el primer capítulo de la novela con voz bronca, apreció que escribía muy lentamente, le mandó leer lo que acababa de dictarle y la cara que*

puso hizo temer a mi madre que no lo había entendido. Le duraban los efectos del ataque y sin cumplido alguno acompañó a la taquígrafa a la puerta, encargándole que volviese a la misma hora... Mi madre quedó profundamente herida en su amor propio, acostumbrada como estaba a que los hombres la tratasen de otra manera. Sin ser una belleza, poseía mi madre simpatía, gracia y amabilidad. A los diecinueve años, no era más que una niña y no comprendía que a una muchacha que trabaja por dinero se la hubiese de tratar de diferente manera que a una ingenua que flirtea con sus amiguitos en los salones de su madre. Volvió a su casa furiosa y se acostó con el propósito de escribir al día siguiente al escritor manifestándole que su falta de salud no le permitiría continuar las sesiones de taquigrafía. La noche fué buena consejera. Mi madre se levantó pensando que hay que acabar el trabajo empezado, que su profesor podría disgustarse si abandonaba por capricho la primera tarea que le confiaba y ya no la recomendaría a nadie más; que después de todo El Jugador *debía estar escrito para primero de Noviembre, y que nadie la obligaría luego a continuar en relaciones con aquel antipático de Dostoiewski. Copió, pues, esmeradamente lo que le había dictado mi padre*

la víspera y se presentó en su casa a la hora señalada. Cuán lejos estaba de pensar ella aquel día que escribiría las obras de Dostoiewski durante catorce años...

»Curada la primera herida de amor propio, mi madre se puso al trabajo con entusiasmo, yendo cada día a escribir El Jugador *al dictado de mi padre, que poco a poco se percató de que la máquina Remington era una gran admiradora suya y una muchacha muy simpática, a quien podía confiar sus penas y el trato cruel que recibía de los acreedores de su hermano. Mi madre le escuchaba pasmada, consternada, porque en su imaginación habíase representado al ilustre escritor rodeado de una multitud de admiradores, que formaban una guardia de honor, preservándole de todo peligro que pudiera comprometer su salud y estorbar la creación de sus obras magistrales.*

»... Rogó a Dostoiewski que prolongasen las sesiones taquigráficas; pasó las noches copiando lo que le había dictado durante el día, y tanto afán pusieron en el trabajo, que la novela quedó entregada en la fecha que señaló Stellowski, el cual quedó chasqueado viendo que Dostoiewski no se dejaba caer en el lazo. El novelista reconoció cuánto debía a su taquígrafa, y agradeciendo el interés apasionado que puso en el trabajo,

le rogó que acabasen juntos los últimos capítulos de Crimen y Castigo. *Mi madre aceptó con placer, y para festejar el feliz remate del primer trabajo, invitó a mi padre a tomar el té en su casa y lo presentó a su madre.*

»... Cuando mi abuela hablaba con Dostoiewski, mi madre reía y se divertía como una niña. El contemplaba a mi madre y se decía con temor: ¿«Qué voy a hacer con esta criatura en brazos?». La muchacha que el año anterior iba a la escuela, no le parecía madura para el matrimonio, y probablemente hubiera dudado, si un sueño profético no lo hubiese decidido. Soñó mi padre que había perdido un objeto importante, lo buscaba por todas partes, arrojando por tierra todo lo que hallaba en los cajones, cuando en el fondo de uno de éstos vió un diamante que brillaba con tan vivos resplandores, que alumbraba su cuarto. Mi padre lo contempló atentamente, sin comprender cómo podía haber ido a parar allí aquella joya. Y de súbito, como ocurre en los sueños, comprendió que aquel diamante que brillaba tanto, era la taquígrafa. Despertó, conmovido y gozoso. «Es preciso que hoy mismo la pida en matrimonio», se dijo. Y nunca se arrepintió de su decisión.»

En Febrero de 1867 se celebró la boda.

Ya está escrito El Jugador, *pero Dostoiewski no*

está curado de la pasión del juego, ni se curará hasta 1871 en que regresa a Rusia, después de vivir con su mujer durante cuatro años en el extranjero.

* * *

La presente traducción es la primera íntegra que se publica en español. Conocemos una traducción de El Jugador, *de la «Editorial Mundo latino», hecha sobre la versión francesa de la casa Plon, de París, muy podada.*

EL JUGADOR

(Del diario de un joven)

CAPITULO I

Al cabo de dos semanas de ausencia estaba yo de vuelta, con la persuasión de que mis amigos, que llevaban ya dos días en Ruletenburgo, esperarían impacientes mi llegada. Me engañé. El general, que ofrecía el aspecto de quien se halla en la mejor bonanza, me habló con displicencia, como avergonzado de prestar atención a mi persona, y me remitió a su hermana. María Filippovna, que estaba atareadísima, apenas me dirigió la palabra; pero cogió el dinero, lo contó y atendió mis informes.

Esperaban a Mezentsov, el francesito, y a cierto inglés, y como siempre que tenían dinero habían organizado una comilona al estilo ruso. Paulina Alexandrovna me preguntó al verme el motivo de mi tardanza, y se alejó sin aguardar respuesta. Claro que lo hizo de intento, rehuyendo una explicación que se imponía entre los dos, al punto a que habían llegado las cosas.

Me destinaron una reducida habitación del cuarto piso del hotel, donde se me conocía como parte del *séquito del general*. Lo hallé todo dispuesto para causar

una impresión deslumbradora en la gente. Todos, sin excepción, consideraban al general un opulento grande de Rusia. Antes de la comida me encargó éste, entre otras cosas, que cambiase dos billetes de Banco de mil francos cada uno, y yo pedí el cambio en el despacho del hotel: ya se nos tendría por millonarios durante una semana, al menos.

Deseaba llevar a Nisha y a Nadia a dar un paseo, pero en la escalera me llamaron de parte del general, a quien se le había ocurrido la peregrina idea de inquirir a dónde los llevaba. Incapaz de mirarme cara a cara, aunque hubiera sido uno de sus mayores goces, cada vez que yo fijaba mis ojos en los suyos con algún intento irrespetuoso, parecía turbarse. En un lenguaje ampuloso, atropellando las frases para arrojármelas luego en montón, me dió a entender que debía pasear a los chicos por el parque, alejándolos cuanto fuese posible del Casino. Por fin perdió los estribos, y añadió, mordaz:

—Porque aun los llevaría usted a la sala de juego. Perdóneme; pero es usted tan irreflexivo, que hasta le creo capaz de jugar. Y en todo caso, aunque yo no soy su tutor, ni ganas, me considero con bastante derecho a exigirle que no me comprometa, por así decirlo...

—Pero, si no tengo dinero, mal puedo perderlo—dije yo con calma.

—Lo tendrá usted en seguida—barbotó el general enrojeciendo un poco.

Abrió un cajón de la mesa, examinó un libro de cuentas, y vió que me debía ciento veinte rublos.

—¿Cómo lo arreglaremos?—dijo—. Hemos de cambiarlo en táleros. Bueno; tome usted cien táleros..., y descuide, que no perderá el resto.

Cogí el dinero sin chistar.

—Le ruego que no se ofenda por lo que acabo de decirle. ¡Es usted tan quisquilloso!... Si le hago una advertencia, es, por así decirlo, a modo de consejo, y, desde luego, me asiste cierto derecho para...

Cuando regresaba con los niños, antes de comer, me encontré con una verdadera cabalgata que venía de visitar unas ruinas: dos coches lujosos y caballos magníficos. Mlle. Blanche, María Filippovna y Paulina ocupaban uno de los carruajes; el francés, el inglés y nuestro general iban montados a caballo. Todos se paraban a contemplarlos, pero aquella fama de grandeza que les creaba el afán de ostentación, no podía librar al general de pasar un mal rato. Según mis cálculos, con los cuatro mil francos que yo les traje y

los ahorros que hubiesen logrado, ascendería su fortuna a siete u ocho mil francos; cosa insignificante para Mlle. Blanche.

Esta señorita posa en el hotel con su madre; el francés también se aloja no sé en qué habitación. El lacayo lo llama «Monsieur le comte». A la madre de mademoiselle Blanche se la llama «Madame la comtesse». Sabe Dios si son conde y condesa.

Lo que yo sabía de cierto, es que *M. le comte* no me reconocería cuando nos sentásemos a la mesa. Por descontado daba que al general no se le ocurriría presentarnos ni decir una palabra aludiéndome, y *M. le comte*, que había estado en Rusia, sabía que un *outchitel* * pasa inadvertido, aunque me conocía muy bien. He de confesar que me presenté a la mesa sin ser invitado. Tengo por cosa cierta que el general me hubiera hecho sentar a la *table d'hôte*, si no se le hubiese olvidado dar las oportunas órdenes; pero como aparecí espontáneamente, el hombre se me quedó mirando con asombro. María Filippovna me hizo puesto con suma diligencia y amabilidad, y mi encuentro con mister Astley salvó la situación y me proporcionó las ventajas de un convidado.

* Ayo o profesor

Conocí por primera vez a este admirable inglés en un tren de Prusia, donde viajaba sentado frente a mí; me lo tropecé de nuevo al pasar por Francia y luego en Suiza: dos veces en quince días, y ahora, inesperadamente, me lo encontraba en Ruletenburgo. En mi vida he visto hombre más tímido. Lo es hasta la necedad, y él mismo está de ello convencido, pues nada tiene de necio y sí mucho de noble y delicado. En nuestro primer encuentro entablamos conversación, y me contó de su viaje al cabo Norte aquel verano, y de sus anhelos de visitar la exposición de Nizhni Novogorod. Ignoro cómo entró en relaciones con el general, aunque sospecho que está desesperadamente enamorado de Paulina, porque al entrar ésta se encendió su cara de arrebol. Mostróse muy contento de sentarse a mi lado y me trató como a su mejor amigo.

Durante la comida, el francés no cesaba de darse humos y de mirarnos a todos desde las alturas de su majestad, como a seres inferiores. Como en Moscou, no hacía sino hinchar pompas de jabón.

Hablaba por los codos de la hacienda y política rusas. El general se aventuraba de vez en cuando a corregirle, pero muy discretamente y sólo cuando no veía peligro de comprometer gran cosa su dignidad.

Yo estaba de un humor de perros. A mitad de la comida ya me había repetido la pregunta de siempre: «¿Por qué estaré aguantando a este general y no lo habré plantado hace tiempo?» Y con frecuencia dirigía mi vista hacia Paulina Alexandrovna, que ni se fijaba en mí. Esto acabó por encenderme la sangre en un repentino propósito de ser grosero.

Empecé por meterme en la conversación, hablando en voz recia, a propósito de cualquier futileza. Mi objeto principal era insultar al francés. Me encaré, pues, con el general, y a gritos y sin pararme en barras le interrumpí, observando que este verano se hacía del todo imposible para un ruso comer en la *table d'hôte*.

El general me dirigió una mirada atónita.

—Un hombre de respeto—proseguí—se atrae las burlas e incita al ultraje con su dignidad. En París, en la región del Rin, y hasta en Suiza, son tantos los polacos y los franceses que simpatizan con ellos, que a un ruso ni se le ofrece ocasión para abrir la boca.

Dije esto en francés. El general me miraba con espanto. Ignoro si lo enojaba o simplemente le pasmaba mi desatino.

—Parece que le hayan dado a usted una lección—dijo el francés, displicente y despectivo.

—En París reñí con un polaco—le contesté—y luego con un oficial francés que se puso de parte del polaco. Sólo tuve el apoyo de algunos franceses cuando les conté cómo quise escupir en el café de Monseñor.

—¿Escupir?—preguntó el general, manteniendo su digno continente en la perplejidad y pasmo de su mirada.

El francés me celaba con desconfianza.

—Eso mismo—respondí—. Convencido de que era imprescindible una breve visita a Roma para arreglar nuestro negocio, fuí a las oficinas de la Nunciatura a que me visaran el pasaporte. Allí me encontré con un curita de unos cincuenta años, menudo, seco, de mirada glacial, que después de escucharme con fría cortesía, me rogó que aguardase un poco. Aunque tenía mucha prisa, me senté a esperar, y cogiendo *L'Opinion nationale* empecé a leer un artículo en que se atacaba desconsideradamente a Rusia. Al poco rato oí que alguien, en la estancia contigua, pedía ser recibido por Monseñor, y vi que el curita se encorvaba ante la visita. Le recordé mi solicitud, y con más frialdad que antes me rogó aguardar. Poco después se presentó otra persona, un extranjero que iba por asuntos oficiales, un austriaco. Se le escuchó y se le guió inmediatamen-

te arriba. Me sentí humillado, despreciado. Me levanté, y acercándome al cura, le dije en tono resuelto que, pues Monseñor estaba recibiendo, podría despacharme. El cura dió un paso atrás para mostrarse más sorprendido; le parecía increíble que un pobre ruso osara parangonarse con las visitas de Monseñor, y, como regocijado por la ocasión que se le ofrecía de insultarme, me miró de arriba abajo y profirió en tono de la mayor insolencia: «Pero, ¿usted cree que Monseñor h de dejar el café para atenderle?» A lo que yo repliqué, gritando más que él: «Sepa usted que estoy dispuesto a escupir en el café de Monseñor. Si usted no arregla inmediatamente mi pasaporte, iré yo mismo». «¡Cómo! ¡Estando el Cardenal con él!»—gritó el cura retrocediendo y abriendo los brazos en cruz para cerrarme el paso. Le repliqué que yo era un hereje y un bárbaro, que *je suis hérétique et barbare*, y que me tenían sin cuidado todos los arzobispos, cardenales, monseñores y demás grandezas, demostrándole que estaba dispuesto a no ceder. Al curita se le anubló el semblante en una expresión odiosa; cogió el pasaporte y se lo llevó. Un momento después me lo entregaba visado. Aquí lo tengo, si quieren verlo.

Saqué el pasaporte y mostré el sello romano.

—Bueno, debo advertir...—comenzó el general.

—Lo que le salvó a usted fué su declaración de herejía y de barbarie—interrumpió el francés sonriendo —*Cela n'était pas si bête.*

—Yo no quiero amoldarme a la conducta de mis compatriotas en el extranjero, que se están quietos sin osar desplegar los labios y prestos a negar su naturaleza. En París, todos los huéspedes del hotel me trataron con más consideración desde que supieron mi agarrada con el cura. El grueso polaco, mi mayor enemigo en la *table d'hôte*, quedó arrinconado. Los franceses no se dieron por ofendidos cuando les dije que conocí dos años antes a un hombre a quien en 1812 un francés *chasseur* hirió por el capricho de disparar el arma. Aquel hombre era entonces un muchacho de diez años, y pertenecía a una familia que no había podido salir de Moscou.

—¡Eso es imposible!—prorrumpió el francés—. ¡Un soldado de Francia jamás dispararía contra un niño!

—Pues eso sucedió—contesté—. Así me lo contó un capitán de la reserva, digno de todo crédito, y yo mismo vi en su mejilla la cicatriz de aquel balazo.

El francés se puso a perorar con gran rapidez y ardimiento, escuchado por el general con resignación;

pero yo le recomendé ciertos pasajes de las «Notas» del general Perovsky, prisionero de los franceses en 1812. Por fin, María Filippovna procuró torcer el curso de la conversación hablando de otras cosas. El general me expresó su enojo por la escaramuza que había provocado, pero creo que a Mr. Astley le complacieron enormemente mis arremetidas contra el francés, porque al levantarnos de la mesa me convidó a un vaso de vino.

Por la tarde, aprovechando el paseo en torno al Casino, pude hablar durante un cuarto de hora con Paulina Alexandrovna. Esta se sentó en un banco, junto a la fuente, desde donde podía vigilar a Nadenka, que jugaba con un grupo de gente menuda; yo dejé triscar a Nisha, y así nos hallamos los dos solos.

Empezamos hablando de negocios. Paulina se enfureció al ver que sólo le entregaba setecientos *guldens* *. Confiaba que le traería de París lo menos dos mil *guldens* por el empeño de sus brillantes.

—He de proporcionarme dinero—dijo—cueste lo que cueste; de lo contrario, estoy perdida.

Le pregunté qué había sucedido durante mi ausencia.

* Moneda austriaca equivalente a dos pesetas cincuenta.

—Nada. Sólo dos veces hemos recibido noticias de Petersburgo: la primera, que la abuela estaba muy mal, y luego, a los dos días, que al parecer se estaba muriendo. Nos lo comunicaba Tinafey Petrovitch, que es digno de todo crédito. Cada día esperamos el desenlace.

—Así, todos estarán a la expectativa.

—¡Claro que todos, y siempre! Hace seis meses no vivimos pendientes de otra cosa.

—¿Y usted también espera?—le pregunté.

—Le diré: yo no soy de la familia, sino hijastra del general; pero estoy segura que ella me recordará en su testamento.

—Creo que le tocará a usted bastante—le dije, convencido.

—Sí, me quería mucho. Pero, ¿por qué cree usted eso?

—Dígame—le contesté preguntando—: ¿No está el *marquis* en nuestro secreto?

—¿Y qué interés tiene usted en ello?—me contestó Paulina, fría y severa.

—Supongo que el general le debe dinero.

—Es usted muy fino en sus suposiciones.

—¿Y cree usted que le hubiese dejado dinero sin saber nada de la «abuela»? ¡Qué amistad tan estrecha y esperanzada!

—Tiene razón. Como se entere que me corresponde algo de la herencia, se pondrá a cortejarme.

—¿Que se pondrá entonces? Creo que ya hace tiempo la corteja.

—¡Demasiado le consta a usted que no!—rechazó indignada, y, tras breve silencio, me pidió—: ¿De dónde conoce usted a ese inglés?

—Ya me esperaba esa pregunta.

Y le conté mi primer encuentro con Mr. Astley en el tren.

—Es tímido y propenso a enamorarse y no podía menos que prendarse de usted.

—Sí, está enamorado de mí.

—¡Ah! Y le participo que es diez veces más rico que el francés. Pero, ¿acaso puede asegurarse que el francés tenga nada? ¿No ofrece duda su fortuna?

—No; posee no sé qué castillo. El general nos lo ha dado como cierto. ¿Está ya satisfecho?

—Yo de usted, me casaría con el inglés.

—¿Por qué?—inquirió Paulina.

—El francés es más apuesto, pero un indecente; el inglés, además de persona honrada, es diez veces más rico—le espeté.

—Sí, pero el otro, el francés, a más de inteligen-

te, es *marquis* — me replicó ella de la manera más natural.

—¿Pero es verdad?—pregunté.

—La pura verdad.

A Paulina le molestaban mis preguntas, y comprendiendo por el tono de sus réplicas que se esforzaba en irritarme, quise imitarla.

—Me divierte verlo enojado. Bien merecido se lo tiene, por permitirse preguntas tan inoportunas y tan gratuitas suposiciones.

—Me considero en el derecho de dirigirle cuantas se me antojen—le repliqué con calma—, por cuanto estoy dispuesto a pagarlas a cualquier precio que usted fije, y ahora, sin dar ningún valor a mi vida.

Paulina rió.

—No hace mucho, me dijo usted en Schlangenberg que estaba dispuesto a arrojarse de cabeza al precipicio desde una altura de mil pies, a una palabra mía. Un día diré esa palabra sólo por ver cómo paga usted sus deudas, y crea que no me olvidaré. Me es odioso precisamente por haberle consentido esas libertades, y aún más odioso ahora que le necesito. Pero mientras lo necesite tendrá usted mis atenciones.

Se levantó, irritada. De algún tiempo acá, siempre

ponía fin a nuestra conversación en un estado de sincero enfurecimiento.

—Permita que le pregunte por Mlle Blanche—le dije, porque no me resolvía a dejarla marchar sin más explicación.

—Ya lo sabe usted todo. Desde entonces nada más ha ocurrido. Mlle. Blanche será sin duda «madame la générale»; es decir, si se confirma el rumor de la muerte de la abuela; porque Mlle. Blanche y su madre y el marqués, su primo en segundo grado, saben perfectamente que estamos arruinados.

—Y el general está perdido por ella.

—No es eso lo que por ahora me interesa. Ponga atención en lo que le digo: aquí tiene setecientos florines; vaya a jugar y gane a la ruleta cuanto pueda; necesito dinero, salga de donde salga.

Y sin decir más, llamó a Nadenka y fué a reunirse en el Casino con la familia. Yo volví por el primer sendero a la izquierda, pensativo e intrigado. La orden de jugar a la ruleta me sentó como un trompazo en mitad de la nuca. Qué cosa más rara, que teniendo mil cosas en que pensar me hallase enteramente absorto en el análisis de la naturaleza de mis sentimientos hacia Paulina. Durante mis quince días de ausencia había

vivido más sosegado que el día de mi regreso, a pesar de las crisis de melancolía que me acometieron durante el viaje y de la loca impaciencia que me consumía. Hasta la soñé varias veces. Un día, en Suiza, me desperté hablando a gritos con Paulina, para regocijo de mis compañeros de coche. Y todavía me pregunto lo mismo: «¿La amo?» Y aún no puedo contestarme; mejor dicho, ya me he contestado por centésima vez que la odio. ¡Sí; me es odiosa! Hay momentos en que daría mi vida por estrangularla: siempre que acaban nuestras conversaciones. Juro que empuñaría con placer un cuchillo si en esos momentos pudiera hundírselo en el pecho; pero también juro por lo más sagrado que si en el famoso picacho del Schlagenberg me hubiera dicho de veras: «Arrójate», me hubiese tirado de cabeza con el mayor placer. Lo sé: de una u otra manera ha de acabar esto. Ella lo comprende admirablemente, y la idea de que yo sé de manera positiva y clara cuán lejos está de mi alcance, cuán enteramente imposibles son de toda realización mis locos desvaríos, la llena —convencido estoy de lo que digo—de extraordinario gozo. ¿Cómo, si no, siendo tan cauta e inteligente, hubiera llegado conmigo a tal intimidad y a tal franqueza? Hasta ahora me ha tratado como aquella emperatriz

de tiempos antiguos a su esclavo, ante quien no le importaba desnudarse porque no veía en él a un hombre.

Tenía, no obstante, el encargo de ganar dinero a la ruleta, pero no tiempo para considerar por qué debía yo jugar, por qué tanta prisa, y qué designios se incubaban en aquel cerebro tan dado al cálculo. Desde luego era evidente que en aquellas dos semanas habían pasado cosas de que yo no tenía la menor idea. Debía descubrirlo todo, enterarme a fondo, lo más pronto posible. Pero entonces no había tiempo. Lo primero era la ruleta.

CAPITULO II

Confieso que me disgustaba el encargo. Estaba decidido a jugar, mas no por cuenta de otro, y como aquello desbarataba mis planes, entré en la sala de mal humor; todo lo de allí me desagradó a primera vista. Me crispa los nervios la adulación, que inspira a la prensa mundial y especialmente a la de Rusia, que sale casi todas las primaveras con extensos informes sobre la magnificencia extraordinaria y el lujo que rebulle en los salones de juego de las regiones del Rin y sobre los montones de oro que se ven en las mesas. Y los periodistas nada cobran por sus artículos, nacidos de un servilismo desinteresado. No hallé tal magnificencia en aquellas despreciables salas, y no sólo no se apilaba el oro sobre las mesas, sino que apenas se le veía. Sin duda, en el transcurso del año, se dejará caer por allí algún excéntrico, que lo mismo puede ser un inglés que un asiático, acaso un turco—como sucedió aquel verano—, y perderá o ganará inmensas sumas; pero todos los demás juegan cantidades pequeñas y de ordinario hay muy poco dinero en las mesas.

Al verme en la sala de juego por primera vez en la vida, no pude decidirme a jugar sino después de mucho recapacitarlo. Además había apreturas. Creo que de estar solo, pronto me hubiese marchado sin probar fortuna. Confieso que el corazón me latía con violencia y me abandonaba la serenidad. Me había hecho a la idea, durante mucho tiempo, de que no saldría de Ruletenburgo como había llegado, de que un cambio radical y fundamental se operaría en mi destino: así había de ser y así sería. Por ridículas que parezcan mis grandes esperanzas en la ruleta, aún considero más ridícula la opinión generalmente aceptada de que sea estúpido y absurdo esperar nada del juego. ¿Por qué el juego ha de ser peor que muchas otras maneras de hacer dinero: el comercio, por ejemplo? Cierto que sólo gana el uno por ciento de los jugadores; ¿pero qué importa?

En todo caso, determiné estar muy sobre mí y no precipitarme aquella tarde. Si algo había de suceder, que fuese por casualidad y de escasa importancia; mis apuestas irían de acuerdo con esta idea. Además debía estudiar el juego, pues no obstante las mil descripciones de la ruleta, que había leído atropelladamente, ignoraba por completo su modo de funcionar.

Al principio me produjo aquello una impresión de vileza, de algo moralmente horrendo y repugnante. Y no hablo de la codicia y ansiedad de aquellos rostros que, a docenas, a centenares, se arracimaban sobre la mesa de juego, porque ninguna repugnancia me inspira el anhelo de ganar cuanto más y más pronto mejor, y siempre he tenido por estúpida la respuesta del gordo y afortunado moralista que replica a quien se excusa por haber jugado pequeñas puestas: «Tanto peor, porque eso es una ambición mezquina». ¡Como si la ambición no fuese la misma, tanto si se trata de pequeñas como de grandes cantidades! Todo es relativo. Lo despreciable para Rothschild es de inmensa importancia para mí, y en cuanto a lucros y ganancias, la gente, así en la ruleta como en cualquier negocio, sólo procuran ganarse o exprimirse cuanto pueden mutuamente. Que las ventajas o los lucros sean o dejen de ser algo indecoroso, ya es otra cosa que no intento dilucidar aquí.

Poseído de un intenso deseo de ganar, yo mismo sentía al entrar a la sala esa codicia, tan inmunda como queráis, de la manera más natural y oportuna. ¡Cuánto más agradable resulta la gente cuando, dejándose de ceremonias y cumplidos, obra franca y abiertamente!

¿Y, después de todo, por qué se ha de engañar uno a sí mismo? ¡Si el juego es la empresa más loca y temeraria! Lo que saltaba a la vista como feo en toda la gentuza apiñada en torno a la ruleta, era precisamente el respeto, la solemnidad y hasta la reverencia que ponían en su empeño, y es porque se establece una sutil distinción entre el juego considerado de *mauvais genre* y el permitido a la gente bien criada. Hay dos clases de timbas: la aristócrata y la plebeya e interesada, en la que toma parte gentuza de toda calaña. ¡Cuán despreciable es tal distinción, observada aquí con toda escrupulosidad! Un caballero puede apostar, por ejemplo, cinco o diez luises, casi nunca más; si es muy rico puede arriesgar, no obstante, hasta mil francos, pero sólo por amor al juego, por distracción; es decir: para ver las alternativas del azar; pero debe guardarse de manifestar el menor interés por la ganancia. Si gana, puede reir fuerte, hacer una observación a un vecino y hasta doblar la apuesta; pero sólo por curiosidad, por gusto de vigilar, de calcular la suerte; nunca por el plebeyo deseo de ganar. En fin, debe considerar todos los juegos, ruleta, *trente et quarente* como un mero pasatiempo ideado para su diversión. Ni debe siquiera sospechar de la codiciosa ganancia y de los astutos esca-

moteos de que vive la banca. Observará las formas más correctas si imagina que todo jugador, que toda aquella gentuza que tiembla por una cantidad, son tan ricos y caballeros como él y juegan sólo por distracción y pasatiempo. Esta completa ignorancia de la realidad, esta inocente opinión de los allí reunidos, resultará en extremo aristocrática. Yo he visto a muchas mamás empujando hacia la mesa a sus hijas, ruborosas y elegantes señoritas de quince y diez y seis años, ponerles en la mano una moneda de oro y enseñarles cómo habían de jugar. Ganando o perdiendo, las jóvenes sonreían invariablemente y se retiraban muy satisfechas.

Nuestro general se acercó a la mesa con dignidad inquebrantable, un adulón le arrimó una silla, y el general se sentó sin mirarle; con parsimoniosa majestad sacó una bolsa, con la misma majestad tomó trescientos francos en oro, los colocó al negro y ganó. En vez de recoger sus ganancias las dejó sobre la mesa. Volvió a salir el negro; tampoco recogió esta vez el fruto de su suerte, y cuando la tercera vez salió el rojo, perdió en un instante mil doscientos francos. Se retiró sonriendo y salvó su dignidad. Estoy seguro que se consumía de rabia y que si la apuesta hubiera sido doble o triple, le hubiesen traicionado sus sentimientos, dejando mal pa-

rada su dignidad. Un francés, sin embargo, perdió treinta mil francos ante mis ojos con perfecta alegría y sin el menor asomo de emoción. Quien se las da de caballero no ha de mostrarse excitado aunque pierda toda su fortuna, ha de tener el dinero tan por debajo de su dignidad, que apenas le merezca atención. Claro que sería timbre de la más alta alcurnia no parar mientes en el vil interés de la canalla que allí se aglomera, pero a veces no resulta menos aristocrática la actitud contraria de mirar, estudiar y hasta quizá contemplar tras unos impertinentes al público, aunque siempre tomándolo, al público y a su vil condición, sólo como pretexto de distracción y cuya presencia se permite para entretenimiento de los caballeros. Aunque se reciba algún empujón de la chusma que nos acorrala, no hemos por eso de perder el buen humor de meros espectadores en lo que se refiera a cualquier demasía, puesto que jamás formamos parte del público. Aun insistiendo en que mirar no es lo que más importa ni lo más propio de un caballero, ya que al fin, como espectáculo, no merece gran atención, a mí me pareció todo aquello muy digno de ser observado atentamente, no sólo porque había entrado a observar, sino porque ingenuamente me consideraba uno de la gentuza. En

cuanto a mis ocultas convicciones, no entran en la presente disquisición. Ya basta por ahora. He hablado en descargo de mi conciencia. Pero no puedo pasar por alto que de poco tiempo a esta parte siento profunda aversión a someter mis pensamientos y mis actos a una norma moral cualquiera. Me dejo guiar por algo muy diferente...

La plebe juega por vil interés. Me inclino a creer que algunos ladrones de lo más ordinario prosperan en la mesa de juego. Los *croupiers* que se sientan a los extremos, miran las apuestas y cuentan las ganancias, tienen mucho que hacer. ¡También ellos son gentuza! franceses en su mayor parte. Pero si yo vigilaba y observaba, no era con propósito de describir la ruleta; me mantenía ojo avizor por mí mismo, para saber luego a qué atenerme. Advertí, por ejemplo, que nada era más fácil que alargar la mano y agarrar lo que otro había ganado; surgiría una disputa, se armaría un zipizape y el robado tendría que hallar testigos y probar que era suya la apuesta.

Al principio se me antojó aquello un rompecabezas indescifrable. Lo único a que atiné fué que se apostaba a los números, a pares o nones y a los colores. Decidí arriesgar cien florines de Paulina Alexandrovna. El

pensar que no jugaba para mí, pareció apartarme de mis cálculos, me produjo un efecto desagradable y deseé acabar pronto. Dí en creer que empezar jugando para Paulina era ahuyentar mi propia suerte. ¿Será posible acercarse a una mesa de juego sin quedar al momento contagiado de superstición? Empecé sacando cinco federicos—cincuenta florines—, y aposté a los pares. La rueda comenzó a dar vueltas y paró en el quince; había perdido. Con muestras de disgusto puse otros cinco federicos al color rojo, con el propósito de dar por terminado el asunto y largarme. Ganó el rojo. Dejé los diez federicos y de nuevo salió el rojo. Aún dejé todo el dinero en su puesto y volví a ganar. Al recibir cuarenta federicos, distribuí veinte entre las doce figuras intermedias, sin idea de lo que pudiera resultar de aquéllo, y me devolvieron la postura triplicada. De diez federicos saqué en un momento ochenta. Me sobrecogió tan extraña emoción, que no pudiéndola aguantar, decidí marcharme; pero no sin haber antes jugado los ochenta federicos a los pares. Esta vez salió el cuatro. Me arrojaron una suma igual, y recogiendo los ciento sesenta federicos, salí en busca de Paulina.

Estaban paseando todos por el parque, y no pude verla hasta después de cenar. Como no estaba con ellos

el francés, el general se desahogó conmigo. Entre otras cosas, tuvo por conveniente advertirme que no deseaba verme en la mesa de juego, porque le parecía un compromiso para él si yo llegaba a perder demasiado. «Aunque ganase usted una suma de importancia me comprometería»—añadió significativamente—. «Claro que no tengo derecho a regular sus actos, pero convendrá usted...»—Y dejó rota la idea, como solía. Yo repliqué secamente que no podía perder una suma considerable por más que jugase. Al subir a mi cuarto pude entregar a Paulina mis ganancias y le advertí que no jugaría más para ella.

—¿Por qué no?—me preguntó estremecida.

—Porque quiero jugar por mi cuenta y riesgo—contesté mirándola sorprendido—, y su dinero me lo estorba.

—Entonces, ¿aún sigue usted convencido de que en la ruleta está su única esperanza de salvación?—repuso ella con ironía.

Le contesté decididamente que sí, que podía ser absurda mi confianza con la suerte, pero que..., bueno, que me dejasen en paz.

Paulina Alexandrovna empezó a porfiar que debía ir con ella a medias en las ganancias de aquel día, y me

daba ochenta federicos oro, aconsejándome que siguiera jugando en esas condiciones. Rechacé resueltamente su proposición, asegurándole que no jugaría para otra persona, no por mala voluntad, sino porque estaba seguro de perder.

—Es que yo también—dijo pensativa—, por estúpido que parezca, tengo fundadas en la ruleta mis esperanzas. De modo que usted debe seguir jugando a partir conmigo y no dudo que lo hará.

Y se alejó sin querer atender a más razones.

CAPITULO III

En todo el día de ayer me dijo una palabra de jugar y hasta evitó conmigo toda conversación. Su conducta fué inalterable: la misma indiferencia absoluta al verme, agrandada quizá por una sombra de desprecio y enojo; ni siquiera trata de disimular su aversión: lo he notado. Y con todo, tampoco trata de ocultarme que le soy necesario en cierta manera, y que está dispuesta a solicitar mi ayuda en algún caso. Se ha establecido entre los dos una relación extraña que no acabo de comprender, y menos si pienso en el orgullo y altivez que con todos mantiene. Sabe, por ejemplo, que la amo locamente y permite que le hable de mi pasión; pero claro está que no puede demostrarme más desprecio que permitiéndome hablarle de mi pasión sin estorbos ni restricciones. En tan poco tiene mis sentimientos, que no le importa un comino cuanto pueda hablar y sentir de ella. Mucho me ha dicho de sus propios asuntos, pero nunca fué conmigo enteramente franca. Lo peor es que pone un especial refinamiento en su desprecio. Al saberme enterado de alguna cir-

cunstancia de su vida, o de algún asunto que le concierna, ella misma me pone en antecedentes, si entra en sus designios valerse de mí como de un esclavo o mandadero; mas no me dice nada que no necesite saber un criado a quien se da un encargo, y si no estoy en el intríngulis y ve que sus penas y ansiedades me quitan la paz y el sosiego, no por eso trata de animarme confiándoseme francamente como a un amigo; aunque con frecuencia se sirve de mí para comisiones no sólo molestas sino peligrosas, que me hacen pensar en un propósito de llegar conmigo a la más honda intimidad. ¿Acaso vale la pena preocuparse de mis sentimientos, de las inquietudes y torturas que me causan sus ansiedades y fracasos y que siento con más intensidad que ella misma?

Tres semanas antes ya sabía su propósito de jugar a la ruleta y hasta me había dicho que yo jugaría por ella, porque juzgaba indecoroso hacerlo por sí misma. Por el tono de sus palabras comprendí entonces que estaba en grave aprieto y que no se dejaba llevar del simple deseo de dinero. ¿Qué vale el dinero en sí mismo para ella? Algún motivo escondía, alguna circunstancia que yo podría conjeturar, pero que no he podido explicarme. Claro que la humillante esclavitud a que

estaba sometido me daba derecho a interrogarla grosera y llanamente. Viéndome reducido a cosa tan insignificante como un esclavo, mi tosca curiosidad no podía ofenderla. Pero es el caso que, permitiéndome cuantas preguntas se me antojasen, no se dignaba contestar y a veces ni darse por enterada. Tal era nuestra situación.

Ayer se habló descosidamente de un telegrama expedido cuatro días antes y dejado sin contestación. El general estaba visiblemente trastornado. Ya se comprenderá que se trataba de la abuela. El francés también se mostraba preocupado. Después de comer tuvieron una larga y seria conversación, en que el francés, en un tono altisonante y orgulloso, quiso humillarnos a todos con una frase: «Sentad un puerco a la mesa y pondrá en ella las patas». Hasta con Paulina estuvo inusitadamente grosero, sin que dejase de concurrir alegremente a todos los actos públicos. Desde hace tiempo conozco una circunstancia que lo ata al general: tenían el proyecto de establecer entre los dos una fábrica en Rusia. No sé si está abandonado el proyecto o lo siguen discutiendo. Además, la casualidad me enteró, en parte, de un secreto de familia. El francés salvó el año pasado al general dándole treinta mil rublos para saldar

un déficit hallado en la cuenta del Estado, cuando resignó su cargo. El general está, pues, en sus garras. Pero el personaje principal en este asunto es Mlle. Blanche, acerca de la cual tengo la seguridad de no equivocarme.

¿Quién es Mlle. Blanche? Entre nosotros pasa por una distinguida francesa de inmensa fortuna y de una madre que la acompaña. Se sabe que pertenece a la parentela de nuestro marqués, pero en un grado lejano, una prima o algo así. Me han dicho que antes de irme a París, el francés y Mlle. Blanche gastaban entre sí más cumplidos; estaban, si se me permite la expresión: en condiciones más delicadas, más refinadas; ahora, su trato, su amistad, su parentesco han adquirido un carácter más familiar, casi ordinario. Acaso les parezca tan pobre nuestra situación, que no juzgan indispensable mantener la etiqueta y guardar las formas entre nosotros.

Anteayer sorprendí a Mr. Astley mirando a mademoiselle Blanche y a su madre, y me pareció que las conocía; tengo para mí que también conoce al francés, pero es tan discreto, tan prudente y callado, que no hay miedo de que se ponga a lavar ropa sucia en público. De todos modos, el francés apenas le saluda ni le

mira, prueba de que no le teme. Esto aún se comprende. Lo que ya no resulta tan comprensible es que mademoiselle Blanche tampoco lo mire, y cuando, no recuerdo con qué motivo, deslizó el francés en el curso de la conversación que el mister era hombre de inmensa fortuna, era muy natural que Mlle. Blanche mirase desde entonces al inglés. El general, en fin, estaba inquieto. Ya se comprenderá la importancia de un telegrama anunciando la muerte de su tía.

Por evidentes que fuesen las pruebas de que Paulina quería evitar toda conversación conmigo, mantuve un aire frío e indiferente, pensando que no tardaría en acudir a mí. Ayer y hoy he concentrado especialmente mi atención en Mlle. Blanche. ¡Pobre general! ¡Está bien arreglado! ¡Con la calamidad de su violenta pasión a los cincuenta y cinco años! Y pensar que es viudo, con hijos, arruinado, comido de deudas y, por si fuera esto poco, enamorado de una mujer como esa... Mlle. Blanche es hermosa, pero no sé si me daré a entender diciendo que su cara es de las que deben infundir recelos. A mí, al menos, siempre me han dado miedo esa clase de mujeres. Probablemente tiene veinticinco años, es alta y metida en carnes, de hombros caídos, garganta y seno magníficos y de morena color;

su cabellera es negra, de un tinte indio y tan copiosa, que bastaría para dos tocados. Son sus ojos negros, de un mirar insolente; sus dientes blanquísimos, y siempre lleva sus labios pintados; toda ella huele a almizcle. Viste con gran lujo y *chic*, pero con mucho gusto. Pies y manos son exquisitos. Su voz es un ronco contralto. A veces ríe mostrando toda su dentadura, pero su ordinaria expresión se reduce a una muda e impúdica mirada, y más ante Paulina y María Filippovna —corre el rumor de que esta última vuelve a Rusia—. Me inclino a creer que Mlle. Blanche no ha tenido ninguna educación y es posible que hasta carezca de inteligencia; mas, por otra parte, sabe llamar poderosamente la atención y es ladina como ella sola. No sé por qué se me antoja que su vida no ha transcurrido sin aventuras. Puesto en el trance de declarar lo que siento, diría que ni el marqués es su pariente ni su madre es su madre; aunque es evidente que en Berlín, donde estuvimos juntos, ella y su madre tenían algunas amistades decentes. En cuanto al marqués —de quien hasta dudo que lo sea, a pesar de la buena acogida que tiene entre la más distinguida sociedad de Moscou y de varias ciudades de Alemania — no tengo un juicio cerrado. Ignoro la importancia que

se le dará en Francia, donde dicen que tiene un castillo.

Creo que durante mi ausencia han debido de ocurrir muchas cosas; pero no sé si entre el general y mademoiselle Blanche ha mediado algo decisivo. Aunque así fuese, todo dependería de nuestra fortuna, esto es, de que el general pueda enseñar mucho dinero contante y sonante; porque si llegasen noticias de que la abuela no moría por ahora, convencido estoy de que mademoiselle Blanche se evaporaría. Me sorprende y divierte verme entregado por completo a la chismografía. ¡Dios, y qué detestable me es todo esto! ¡Y cómo me gustaría mandarlos a todos a paseo! ¿Pero puedo dejar a Paulina, renunciando a espiar sus andadas? Ya sé que espiar es cosa vil, pero... ¿y a mí qué me importa?

Durante estos dos días me ha interesado también Mr. Astley. Estoy convencido de que ama a Paulina. Es curioso y hasta ridículo cuánto pueden expresar los ojos de un hombre recatado y torturadamente casto, cuando, ardiendo en amor, prefiere que se lo trague la tierra antes que revelar lo más mínimo o dejarse traicionar por una palabra, por una sola mirada. Mister Astley nos encuentra con frecuencia en nuestros pa-

seos, se quita el sombrero y sigue adelante, aunque se muere, claro está, por juntársenos. Si le invitamos, rehusa inmediatamente. En los puestos donde nos sentamos—en el Casino o delante de la fuente—siempre se le ve a cierta distancia, y doquiera que vayamos—al parque, al bosque o al Schlangenberg—no tengo más que mirar en torno, fijándome un poco, para ver aparecer la cabeza del mister, o en el próximo sendero o detrás de un matorral. Me figuro que busca una oportunidad para hablar a solas conmigo. Esta mañana, en un encuentro, hemos cambiado unas palabras. A veces dice las cosas de sopetón. Sin dar los buenos días, me ha saltado:

—¡Oh, Mlle. Blanche!... ¡He conocido muchas mujeres como Mlle. Blanche!

Ha callado, mirándome significativamente. No he comprendido lo que quería decir con eso, y cuando se lo he preguntado, ha movido la cabeza y sonriendo con socarronería ha dicho:

—¡Oh, bien; es lo mismo! ¿Le gustan mucho las flores a Paulina?

—No sé; no tengo la menor idea—he contestado.

—¡Cómo! ¿Ni siquiera eso sabe?—ha gritado, sorprendido.

—No sé; no me he dado cuenta—he repetido riendo.

—¡Hum! Esto me sugiere una idea—y se ha alejado moviendo la cabeza, pero de satisfacción...

Los dos hablamos un francés detestable.

CAPITULO IV

No he conocido día tan ridículo, grotesco y absurdo como el de hoy. A las once de la noche me siento en mi cuarto a recordar todo lo sucedido. Empecé teniendo que ir a jugar a la ruleta para Paulina Alexandrovna, de quien acepté los ciento sesenta federicos con dos condiciones: primera, que no iríamos a medias, es decir, que si ganaba, no quería nada para mí, y segunda, que aquella misma noche había de explicarme por qué necesitaba ganar y cuánto. En ningún caso podía yo suponer que fuese por amor al dinero, pero el dinero es necesario y urgente para algún objeto. Me prometió una explicación y me alejé.

La sala de juego bullía de público altanero y codicioso como nunca. Me abrí camino como pude y me coloqué al lado del *croupier*, y empecé tímidamente, haciendo tanteos, apostando dos o tres monedas a un tiempo, mientras observaba con gran atención. Parecióme que los cálculos significaban bien poco y carecían en absoluto de la importancia que les atribuían ciertos jugadores que se encorvaban cejijuntos sobre un papel

anotando las jugadas, computando, sacando proporciones, apostando y... perdiendo exactamente como los pobrecitos que jugábamos a la buena de Dios. Por otra parte, saqué una conclusión que no me parece del todo disparatada. Aunque no hay un sistema fijo, se nota cierto orden en la sucesión de la suerte y se presenta de la manera más original. Ocurre, por ejemplo, que después de los doce números intermedios salen los doce números siguientes; a lo mejor toca dos veces a los doce últimos números y pasa luego a los doce primeros. Después de tocar a los doce primeros pasa otra vez al tercio, toca tres o cuatro veces sucesivamente a los números comprendidos entre quince y veinticuatro y nuevamente pasa a los números del último tercio; entonces, después de tocar a dos números entre veinticinco y treinta y seis, pasa a un número de la primera docena, vuelve a tocar a un número del primer tercio y de nuevo pasa por tres jugadas sucesivas a los números medios, y así marcha durante hora y media o dos horas. Uno, tres y dos, uno, tres y dos. Es muy divertido. Un día o toda una semana el negro sucede al rojo sin orden ni concierto, cambiando a cada momento sin que salga el negro o el rojo más que dos o tres veces seguidas; pero alguna mañana o alguna tarde no habrá

más que rojo y más rojo, saliendo más de veinte veces sucesivas. Muchas cosas de esto he sabido por mister Astley, que se pasa toda la mañana por las mesas sin probar jamás fortuna.

En cuanto a mí, perdí el último penique. Coloqué resueltameute veinte federicos a los pares y gané; jugué otra vez y de nuevo gané; dos o tres veces más me favoreció la suerte. En cinco minutos me ví en las manos cuatrocientos federicos. Debí retirarme entonces, pero se apoderó de mí una rara sensación, un prurito de desafiar al destino, un deseo de retarlo, de enseñarle la lengua. Aposté la cantidad más grande permitida, *4.000 guldens*, y perdí. Entonces, cogiendo arrebatadamente lo que me quedaba, lo puse al mismo número y también perdí, después de lo cual me aparté de la mesa de juego como aturdido. No comprendía lo que me pasaba y hasta poco antes de comer no dí cuenta de mi fracaso a Paulina. Pasé el resto del día vagando por el parque.

Durante la comida me hallé en el mismo estado de excitación que tres días antes. Nos acompañaban a la mesa el francés y Mlle. Blanche. Por lo visto, mademoiselle había sido testigo de mis hazañas, puesto que me trató con cierta atención. El francés, más práctico,

me preguntó si había perdido dinero propio; pero como recelé que sospechaba de Paulina y buscaba sonsacarme, no dudé en mentir diciendo que sí.

El general no salía de su asombro. ¿De dónde había yo sacado tal suma? Le dije que había empezado con diez federicos y que a las seis o siete posturas, todas con la misma suerte, había reunido quinientos o seiscientos *guldens*, cantidad que perdí en dos veces.

Todo aquello tenía visos de probabilidad y lo decía yo mirando a Paulina, pero no pude distinguir el menor indicio en su rostro. Como me dejó mentir sin corregirme, deduje que había de mentir para ocultar su complicidad. Yo creí que me mantendría la promesa de una explicación.

Esperaba alguna advertencia del general, pero se quedó mudo; en su rostro noté señales de desasosiego y turbación. En las apuradas circunstancias por que pasaba, no era de admirar que oyera con pena que en el espacio de un cuarto de hora hubiese recogido yo tan grande montón de oro para tirarlo atolondradamente.

Sospecho que ayer se acaloró discutiendo con el francés, quien se retiró enojado, y esta mañana ha vuelto a ver al general probablemente para reanudar la conversación.

Al enterarse de mis pérdidas, el francés observó entre mordaz y despectivo que había que tener más juicio y que por afición que mostrasen los rusos a la ruleta no eran aptos ni para jugar.

—Pues yo opino—dije—que la ruleta se ha inventado para los rusos precisamente.

Viendo que el francés reía con desprecio de mi salida, grité que la razón debía estar de mi parte, pues que hablando de los rusos como jugadores los injuriaba en vez de alabarlos y por tanto debía creerme.

—¿En qué funda usted su opinión?—preguntó.

—En el hecho de que la aptitud para reunir un capital ha llegado a ser tenida en nuestros días como una virtud, como el principal mérito de los hombres civilizados de Occidente. El ruso no sólo es incapaz de hacer dinero, sino que lo dilapida de la manera más desordenada e indecente; pero como necesitamos también dinero, de aquí nuestra alegría y nuestro anhelo de recurrir a medios que, como la ruleta, puedan enriquecernos en poco tiempo, en menos de dos horas y sin ningún trabajo. Esto es lo que nos fascina tanto, y como jugamos mal, sin regla fija ni inmutarnos por nada, solemos perder.

—Eso es verdad en parte—contestó el francés satisfecho.

—Eso no es verdad, y debía usted avergonzarse de hablar así de su país—observó el general, rígido e impresionante.

—Permítame—repliqué—: no sé lo que es más repugnante, si la indecencia rusa o la facultad que poseen los alemanes de acumular dinero trabajando.

—¡Vaya una idea absurda!—exclamó el general.

—¡Vaya una idea rusa!—exclamó el francés.

Yo reí. Tenía un vivo deseo de provocarlos.

—Pues, bien; preferiría habitar toda mi vida en una choza de esquimales—grité—a doblegarme ante el ídolo alemán.

—¿Qué ídolo?—profirió el general, sin poder contener su enojo.

—La facultad que tienen los alemanes para acumular riqueza. Todo lo que he podido observar en el poco tiempo que estoy aquí revuelve mi sangre de tártaro. ¡Vive Dios! ¡Lejos de mi tal virtud! Ayer mismo di una vuelta de ocho millas y todo es exactamente como lo hallamos en los libros alemanes con ilustraciones; en cada casa hay un *vater* * horriblemente virtuoso y de

* *Vater-padre.*

extraordinaria honradez; tan honrado, que os da miedo acercaros a él. Me revienta la gente honrada a quien uno no puede acercarse. Cada *vater* de esta índole tiene una familia que se reune todas las tardes para leer en voz alta libros de utilidad. Olmos y nogales susurran sobre la casa, se pone el sol; hay una cigüeña en el tejado, y todo es extraordinariamente práctico y conmovedor... No se enfade, mi general; deje que lo cuente en conmovedor estilo. Recuerdo que mi padre solía leernos, a mi madre y a mí, semejantes libros bajo los tilos del jardín... Ya ve que poseo elementos de juicio. Todas estas familias viven en completo cautiverio y sumisión; todos trabajan como bueyes y todos guardan dinero como judíos. Si el *vater* ha economizado cierta suma y decide poner al hijo una industria, un comercio, o darle un pedazo de tierra, deja a la hija sin dote para que vista imágenes, vende el hijo menor como esclavo o como soldado y todo el dinero va a parar al capital de la familia. Tal es lo que sucede aquí hoy día, según mis informes, y todo se hace por honradez, por tan extraordinaria honradez, que el hijo vendido cree que no lo ha sido más que por honradez y que el ideal consiste en el regocijo con que se deja llevar la víctima al sacrificio. ¿Y qué más? Pues que el primogénito no

lo pasa mejor; tiene una Amalia en cuya alma está fundida la suya; pero no pueden casarse porque la talega no está bastante llena de florines. También ellos han de esperar observando la más estricta moral y buena fe e ir al sacrificio sonriendo. Las mejillas de Amalia se marchitan, se arrugan. Al cabo de veinte años llega la prosperidad; el oro ha sido honrada y virtùosamente acumulado. El *vater* bendice a su hijo cuadragenario y a su Amalia de treinta y cinco, de cara rugosa y nariz enrojecida; llora, les lee un sermón moral y muere. El hijo mayor se convierte en un *vater* virtuoso y se repite la historia. De este modo, a los cincuenta o sesenta años el nieto del primer *vater* reune un capital considerable, que deja a su hijo y éste al suyo, hasta que, a las cinco o seis generaciones, uno de ellos se convierte en un barón de Rothschild o Dios sabe qué. ¡Vamos! ¿No es un espectáculo magnífico? ¡Ciento o doscientos años de incesante trabajo, de paciencia, juicio, honradez, carácter, decisión, prudencia... y la cigüeña en el tejado! ¿Qué más quieren ustedes? ¡No hay cosa más sublime! Y porque así lo consideran, se ponen a juzgar a todo el mundo y a castigar a los culpables, que son todos aquellos que no les igualen en grandeza. Pues, bien; me atengo a lo dicho; prefiero vivir a la

manera rusa o enriquecerme a la ruleta. No me importa llegar a ser Goppe y C.ª al cabo de cinco generaciones. Quiero el dinero para mí y no considerarme como algo subordinado y necesario al capital. Ya sé que acabo de decir horrores, pero no me importa: tales son mis condiciones.

—No sé si habrá mucho de verdad en lo que usted dice—comentó el general pensativamente—; pero sí que empieza a ser intolerable la importancia que usted se da en cuanto se le permite olvidar que al menos....

Y, según costumbre, dejó la frase incompleta. Cuando nuestro general hablaba de algo que propasase en lo más mínimo la importancia que daba a su vulgar conversación de cada día, jamás acababa la sentencia. El francés, que escuchó con ojos tan abiertos como poco interés, no entendió casi nada de lo que dije. Paulina miraba con altiva indiferencia, como si no oyera mis palabras ni nada de lo que se decía en la mesa.

CAPITULO V

Estaba muy pensativa; pero en cuanto nos levantamos de la mesa, me pidió que la acompañara a dar un paseo. Cogimos los niños y nos fuimos a la fuente.

Tan atolondrado estaba yo, que, como un imbécil, le pregunté de sopetón por qué el marqués de Grieux, nuestro francés, no la acompañaba ya a ninguna parte ni le dirigía la palabra.

—Porque es un canalla—me contestó de extraña manera.

Nunca la había oído hablar así del marqués y no quise insistir por miedo a enojarla.

—¿Se ha fijado usted que hoy no está del todo correcto con el general?

—¿Quiere saber lo que pasa?—me contestó, rápida, irritada—. El general se encuentra atado de pies y manos a merced de él; toda su hacienda la tiene hipotecada y si la abuela no muere, el francés entrará en posesión de toda la hipoteca.

—¿Y es cierto que todo está hipotecado? Algo sabía de esto, pero no que fuese todo.

—¡Y tan cierto como es!

—Entonces, ¡adiós Mlle. Blanche! ¡Ya no será la generala! ¿Sabe usted que me da mucho que pensar viéndolo tan enamorado? No me sorprendería que se pegase un tiro, si Mlle. Blanche lo abandona. ¡Es tan peligroso el amor a esa edad!

—También yo presiento que le pasará algo—observó con aire perplejo Paulina Alexandrovna.

—¡Sería magnífico!—grité—. ¡Ya no se podría revelar de modo más grosero que ella quería casarse sólo por interés! ¡Ni respeto a la decencia, ni miramiento de ninguna clase! ¡Es admirable! Y en cuanto a lo que se refiere a la abuela, ¿puede darse mayor desfachatez y vileza que estar preguntando continuamente en telegrama tras telegrama: «¿Aún no ha muerto? ¿aún no ha muerto?» ¿Cómo puede gustarle eso, Paulina Alexandrovna?

—¡No diga sandeces!—me interrumpió, enfadada—. Me admira su buen humor. ¿Por qué está tan alegre? ¿No será por haber perdido mi dinero?

—¿Acaso no me lo dió usted para que lo perdiera? ¡Ya le dije que no quería jugar para otros, y menos para usted! Obedezco cuanto me manda; pero no respondo del resultado. Y le advertí que nada de bueno

esperaba. ¿Le ha contrariado mucho perder tanto dinero? ¿Para qué quiere tanto?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque me prometió explicarme... Oiga: tengo el convencimiento absoluto de que ganaré cuando me ponga a jugar por mi cuenta. Poseo doce federicos. Y entonces le prestaré todo lo que quiera.

Paulina hizo una mueca de desprecio.

—No tome a mal esta indicación—añadí—. Me veo tan reducido a la nada ante usted, es decir, a sus ojos, que puede hasta aceptar dinero de mí. Mis obsequios no pueden ofenderla. Además perdí el suyo.

Advirtiendo mi lenguaje irascible y sarcástico, se volvió rápida e interrumpió la conversación.

—Mis asuntos no pueden interesarle, pero si me obliga a hablar, le diré sencillamente que tengo deudas. Pedí dinero prestado, necesitaba devolverlo y se me ocurrió la loca idea de que ganaría. No comprendo por qué tuve esa idea, pero creí en mi suerte. ¿Quién sabe si creí porque no me quedaba otro recurso?

—O porque le era absolutamente *necesario* ganar. Así le sucede a un náufrago, que se agarra a una paja. ¿Cree usted que si no se estuviese hundiendo confundiría una paja con la rama de un árbol?

Paulina se quedó sorprendida.

—¡Pero también usted contaba con lo mismo! Hace quince días me hablaba de su absoluta convicción de ganar en el juego, y trataba de disuadirme de que lo tuviera por loco..., ¿o bromeaba usted entonces? Pero hablaba tan serio, que era imposible tomarlo a broma.

—Es verdad—contesté pensativo—. Y aun ahora sigo convencido de que ganaré. Confieso que me hace usted pensar en este momento con admiración que no me infunde la menor duda el estúpido y desgraciado fracaso de hoy. Sigo en mi pleno convencimiento de ganar en cuanto me ponga a jugar por mi cuenta.

—¿Por qué está tan seguro?

—Si he de decirle la verdad, lo ignoro. Sólo sé que *debo* ganar, que es el único recurso que me queda. Quizá por eso mismo me figuro que estoy destinado a ganar.

—Entonces, también usted tiene absoluta necesidad de dinero, ya que está tan fanáticamente seguro.

—¿A que me cree usted capaz de no sentir ninguna necesidad?

—Poco me importaría—contestó Paulina, serena, indiferente—. Sí, si usted quiere. Dudo que se inquiete

de veras por nada; quizá se inquiete, pero no mucho. Es usted un hombre inconstante, de quien no hay que fiarse. ¿Para qué quiere el dinero? No vi nada de serio en las razones que aportó el otro día.

—¡A propósito!—interrumpí—. ¿Dice que ha de pagar una deuda? ¡Debe de ser espléndida! ¿Al francés?

—¡Qué preguntas! Está usted muy impertinente hoy. ¿No habrá bebido con exceso?

—Ya sabe que me considero con libertad para decirle cualquier cosa, y a veces le hago las preguntas más cándidas. Repito que soy su esclavo y no hay que dar importancia a lo que un esclavo pregunta ni a lo que se le conteste.

—Y yo no puedo admitir la teoría de su «esclavitud».

—Advierta que no hablo de esclavitud porque desee ser su esclavo; hablo simplemente de un hecho que no depende de mi voluntad.

—Diga llanamente para qué necesita el dinero.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Como usted guste—replicó con gesto de orgullo.

—Usted no admite la teoría de mi esclavitud, pero insiste en esclavizarme: «Contesta y no objetes». Bueno, pues, ¿que para qué necesito el dinero? ¿Y cómo pregunta eso? ¡El dinero lo es todo!

—Eso se comprende, pero no hasta el punto de caer en la locura de tanto desearlo. Usted llega al delirio, a la fatalidad. Algún designio debe ocultarse en eso. Hable sin ambages ni rodeos; lo exijo.

Empezaba a mostrarse irritada. Era un encanto oirla hablar acaloradamente.

—Claro que hay un designio, pero yo no sé cómo explicarlo...; quizá no sea otro que el de llegar a ser para usted algo más que un esclavo.

—¿Qué? ¿Cómo se las arreglará usted?

—¿Cómo me las arreglaré? ¿Pero no puede comprender cómo me las he de arreglar para que usted no me mire más que como a un esclavo? ¡Estamos bien! ¡No me esperaba tal sorpresa! ¡No me la figuraba tan incrédula!

—¡Si decía usted que hallaba su complacencia en esa esclavitud! Y yo lo creía.

—¡Eso creía!—exclamé regocijado—. ¡Oh! ¡Deliciosa ingenuidad! ¡Oh! *Sí, sí*; ser su esclavo es un placer. Existe... existe un placer en la inferioridad, en la humillación, en la insignificancia—añadí rezongando—. ¡Dios sabe si también hay un placer en los azotes, cuando descargan sobre la espalda y desgarran la carne! Pero me gustarían otros placeres. Ayer, en su

presencia, el general se creyó con derecho a reprenderme, por los setecientos rublos anuales que quizá no pueda cobrar. El marqués de Grieux alzó el entrecejo mirándome como si no me conociese. Me vinieron ganas de chafarle sus narices de marqués en presencia de usted.

—¡Qué lenguaje tan plebeyo! Hay que mantener la dignidad en todos los casos. La lucha nunca humilla.

—¡Eso lo ha leído en un libro! Da usted por sentado que no sé conducirme con dignidad, es decir, que acaso sea un hombre de dignidad moral que no sabe portarse con dignidad. Usted ya me comprende. Todos los rusos son así. ¿Sabe por qué? Porque los rusos poseen excesivas dotes para sujetarse a un tratado de urbanidad. Eso es cuestión de educación. Tenemos demasiadas facultades y necesitamos genio para desarrollar nuestras reglas de urbanidad. Y el genio casi siempre está ausente, pues ya se sabe que es algo extraordinario. Sólo entre los franceses y otros europeos están bien definidas las reglas de urbanidad, tanto, que uno puede presentarse como el hombre más digno estando desposeído de toda dignidad moral. Por eso les valen tanto las buenas maneras. Un francés sufre una

injuria moral sin pestañear; pero no soportará un moquete por nada del mundo, porque esto lesiona las reglas admitidas, santificadas por los siglos. Por eso nuestras señoritas rusas sienten tal debilidad por los franceses, porque son tan finos de modales; aunque a mi modo de ver, no tienen otros modales que los del gallo que impera en ellos: *le coq gaulois*. Por más que yo no llego a entenderlo; no soy mujer. Acaso los gallos resulten deliciosos. Pero ahora advierto que estoy diciendo necedades sin que usted me ataje. ¿Por qué no me interrumpe con más frecuencia? Cuando hablo con usted anhelo decírselo todo, todo, todo, sin acordarme de las buenas maneras. No tengo ni urbanidad ni dote moral alguna; se lo confieso. No me preocupa la moral. Todo se me ha ocurrido ahora, de súbito; ya sabe usted por qué. Carezco hasta de nociones vulgares. Hace tiempo que ni sé lo que pasa en el mundo, ni en Rusia, ni aquí. He llegado de Dresde y no podría decirle una palabra de esta ciudad. Como vivo sin esperanza y nada soy a sus ojos, le hablo con franqueza: la veo a usted en todas partes y lo demás ningún valor tiene para mí. ¿Por qué y cómo la amo?, no lo sé. Acaso no es usted del todo hermosa. ¡Figúrese! Bien mirado, ni me consta que sea usted buena. Sin duda

no tiene buen corazón y su alma puede muy bien ser innoble.

—Así se explica que piense usted comprarme con dinero—dijo ella—, ya que no cree en mi honradez.

—¿Cuándo he pensado comprarla con dinero?—grité.

—Diga que habla sin saber lo que dice. Si no piensa comprarme, piensa al menos comprar mis respetos con dinero.

—¡Ah, no! ¡Eso no es exacto! Ya le he dicho que me es difícil explicarme. Me está usted confundiendo. No se enfade con mi charla gárrula. Ya sabe que no puede enfadarse conmigo: soy sencillamente un loco. Aunque, después de todo, me tiene sin cuidado que se enfade. Cuando estoy solo arriba, en mi guardilla, no más tengo que recordar o imaginarme el crujir de sus faldas para estar dispuesto a morderme los puños. ¿Por qué había de enfadarse conmigo? ¿Porque me llamo su esclavo? Aprovéchese de que lo sea, ¡aprovéchese, aprovéchese! ¿No sabe que la mataré un día? La mataré, no porque deje de amarla o por celos, la mataré simplemente porque tengo ganas de devorarla. Sí, ríase...

—No me río—contestó furiosa—. Le ordeno que se calle.

Permaneció muda, rígida, casi sin aliento. ¡Palabra

de honor! No sé si estaba hermosa, pero me gustaba enormemente verla con sus encendidos ojos puestos en los míos, como una domadora. Por eso procuraba siempre excitar su ira. Acaso lo sabía ella y se enojaba por complacerme. Así se lo advertí.

—¡Qué asco!—exclamó con aire de repulsión.

—¡Me es igual!—continué—. ¿Sabe que resulta peligroso pasear juntos? Con frecuencia me acomete un deseo irresistible de pegarle, de deformarla, de estrangularla. ¿Y qué piensa usted? ¿que no llegaré a tanto? Me está usted llevando a la fiebre cerebral. ¿Cree que temo el escándalo? Su cólera... ¿qué? ¿qué es para mí su cólera? La amo sin esperanza y sé que después de esto la amaré mil veces más. Si algún día la mato, tendré también que suicidarme. Pero, ¡ah!, el suicidio lo demoraré cuanto pueda, hasta que se me haga insufrible la pena de vivir sin usted. ¿Quiere que le diga algo increíble? La amo más cada día. Ya ve que esto es imposible. ¿Cómo puedo dejar de ser fatalista? Recuerda cuando le contesté en Schlangenberg a su provocación: «¿Diga una palabra y me arrojaré al abismo?» Si usted la hubiera dicho, me hubiese tirado de cabeza. Usted no lo cree.

—¡Pero qué estupideces está diciendo!

—¡Me es igual ser estúpido o razonable!—grité—. Sé que en su presencia debo hablar, hablar y hablar, y hablo. En su presencia pierdo todo mi respeto y nada me importa.

—¿Y qué hubiera sacado con ordenarle que se arrojase al abismo de Schlangenberg?—dijo en tono extraño y ofensivo—. ¿No hubiera sido inútil para mí?

—¡Magnífico!—grité—. ¡Qué frase tan humillante para mí! ¿Conque inútil, dice? Como si el placer no fuese siempre útil, y el salvajismo y el poderío ilimitado, aunque sólo sea contra una mosca, no fuese, en cierto modo, un placer. El hombre es un déspota por naturaleza y ama las torturas que él mismo aplica. Y a usted le gustan excesivamente.

Recuerdo que me miró con especial atención. Mi semblante debía expresar los más incoherentes y absurdos sentimientos. Desde entonces se entabló un diálogo que puedo escribir palabra por palabra. Mis ojos estaban inyectados de sangre y echaba espuma mi boca. Y en cuanto a lo de Schlangenberg, de nuevo juro por mi honor que me hubiese precipitado, a una indicación suya. Aunque lo hubiera ordenado para atemorizarme, aunque lo hubiera dicho con desprecio o en son de chunga, me hubiese tirado lo mismo.

—¿Por qué no? Si lo creo—pronunció como sólo ella sabia, con tal menosprecio y rencor, con tal sarcasmo, que—¡vive Dios!—la hubiera matado en aquel momento.

A eso se expuso. Yo no mentía en lo que acababa de decirle.

—¿No es usted cobarde?—me preguntó de repente.

—Es posible; no lo sé... hace tiempo que no he pensado en eso.

—Si yo le dijese: «Mata a ese hombre», ¿lo mataría?

—¿A quién?

—A quien yo le indicase.

—¿Al francés?

—Conteste sin preguntar. A quien yo le diga. Quiero saber en el acto si habla usted en serio.

Esperó mi réplica, tan seria e impaciente, que me desconcertó.

—Vamos, dígame usted lo que ha pasado aquí—grité—. ¿Tiene miedo de mí o de qué? Porque me estoy haciendo un embrollo. Es usted la hijastra de un loco, de un arruinado, de un poseído por ese diablo de Blanche; luego tenemos a ese francés con su misteriosa influencia sobre usted, y ahora me salta con esa pregunta dicha en tono de tal gravedad. O me da una explica-

ción, o me vuelvo loco y cometo una atrocidad. ¿Le da vergüenza de condescender a mi franqueza? ¿Acaso le importa lo que yo piense de usted?

—Yo no hablaba de eso. Le he preguntado una cosa y aún espero la contestación.

—Desde luego que mataré a quien usted me diga —grité—. ¿Pero es capaz de mandarme eso?

—¿Acaso cree que yo le detendría? Dada la orden, yo me apartaría a contemplar su acto. ¿Sería usted capaz de llevarlo a cabo? Pero... como si no. Usted quizá matase y luego se volvería contra mí por habérselo ordenado.

Me quedé aturdido. Por fuerza había de tomármelo a mofa, a insulto; pero hablaba acaloradamente y me conmovía la franqueza con que admitía sobre mí la autoridad que le daba derecho a decirme como si tal cosa: «Corre a tu perdición; yo me quedaré mirando desde lejos». Suponían tanto cinismo estas palabras, que a mi entender se había propasado. Además me miraba de un modo que apartaba toda idea de esclavitud e indiferencia. Quien mira así a un hombre lo sube a su propio plano, y por absurda e increíble que fuese nuestra conversación, mi corazón latía con violencia.

De pronto, se echó a reir. Nos sentábamos en un

banco, ante los niños, que jugaban en la plaza donde solían parar los carruajes, y la gente que de ellos descendía tomaba la avenida del Casino.

—¿Ve usted esa señora tan rolliza?—me dijo Paulina—. Es la baronesa Burmerhelen. Hace tres días que ha llegado. ¿Ve usted su marido, ese prusiano alto, flaco, que lleva un bastón? ¿Recuerda cómo nos miraba anteayer? Acérquese a la baronesa en seguida, quítese el sombrero y dígale algo en francés.

—¿Para qué?

—¿No juraba usted que se precipitaría desde la cumbre del Schlangenberg? ¿No juraba que estaba pronto a matar a quien yo le indicase? Pues, en vez de asesinatos y tragedias, me contento con reir un poco. Haga lo que le mando, sin discutir. Quiero ver cómo el barón le arrea un bastonazo.

—Usted me provoca. ¿Se figura que no iré?

—Sí, le provoco. Vaya, yo lo mando.

—Voy, aunque sea una monstruosidad. Sólo quiero advertirle que acaso sea un disgusto para el general y, de rechazo, para usted. Palabra de honor que no pienso en mí, sino en usted y en el general. ¡Qué loca idea, insultar a una mujer!

—Ya veo que es usted un charlatán—dijo ella con

desprecio—, y si se acalora y enrojece es porque ha bebido demasiado en la comida. ¿Cree usted que no comprendo que es estúpido y vulgar lo que le mando y que el general puede enojarse? Lo que yo quiero es reir y lo demás son cuentos. ¿Que para qué ha de insultar a una señora? Pues para recibir un bastonazo.

Dí media vuelta y me dirigí a cumplir su encargo. Era tan estúpido, que ni sabía cómo llevarlo a cabo; pero recuerdo que a medida que me acercaba a la baronesa, sentí que algo en mis adentros me aguijoneaba, impulsándome a una diablura de colegial. Además estaba horriblemente sobreexcitado, parecía un beodo.

CAPITULO VI

Dos días han transcurrido desde aquella tontería. ¡Qué ruido, qué alboroto, qué trifulca se produjo! ¡Y qué vergonzoso e indecente, qué estúpido y vulgar fué aquéllo! ¡Y pensar que yo lo provoqué todo! Aún me río. Aún no me doy clara cuenta de lo que pasó, aún no estoy seguro si obedecí realmente a un impulso de locura o de ofuscación momentánea que me llevó a un acto vergonzoso hasta que sentí el freno de una voluntad ajena a la mía. A veces creo que perdí la razón y otras, que no he pasado de la niñez y que todo aquello no fué sino una diablura de colegial.

¡Paulina, Paulina tuvo la culpa! Si no por ella, seguramente no me hubiese portado como un colegial. ¡Quién sabe si no me dejé arrastrar por la desesperación! Aunque es estúpido razonar así. ¡Yo no comprendo, no comprendo qué hay en ella de seductor! Aunque es seductora, lo es; ya lo creo que lo es. No soy el único a quien hace perder la cabeza. Es alta, graciosa, esbelta; podríais hacer con ella un nudo. Sus pies son largos y estrechos. Un verdadero tormento. Sus cabe-

llos tienen un tinte rubio. Sus ojos son ojos de gato, que pueden mirar con singular orgullo y desdén. Hace cuatro meses, recién llegado yo a la familia, ella estaba hablando una tarde con de Grieux en la sala y lo miraba de tal manera... que momentos después, cuando subí a mi cuarto para acostarme, me imaginé que ya en aquel instante debía haberle arreado una bofetada. Porque la vi erguida, mirándolo cara a cara. Desde aquella tarde la amé.

Volvamos a lo de antes.

Avancé por el paseo hacia el barón y su señora y me paré a contemplarlos. Cuando los tuve a cinco pasos me quité el sombrero y me incliné.

Recuerdo que la baronesa llevaba un vestido gris claro de inmensa circunferencia, con flecos, miriñaque y cola. Era baja y de extraordinaria corpulencia, con tan espantosa sotobarba, que parecía no tener cuello. Su rostro era encarnado; sus ojos, pequeños, adustos e insolentes. Paseaba como haciendo un honor a cuantos la miraban. El barón era alto y flaco, surcaban su rostro—como el de muchos alemanes—mil arrugas y llevaba anteojos. Representaba unos cuarenta y cinco años. Sus piernas parecían arrancar del pecho; un signo de la raza. Orgulloso como un pavo real, vestía

sin garbo. Había en su rostro una expresión de carnero degollado, que quería ser signo de profundidad.

Todo esto lo ví yo en tres segundos.

Mi reverencia, sombrero en mano, llamóle la atención. El barón enarcó ligeramente las cejas. La baronesa se contoneó un poco para evitar mi proximidad.

—*Madame la baronne*—pronuncié distintamente, acentuando cada palabra—, *j'ai l'honneur d'être votre esclave.*

Entonces me incliné y dejé paso al barón volviéndome con una cortesana sonrisa.

Paulina me mandó sólo que me quitase el sombrero; mas yo me había inclinado, portándome *motu propio* como un estudiante desvergonzado.

¡Sabe Dios por qué lo hice! Yo sólo sé que me sentí hundir en el vacio.

—*Heim!*—gruñó el barón, volviéndose hacia mí con desagradable sorpresa.

Yo me detuve y permanecí en respetuosa espera sin dejar de mirarle sonriente. Se debió de quedar perplejo, pues, frunció las cejas desmesuradamente y se ofuscó aún más su semblante. La baronesa se me volvió también con grande alarma. Los transeuntes empezaban a curiosear; algunos se paraban.

—*Heim!*—gruñó de nuevo el barón con voz más gutural y con creciente enojo.

—*Ja wo-o-ohl!*—proferí yo sosteniendo su mirada.

—*Sind sie rasend?* *—gritó, blandiendo el bastón de manera indecisa y nerviosa. Creo que le contuvo mi porte, porque yo vestía con mucha elegancia, hasta con afectación, como quien se codea con la más alta sociedad.

—*Ja wo-o-ohl!*—repetí con toda mi alma, arrastrando la o como los berlineses, que repiten esa frase a cada dos por tres y pronuncian la o atemperándola a su modo de sentir o pensar.

El barón y la baronesa se me apartaron como de un apestado. Los curiosos se quedaron hablando y contemplándome con asombro; aunque no conservo un recuerdo muy exacto.

Yo me dirigí tranquilamente a donde me esperaba Paulina Alexandrovna. Pero cuando llegué a unos cien pasos, ví que se levantaba y se dirigía al hotel con los chicos.

La alcancé en la puerta.

—Ya he cumplido... esa tontería—le dije.

* *¿Está usted loco?*

—Bueno, ¿y qué? Ahora salga como pueda del compromiso—me contestó subiendo la escalera sin mirarme.

Pasé la tarde dando vueltas por el parque, luego atravesé el bosque y seguí andando hasta otro pueblo. En una casa de campo me regalé con una tortilla y un vaso de vino, y por esta bucólica me arrancaron un tálero y medio.

Hasta las once no estuve de regreso y en cuanto puse los pies en el hotel me anunciaron que el general me esperaba.

Ocupaba su familia dos series de habitaciones. La primera es una espaciosa sala, con un piano; la otra es un cuarto muy grande, donde tiene su estudio el general, y aquí me esperaba, de pie, en actitud majestuosa. De Grieux estaba recostado en el sofá.

—Permita, señor, que le pregunte qué ha pasado—empezó preguntando el general.

—Le agradeceré que no se ande con rodeos, mi general—le contesté—¿Se refiere a mi encuentro de esta mañana con un alemán?

—¿Un alemán? Ese alemán es nada menos que el barón de Burmerhelm, personaje de gran importancia, y usted le ha ofendido ofendiendo a su mujer.

—De ningún modo.

—¡Usted, señor, los ha alarmado! — gritó el general.

—Ni por asomos. Cuando estuve en Berlín, continuamente sonaba en mis oídos, de la manera más desagradable, el *ja wohl*, y cuando me crucé con ellos en el paseo, se me vinieron a la boca, yo no sé por qué, esas dos palabras, y... bueno, me sacan de tino... Además, la baronesa, a quien he hallado ya tres veces, tiene la costumbre de avanzar hacia mí como si yo fuese un gusano a quien se puede aplastar con el pie. Usted comprenderá que también yo tengo mi amor propio. Me quité el sombrero y dije cortésmente—le aseguro que lo dije cortésmente —: «*Madame, j'ai l'honneur d'être votre esclave.*» Cuando el barón se volvió y dijo *Heim!*, me acometió el impulso de gritarle: *ja wohl!* Se lo grité dos veces: la primera, de un modo natural; la segunda, recalcándolo cuanto pude. Y eso fué todo.

Confieso que me causó una intensa alegría esta explicación tan de colegial. Sentía un raro deseo de contar el episodio de la manera más ridícula y continué razonándolo.

—¿Pero se está usted burlando de mí?—interrumpió

el general. Y se volvió al otro, para explicarle en francés que me había propuesto seriamente promover un escándalo.

De Grieux rió con desprecio y se encogió de hombros.

—No imagine semejante cosa—repliqué—. Claro que mi conducta no es de alabar; lo confieso ingenuamente. Mi comportamiento merece ser considerado como una estupidez, como una diablura indecorosa, propia de un colegial; pero nada más. Y crea usted, mi general, que me duele. No obstante, hay una circunstancia que, a mi juicio, al menos, casi me evita el arrepentimiento. Ultimamente, durante los quince días pasados no me encontraba bien; estaba enfermo, nervioso, excitado, melancólico, y a ratos hasta perdía el dominio de mis actos. A decir verdad, he pasado por impulsos casi irrefrenables de atacar al marqués de Grieux y... Pero no hace falta decirlo, porque podría enfadarse. En fin, es un síntoma de enfermedad. Yo no sé si la baronesa de Burmerhelm tomará en consideración este hecho cuando les pida perdón—porque pienso presentarles mis excusas. Me figuro que no lo aceptará, por cuanto estas excusas han dado ocasión, de algún tiempo a esta parte, a ciertos abusos en los tri-

bunales de justicia. Los abogados alegan que sus clientes no eran responsables en el momento de su crimen—que, por otra parte, no es más que un síntoma de enfermedad. «Lo mató—dicen—y ni se acuerda». Y figúrese, mi general, que los médicos forenses los apoyan, y actualmente se sostiene que hay males, ofuscaciones momentáneas, de que uno apenas recuerda nada o conserva sólo la mitad o la cuarta parte de su memoria. Pero el barón y la baronesa pertenecen a la vieja generación; además son prusianos, *junkers* y propietarios, y probablemente ignoran los adelantos de la medicina legal, y no aceptarán mi explicación. ¿Qué opina usted, mi general?

—¡Basta, señor—pronunció éste secamente, sorprendido e indignado—; basta! Quiero librarme de una vez para siempre de sus diabólicos enredos. No ha de ir a presentar sus excusas a los barones. Todo trato con usted, aunque sólo fuese para concederle perdón, resultaría en menoscabo de su dignidad. El barón sabe que pertenece usted a mi séquito, ha mediado entre los dos una explicación en el Casino, y le aseguro que ha estado en un tris de exigirme satisfacciones. ¿Usted comprende a lo que me ha expuesto, señor? Yo... yo me he visto obligado a pedir perdón al barón y darle

mi palabra de que inmediatamente, hoy mismo, dejaría usted de pertenecer a mi casa.

—Permita, permita, mi general. ¿De modo que insistió él mismo en que yo dejara de pertenecer a su casa, como usted se ha dignado manifestar?

—No; pero me consideré obligado a darle esa satisfacción. Y, efectivamente, se dió por satisfecho. Hemos de separarnos, señor. Aquí tiene lo que se le debe: cuatro federicos oro y tres florines, de acuerdo con estas cuentas. Aquí está el dinero y aquí la cuenta; vea si está conforme. Adiós. De ahora en adelante somos extraños el uno al otro. No he recibido de usted más que disgustos y contratiempos. Avisaré al *Kellner* que desde hoy no respondo de sus gastos en el hotel. Tengo el honor de quedar de usted atento servidor.

Tomé el dinero y el papel en que estaba escrita a lápiz la cuenta, hice una reverencia y le dije muy serio:

—Mi general: Esto no puede acabar así. Siento mucho que se haya usted colocado en una situación desagradable respecto al barón; pero perdone si le advierto que usted se tiene la culpa. ¿Por qué salió usted responsable de mis actos ante el barón? ¿Qué significa la manifestación de que yo soy miembro de su casa? Soy

simplemente un maestro que ejerce dentro de su familia y nada más. Ni soy su hijo ni su pupilo y usted no puede hacerse responsable de mis actos. Soy una persona legalmente responsable, tengo veinticinco años, poseo un título universitario, soy un noble y no hay lazo que me una a usted. Sólo un respeto ilimitado a su dignidad me impide exigirle toda clase de explicaciones y responsabilidades por haberse arrogado el derecho a responder de mí.

El general alzó las manos en actitud de pasmo y volviéndose al francés le explicó que yo le estaba provocando poco menos que a un duelo.

El francés prorrumpió en una risotada.

—Pero yo no renuncio al barón—dije con perfecta tranquilidad sin hacer caso de la risa de M. de Grieux—, y puesto que usted, mi general, ha consentido en atender sus quejas, dándole la razón y declarándose en cierto modo parte en la causa, tengo el honor de manifestarle que mañana, sin más tardar, yo pediré por cuenta propia al barón una seria explicación de los motivos que le indujeron a dirigirse a otra persona... como si yo estuviese incapacitado para responder por mí mismo.

Sucedió lo que preveía. Al oir tamaño despropósito,

el general perdió la serenidad y se puso a gritar como un energúmeno:

—¿Qué pretende usted persistiendo en este maldito asunto? ¡Dios del cielo! ¡Cómo voy a quedar yo! ¡No lo intente, no lo intente, señor, o juro...! También aquí hay policía, y yo... yo... en fin, dada mi posición y la del barón... en fin, será usted detenido y expulsado del país por la policía, para que aprenda a no provocar disturbios. ¿Comprende usted, señor?

Estaba sin aliento de ira y al propio tiempo atolondrado de miedo.

—General—le contesté con un aplomo que le exasperaba—, usted no puede detener a nadie como promotor de disturbios que no haya promovido. Aún no ha empezado mi entrevista con el barón y usted ignora en absoluto la forma y los términos en que me propongo proceder. Sólo quiero saber por qué se me ha colocado en situación tan desairada como la de suponerme bajo la autoridad de una persona con derecho sobre mi libertad de acción. No hace falta que se muestre usted tan ansioso y desazonado.

—¡Por Dios, por Dios, Alexey Ivanovitch, renuncie usted a su insensato propósito!—murmuró el general cambiando el tono de furor en otro de súplica y asién-

dome de la mano—. ¿Adónde iríamos a parar? ¡Un nuevo disgusto! ¡Bien puede ver por usted mismo que aquí debo ser circunspecto... especialmente ahora, especialmente ahora!... ¡Ah! ¡No conoce, no conoce usted las circunstancias en que me hallo! Cuando nos marchemos de aquí tendré el gusto de volverle a tomar; hablo sólo de por ahora; en fin... ¡Claro que comprende usted que hay razones!—gritó con desespero—Alexey Ivanovitch, Alexey Ivanovitch...

Retrocediendo hacia la puerta, volví a suplicarle encarecidamente que no se diera un mal rato, le aseguré que todo iría bien, que todo lo llevaría con la mayor corrección y me retiré.

El ruso se acoquina pronto en el extranjero y tiene un miedo horroroso a lo que dirá la gente, a cómo lo mirarán y a no acertar en lo más propio y procedente. Se porta como si llevara corsé y más si tiene pretensiones de persona de importancia. Lo que más le gusta es cierta etiqueta tradicional a la que se somete como un esclavo, en hoteles, paseos, reuniones y viajes... Pero el general dejó deslizar que a más de esto existían circunstancias especiales, que debía andar con circunspección. Por eso fué tan débil en dejar ver su punto flaco y en cambiar de tono. Mas esto fué para

mí una prueba de que era muy capaz de poner en conocimiento de las autoridades mis extravagancias, y por tanto debía andarme con cuidado.

Por otra parte, yo no tenía interés en disgustar al general, pero sí en vengarme de Paulina. Se me había portado tan mal, empujándome a tan estúpida situación, que no podía menos que obligarla a detenerme en mi camino. Mi diablura de estudiante también a ella podía comprometerla. Además iba tomando forma en mí otro sentimiento: que en su presencia quedase reducido a la nada, no probaba que no pudiese sostener mis derechos ante otros o que el barón pudiera darme una paliza. Deseaba reirme de todos en sus propias narices y largarme a toda marcha. Veríamos si, ante el temor de un escándalo, me rogaba Paulina que volviese; de lo contrario, sabría al menos que yo mantenía mis derechos.

(¡Una noticia interesantísima! Acabo de saber por el ama, a quien he hablado en la escalera, que María Filippovna se ha marchado hoy, completamente sola, en el tren de la tarde, a Karlsbad, para ver a su primo. ¿Qué significa esto? Dice el ama que ya hace tiempo tenía el propósito de marcharse; pero, ¿cómo es que nadie lo sabía? Aunque quizá yo fuese el único igno-

rante. El ama ha dejado escapar que Maria Filippovna cruzó anteayer con el general unas palabras. Comprendo. No hay duda que entra en danza Mlle. Blanche. Algo decisivo va a suceder.)

CAPITULO VII

Esta mañana he visto al *Kellner* y le he dicho que me haga cuenta aparte. Mi habitación no es tan cara que me alarme ni me haga apresurar la marcha. Poseo dieciséis federicos oro, y ¡quién sabe... quién sabe si esta cantidad no es una fortuna! ¡Y, cosa rara! Aún no he ganado nada y me conduzco y pienso y siento como un rico.

A pesar de lo temprano de la hora me disponía a ir a ver a mister Astley al hotel de Inglaterra, que está muy cerca, cuando entró a mi aposento de Grieux. Nunca me había hecho semejante honor, y es más, este caballero y yo estábamos de algún tiempo acá en relaciones muy tirantes. El manifestaba abiertamente su desprecio hacia mí, y yo..., yo tenía mis razones para no quererlo. Francamente: lo odiaba. Su visita me dejó sorprendido, y al momento adiviné que se tramaba algo.

Entró con gran cortesía, me saludó cumplidamente, y viéndome con el sombrero en la mano me preguntó si iba a dar un paseo. Cuando le dije que iba a

ver a mister Astley para un asunto, adoptó una expresión reflexiva, cautelosa y de anhelante inquietud.

De Grieux era como todo francés: alegre y cortés cuando es necesario y ventajoso, e insoportable cuando la amabilidad y la alegría no le ha de reportar ventaja alguna. Un francés no siempre es cortés por temperamento. Si siente necesidad de ser original, fantástico, sus extravagancias son de lo más estúpido y afectado, porque se amolda al acervo común de vulgaridades tradicionales. El carácter francés es una amalgama del más ordinario, plebeyo y despreciabe sentido práctico; el francés, en una palabra, es uno de los seres más fastidiosos de este mundo. En mi opinión, sólo la gente candorosa e inexperta—singularmente nuestras señoritas rusas—, se dejan fascinar por un francés. Para toda persona seria, ese convencionalismo de la etiqueta tradicionalista de salón, con su desenvoltura y alegría, resulta tan evidente como intolerable.

—Vengo para hablar con usted de un asunto—empezó con cierta tiesura—, y no he de ocultarle que soy el embajador, o, más bien, el mediador del general. Como conozco muy poco el ruso, apenas comprendí lo que ayer pasó; pero el general me lo explicó todo, y confieso...

—Oiga usted, M. de Grieux—le interrumpí—. Dice que se presta a ser mediador en este asunto. Yo, en efecto, no soy más que un *outchitel* y nunca reclamé el honor de que se me considere un gran amigo de esta familia, con la cual ni siquiera estoy en relaciones muy íntimas; de modo que desconozco una serie de circunstancias. ¿Es usted ya un miembro de la familia en el verdadero sentido de la palabra? ¡Se toma usted tan grande interés en todo, y afirma con tal seguridad que es un mediador!...

No le gustó la pregunta; era demasiado clara y él no quería hablar claro.

—Me unen al general negocios y *ciertas circunstancias especiales*—dijo secamente—. El general me envía a rogarle que abandone los propósitos que ayer abrigaba. Todo lo que pretende usted llevar a cabo es muy sensato, pero él me ruega manifestarle que será inútil; es más: el barón no le recibirá, y, en todo caso, hallará la manera de evitarse todo disgusto. Usted mismo lo comprenderá así. ¿Qué fin persigue con eso? Dígame. El general le prometió volverle a admitir en la primera ocasión que se presente, y hasta entonces continuará usted percibiendo su sueldo, *vos appointements*. Esto es una ganga, ¿verdad?

Le repliqué con toda la calma que estaba en un error, que no creía que me rechazase el barón; antes al contrario, me prestaría atención, y dejé insinuar que probablemente aquella visita obedecía al deseo de conocer los pasos que me proponía dar.

—¡Caramba! Desde el momento en que el general se muestra tan interesado, claro que le gustará saber cómo va usted a conducirse y lo que intenta hacer.

Me expliqué. El francés me escuchó en actitud reposada, inclinando la cabeza con visible expresión de ironía, porque siempre se mantenía en su plan de superioridad. Procuré hacerle ver que me tomaba el asunto muy en serio. Le dije que, puesto que el barón se había quejado al general, como si yo fuese el último de sus criados, me había privado de mi posición, considerándome como a un incapacitado de responder por mí mismo e indigno de todo trato. Claro que me consideraba justamente ofendido, pero por respeto a la diferencia de edad, de posición social, etc., etc.—dije conteniendo a penas la risa—, no pensaba caer en la nueva indiscreción de insistir en que el barón me diese satisfacciones, o en proponerle el duelo. Con todo, me consideraba con suficientes títulos para presentar al ba-

rón, y más a la baronesa, mis excusas, especialmente teniendo en cuenta que desde hacía tiempo me sentía verdaderamente enfermo, abatido, entojadizo, etc., etc. Sin embargo, el barón me colocaba en tal situación, acudiendo al general y exigiendo mi expulsión, que me era imposible presentarle mis excusas, porque él, como todo el mundo, lo atribuirían a miedo y a deseos de ser repuesto en el cargo. De lo cual se deducía que tenía que ir al barón a pedirle explicaciones en términos formales, y si me decía que no tuvo intención de ofenderme o algo parecido, yo me sentiría libre, y sólo entonces, con la mayor franqueza, le presentaría mis excusas. En una palabra—acabé—: yo sólo pediría al barón que me desatase las manos.

—¡Uf! ¡Qué naderías y qué traído por los cabellos! ¿Y para qué quiere usted disculparse? Vamos, admita usted, *monsieur... monsieur*, que todo eso lo hará por humillar al general... y acaso tenga usted un designio especial... *mon cher monsieur... pardon, j'ai oublié votre nom, M. Alexis?... N'est-ce pas?*

—Perdone, *mon cher marquis*: ¿qué le importa a usted todo eso?

—*Mais le general...*

—¿Qué le pasa al general? Anoche dijo que debía

andar con mucho tiento... y estaba trastornado... pero no comprendí.

—Ciertamente, ciertamente hay una circunstancia especial—me contestó de Grieux haciendo incapié en mi observación y acentuando cada vez más su tono humillante—. ¿Usted conoce a Mlle. Cominges?

—¿Se refiere a Mlle. Blanche?

—Sí, a Mlle. Blanche de Cominges... *et madame sa mére.* Usted habrá notado que el general... en fin, el general está enamorado; en fin... en fin, el matrimonio se celebrará aquí. Y, figúrese, el escándalo, las murmuraciones...

—No veo la relación que puedan tener el escándalo y las murmuraciones con la boda.

—Pero *le baron est si irascible, un caractère prussien, vous savez, en fin il fera une querelle d'Alemand.*

—Contra mí y no contra ustedes, pues ya no pertenezco a la casa...—dije, procurando mostrarme tan ilógico como fuera posible—. Pero, perdón; ¿no está ya acordado que Mlle. Blanche se case con el general? ¿Pues a qué esperan? Yo creo que quieren ocultárnoslo, sea como sea, a todos los miembros de la casa.

—No puedo... sin embargo, no es precisamente...

además... ¿sabe usted?, están esperando noticias de Rusia.

—*Ah! ah! La baboulinka!*

De Grieux me miró con desprecio y me atajó:

—En fin, tengo plena confianza en su innata cortesía, en su inteligencia y en su tacto... Usted lo hará por la familia en que se le ha considerado como a un hijo, en que ha sido querido y respetado...

—¡Perdón! ¡de la que se me ha expulsado! Usted sostiene ahora que ha sido no más en apariencia, pero convendrá conmigo que si a usted le hubieran dicho: «No queremos arrojarlo de la casa como un fardo, pero márchese para que así parezca», lo consideraría lo mismo.

—Siendo así, si se ha de mantener sordo a las súplicas—dijo con seriedad y altivez—, permita que le asegure que se tomarán medidas. Aquí hay autoridades y hoy mismo será expulsado, *que diable! ¿Un blanc-bec comme vous* quiere desafiar a un personaje como el barón? ¿Y cree usted que nadie se le va a oponer? ¡Sepa que nadie le teme aquí! Yo me he acercado a usted por cuenta propia, porque ha estado fastidiando al general. ¿Se figura que el barón dejará de ordenar a sus lacayos que lo arrojen de su casa?

—Pero oiga usted. Yo no iré en persona—contesté con el mayor aplomo—. Está equivocado, M. de Grieux; todo se hará de la manera más decorosa que pueda figurarse. Ahora mismo me disponía a salir para rogar a mister Astley que me haga de intermediario, que sea mi segundo. Es mi buen amigo y no se negará. Irá a ver al barón y éste le recibirá. Yo no soy más que un *outchitel*, un subalterno, un ser indefenso; pero mister Astley es sobrino de un lord, de todo un lord; todo el mundo conoce a lord Pibroch, porque está aquí. Créame: el barón estará cortés con mister Astley y lo atenderá. De lo contrario, mister Astley se lo tomaría como una afrenta personal—ya sabe usted lo testarudos que son los ingleses—y enviaría al barón un amigo, y que los tiene poderosos. Puede contar que no saldrían las cosas como usted se figura.

El francés estaba asustado. Era tan verosímil cuanto yo decía, que daba la impresión de estar dispuesto a armar un escándalo.

—Vaya, olvide ya ese asunto; se lo ruego—dijo con tono suplicante—. No parece sino que busca usted divertirse provocando un escándalo. No busca una satisfacción, sino un escándalo. Convengo en que es muy divertido e ideal, y por eso le gusta. Pero, en fin—aña-

dió viendo que me levantaba cogiendo el sombrero—, he venido a entregarle unas líneas de cierta persona. Léalas; se me ha encargado esperar contestación.

Esto diciendo, sacó un sobre cerrado y me lo alargó.

Reconocí la letra de Paulina.

«Tengo entendido que piensa usted obstinarse en este asunto; pero una circunstancia que quizá le explicaré pronto me obliga a advertirle que desista y olvide. ¡Todo eso no es más que una necedad! Necesito de usted y usted prometió obedecerme. Acuérdese de Schlangenberg; le ruego que obedezca, y si hace falta, se lo manda

Su P.»

«P. S.—Si está enfadado conmigo por lo que sucedió ayer, perdóneme.»

Al leer estas líneas me pareció que todo daba vueltas ante mis ojos, palidecí y me puse a temblar. El maldito francés me contemplaba con una discreción exagerada, volviendo la cabeza como para no ver mi confusión. Mejor le hubiera sido reirse francamente.

—Muy bien—contesté—; dígale a mademoiselle que se tranquilice. Permita usted que le pregunte—añadí en seguida—por qué ha tardado tanto en entregarme esta carta. En vez de tanto charlar de tonterías, podía

haber empezado por esto... si venía usted con tal objeto.

—¡Oh! Yo quería... todo esto es tan extraño, que debe usted perdonar mi natural impaciencia. Ansiaba conocer sus intenciones por usted mismo. Además, ignorando el contenido de esa carta, creí que no había prisa en dársela.

—Comprendo; tenía usted el encargo de no dármela sino en caso de necesidad y esperaba arreglarlo todo de viva voz. ¿No es eso? Séame franco, M. de Grieux.

—*Peut-être*—contestó adoptando un aire de peculiar reserva y mirándome de un modo especial.

Me incliné saludando, me saludó él y se marchó con una sonrisa irónica. No podía esperar otra cosa.

—Ya nos volveremos a ver, *franchute*, y te arreglaré las cuentas—gruñí mientras bajaba la escalera. Me era imposible reflexionar; parecía que me hubiesen dado un golpe en la cabeza. El aire me serenó un poco.

Dos minutos después, me asaltaban y dominaban dos pensamientos. El primero, que un incidente sin importancia, una travesura de chico atolondrado, había ocasionado una consternación universal. El segundo, que aquel francés ejercía cierta influencia sobre Paulina. A una palabra de él se sometía a sus deseos,

escribía cartas y hasta dirigía ruegos. Desde luego sus relaciones habían sido siempre un misterio para mí desde que les conocí; pero de algún tiempo acá notaba en ella una aversión y un desprecio hacia el francés, mientras que él apenas la miraba y era grosero con ella. Lo he notado. La misma Paulina me habla de él con aversión, aunque con ciertos distingos... De modo que se ve simplemente que la domina, que la tiene esclavizada.

CAPITULO VIII

Encontré al inglés en el paseo, como llamamos aquí a la avenida sombrada de nogales.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó al verme—. Me dirigía a su casa y me lo encuentro en el camino. ¿Con que ha desertado usted de esa familia?

—Dígame antes que nada cómo lo sabe—le pregunté, sorprendido.—¿Es posible que todo el mundo esté ya enterado?

—¡Ah, no! No es del dominio público, ni vale la pena. Nadie habla de eso.

—¿Pues cómo lo sabe usted?

—Lo he sabido por casualidad. ¿Dónde piensa usted ir cuando salga de aquí? Ahora iba a verle, porque le quiero.

—Es usted una persona excelente, mister Astley—le dije, ardiendo en deseos de saber quién le había puesto al corriente—, y como no he tomado mi café, y supongo que usted está en ayunas, vamos al Casino. Se lo contaré todo fumando y... usted me contará también...

El Casino estaba a cien pasos. Nos sirvieron café.

Me senté cómodamente y encendí un cigarro. Mister Astley no quiso fumar, y mirándome de frente se dispuso a escuchar.

—No voy a ninguna parte. No me muevo de aquí—empecé.

—Seguro estaba de que se quedaría—observó el inglés con muestras de aprobación.

Salí de casa sin propósito de revelar a mister Astley mi amor a Paulina, y hasta tenía el de no aludir ni remotamente a esto en nuestra conversación. Era hombre reservado, por su parte, y aunque desde el principio había yo descubierto el efecto que la muchacha le producía, jamás pronunciaba su nombre. Pero, cosa rara, apenas se sentó y fijó en mí su mirada de plomo, no sé por qué, me acometió el deseo de confiárselo todo, sin dejar un solo aspecto de mi amor. Durante media hora hablé sin parar, lo que me produjo una agradable impresión; era mi primera confidencia amorosa. Notando que algunas frases apasionadas le causaban una agitación embarazosa, exageré mi ardor. Sólo siento haber hablado demasiado del francés.

Mister Astley me escuchaba atento, inmóvil, sin apartar sus ojos de los míos ni proferir una sílaba. Pero cuando le hablé del francés me atajó, preguntán-

dome severamente con qué derecho me refería a circunstancias del todo ajenas a mi relato. Mister Astley siempre hacía preguntas tan extravagantes.

—Tiene usted razón. No tengo derecho—contesté.

—¿No puede usted alegar nada en concreto, que no sea mera sospecha, contra el marqués y miss Paulina?

Una pregunta tan afilada de parte de un hombre que era la misma discreción, me dejó no poco sorprendido.

—No; nada concreto—contesté.

—Pues entonces, hace usted mal, no sólo en hablarme de eso, sino en pensarlo.

—Muy bien, muy bien; de acuerdo; pero no se trata de eso—le interrumpí sin salir de mi asombro.

Y le conté lo sucedido la víspera sin dejarme nada; el capricho de Paulina, mi aventura con el barón, mi dimisión, el extraordinario abatimiento del general, y, en fin, la visita que acababa de hacerme de Grieux. Luego le mostré el escrito.

—¿Qué deduce usted de todo esto?—le pedí—. Yo iba precisamente en busca de su opinión. Por mi parte, confieso que mataría a ese francés... y quizá lo mate.

—De acuerdo—dijo mister Astley—. En cuanto a Paulina, ya sabe que muchas veces nos vemos obliga-

dos a mantener relaciones con personas que nos parecen detestables, si nos lo exige la necesidad. Usted ignora las circunstancias que han motivado esas relaciones, y puede estar tranquilo... hasta cierto punto. En cuanto a su salida de ayer, he de confesar que me sorprende; no porque lo hiciese para humillarle y exponerlo al bastón del barón—que no comprendo por qué no lo usó contra usted, ya que lo esgrimió—, sino porque tal diablura me parece impropia de una... de una señorita tan distinguida. Desde luego ella pensaría que no iba usted a cumplir su orden tan al pie de la letra...

—¿Sabe usted lo que pienso?—grité de pronto, mirándole fijamente—. Que usted sabía ya esto. ¿Y sabe quién se lo ha contado? ¡La propia miss Paulina!

Mister Astley me miró, atónito.

—Sus ojos brillan, dejándome ver sus sospechas—dijo volviendo a su actitud de antes—; pero no tiene usted derecho a exponérmelas. No puedo reconocerle ese derecho, y yo me niego en absoluto a responder.

—¡Basta! Es inútil—exclamé yo como un perturbado, sin saber por qué se me había ocurrido aquello. ¿Porque dónde, cuándo y cómo podía Paulina haber hecho del inglés su confidente? Cierto que durante

aquellos días había dejado de observar de cerca a mister Astley, y Paulina era un enigma para mí, un enigma tan impenetrable, que aun después de haber hecho gala de mi desbordante pasión ante el inglés, me asaltó la idea de que apenas podía decir nada de positivo y concreto acerca de mis relaciones con ella. Todo era, por lo contrario, extraño, inconsistente, fantástico y anormal.

—¡Oh! Muy bien, muy bien. Me hago una confusión y hay muchas cosas que no llego a comprender—añadí respirando como falto de aire—. A pesar de todo es usted un buen hombre. Otra cosa: y no pido su consejo, sino su opinión.

Hice una pausa y proseguí:

—¿Qué piensa usted de lo alarmado que se mostró el general? ¿Por qué da tanta importancia a mi jugarreta? Armó tal revuelo, que el mismo de Grieux, que sólo interviene en asuntos de importancia, juzgó necesario intervenir; me visitó; ¡figúrese usted!, me rogó y suplicó..., ¡él, de Grieux, me rogó y suplicó a mí! Fíjese que vino a verme a las nueve, y ya traía la carta de Paulina. ¿Cuándo se escribió esa carta? ¡Acaso la despertaron para que la escribiese! Por otra parte, se ve claramente que le está sumisa, porque hasta me

pide perdón. Además, ¿cómo se explica el interés que se toma en un asunto que no le concierne personalmente? ¿Por qué temen a un barón? ¿Y qué les importa que el general se case con Mlle. Blanche de Comingés? Dicen que esta circunstancia les obliga a ir con un tiento *especial*, pero convenga usted que todo esto es bastante especial. ¿Qué opina usted? Por lo que me dicen sus ojos, estoy seguro que sabe usted de esto más que yo.

Mister Astley rió y movió la cabeza afirmativamente.

—Es verdad. Creo que estoy mejor enterado que usted de que Mlle. Blanche es la única persona a quien concierne de lleno el asunto, y no creo equivocarme.

—¿Qué me dice usted de Mlle. Blanche?—grité impaciente, confiando que por aquí se me descubriría algo de Mlle. Paulina.

—Me parece que Mlle. Blanche tiene un interés especial en evitar un encuentro con los baroneses, un encuentro que podría resultar desagradable, quizá escandaloso...

—Ya, ya...

— Mlle. Blanche estaba aquí, en Ruletenburgo hace dos años. Yo también estaba y Mlle. Blanche

no se llamaba entonces Mlle. de Cominges ni la acompañaba su madre, madama la mamá Cominges, que, por lo visto, no existía, al menos nadie hablaba de ella. De Grieux... de Grieux tampoco estaba aquí. Tengo el convencimiento de que lejos de ser parientes, hace poco que se conocen. El, de Grieux, hace muy poco tiempo que es marqués...; me fundo para afirmarlo así en una circunstancia, y su nombre «de Grieux» es tan reciente como su marquesado. Yo sé de una persona de aquí que lo ha conocido con otro nombre.

—Pero si lo rodean una serie de amigos tan respetables.

—Es posible. También los tiene Mlle. Blanche, y hace dos años, a petición de la misma baronesa, tuvo que salir de la ciudad invitada por la policía.

—¡Cómo!

—Llegó aquí con un italiano, un príncipe de no sé qué, adornado de un nombre histórico—Barberini o algo semejante—y cubierto de sortijas y pedrería, y no falsa. Paseaban en magnífico carruaje. Mlle. Blanche jugaba al *treinta y cuarenta*, al principio, con suerte; luego, con desgracia, si mal no recuerdo. Una tarde perdió una suma considerable. No fué esto lo peor: *un beau matin* el príncipe voló y con él los caballos, el

carruaje y todo. La nota del hotel ascendía a una cantidad enorme. Mlle. Selma—porque inmediatamente dejó de ser Barberini para llamarse Mlle. Selma—estaba desesperada, lloraba y chillaba corriendo por el hotel, y en su dolor rasgaba sus vestiduras. Había un conde polaco—todos los polacos que viajan son condes—que al ver a Mlle. Selma en tan afligido estado y arañándose las mejillas como un gato con sus hermosos y perfumados dedos, se mostró conmovido, habló con ella, y de tal manera arreglarían las cosas, que a la hora de la comida la mujer se había consolado. Aquella tarde el polaco entró en el Casino del brazo de Mlle. Selma y ésta rió estrepitosamente, como tenía de costumbre, y se mostró más libre y desenvuelta que nunca, probando pertenecer a esa clase de mujeres que se acercan a la ruleta apartando a codazos a los jugadores para hacerse puesto en la mesa. Es la manera particularmente *chic* entre esas señoras. ¿Se ha fijado usted?

—¡Oh! Sí.

—Mlle. Selma continuó cambiando billetes y jugando con peor fortuna. Y eso que tales señoras suelen tener suerte en el juego y asombran por su extraordinaria serenidad. Pero mi relato termina aquí. Un día

desapareció el conde como había desaparecido el príncipe. Mlle. Selma continuó jugando, aunque nadie le ofrecía el brazo para acompañarla a la ruleta, y en dos días lo perdió todo. Después de aportar su último luis y perderlo, paseó la mirada en torno y vió al barón Burmerhelm, que muy cerca la estaba contemplando con ojos de indignación. Mlle. Selma se le allegó sin cuidarse de su rostro severo y con la mayor frescura le pidió que apostara diez luises al rojo para ella. A consecuencia de una queja de la baronesa se la invitó aquella misma noche a no dejarse ver más por el Casino. No le sorprenda que esté tan bien enterado de esta lastimosa historia, porque me la contó mister Fider, un pariente mío que aquella misma noche acompañó en su coche a Mlle. Selma, de Ruletenburgo a Spa. Ahora que va a ser la mujer del general, mademoiselle Blanche no quiere ciertamente que la inviten a salir del Casino como hace dos años, y no juega: pero como tiene capital, según parece, se dedica a prestar dinero a los jugadores. Es un negocio más seguro. Sospecho que el general le es deudor y acaso también de Grieux, aunque éste bien pudiera ser su asociado. Usted verá el interés que ha de tener, hasta que se celebre la boda al menos, en no atraerse la atención de

los barones. Dada su situación, nada es para ella tan temible como un escándalo, y como su conducta de usted puede complicar en un escándalo al general, y ella se muestra en público del brazo de éste o en compañía de miss Paulina... ¿Comprende ahora?

—¡No, no comprendo!—grité, descargando sobre la mesa tal puñetazo, que el *garçon* acudió alarmado.

—Dígame, mister Astley—añadí furioso—: Si usted sabía eso y quién es Mlle. Blanche de Cominges, ¿por qué no nos avisaba a mí o al general, y sobre todo, sobre todo, a miss Paulina, que se ha mostrado en público del brazo de Mlle. Blanche? ¿Puede admitirse una cosa así?

—No tenía por qué avisarle, porque nada podía usted remediar—contestó el inglés con calma—. Además, ¿de qué avisarles? El general está quizá mejor enterado que yo de todo lo concerniente a Mlle. Blanche y no obstante sigue yendo con ella y con miss Paulina. El general es un infeliz. Ayer mismo ví a Mlle. Blanche galopando en un hermoso caballo, acompañada de M. de Grieux y el príncipe ruso, mientras el general seguía detrás en un zaino. Por la mañana me había dicho que le dolían las piernas, pero montaba perfectamente; viéndolo se me antojó un hombre arruinado

por completo. Por otra parte, es este un negocio que no me concierne y hace muy poco que tengo el honor de conocer a miss Paulina. Además—terminó el inglés irguiéndose—, ya le he dicho que no le reconocía el derecho a preguntarme ciertas cosas, aunque le quiero sinceramente.

—¡Basta!—dije yo levantándome—. Es para mí tan claro como la luz del día que miss Paulina está enterada de cuanto se refiere a Mlle. Blanche; pero como no puede deshacerse del francés, se ve obligada a admitir la compañía de la francesa. Ninguna otra razón la podría decidir a mantener esas relaciones y a suplicarme por carta que no me meta con el barón. ¡Que el diablo me lleve si entiendo nada de este galimatías!

—Olvida usted, en primer lugar, que Mlle. de Cominges es la *fiancée* del general, y que, además, miss Paulina es la hijastra de éste, que tiene dos hermanitos, los hijos del general, completamente abandonados por ese loco, que sólo se cuida de ellos para despojarlos.

—Sí, sí, eso es. Si ella no cuidase de los chicos, quedarían en completo abandono, mientras que ahora vela por sus intereses y quizá logre salvar parte de su for-

tuna. Sí, sí, eso es cierto; pero con todo, con todo... ¡Ah! ¡Ahora comprendo por qué están todos pendientes de la abuela!

—¿De quién?—preguntó el inglés.

—De la vieja de Moscou, que no quiere morir, y el telegrama de cuya muerte esperan ansiosamente.

—En efecto, todo el interés se concentra en ella; todo depende de lo que ella les deje. En cuanto se conozca el testamento se casará el general, miss Paulina se emancipará y de Grieux...

—¿De Grieux qué?

—Se le pagarán las deudas; no espera otra cosa para marcharse de aquí.

—Usted cree que no espera nada más.

—Es todo lo que sé.

—¡Pero yo sé algo más, algo más!—repetí acaloradamente—. Espera también su parte en la herencia, porque Paulina recibirá su dote, y en cuanto tenga el dinero se arrojará a su cuello. ¡Todas las mujeres son lo mismo! ¡Las más orgullosas se convierten en las esclavas más humildes! Paulina sólo puede amar de una manera: arrebatadamente. Tal es mi opinión. Obsérvela, especialmente cuando está sola, absorta en sus pensamientos: ¡hay en ella algo de predestinación, de

irremediable, de fatal! Es capaz de todos los horrores de esta vida, de todos los excesos de la pasión..., ella..., ella...; pero, ¿quién me llama?—exclamé de pronto—. ¿Quién grita? Oigo que gritan en ruso: ¡Alexey Ivanovitch! Es una voz femenina. ¡Escuche, escuche!

En aquel momento nos acercábamos al hotel. Habíamos salido del Casino y caminábamos hacía rato sin darnos cuenta.

—He oído que una mujer llamaba, pero no sé a quién: un nombre ruso. Ahora sé quién gritaba—dijo mister Astley—. Era esa mujer a quien varios lacayos acaban de subir por la escalinata en un sillón y que ahora entran cofres. Deben de haber llegado en el último tren.

—Por qué me llamará. Ya vuelve a gritar. ¿Ve usted? Nos está haciendo señas.

—Ya lo veo—dijo mister Astley.

—¡Alexey Ivanovitch! ¡Alexey Ivanovitch! ¡Válgame Dios, qué estúpido es!

Aceleramos el paso hacia el hotel, de cuya puerta venían estos gritos. Yo me adelanté corriendo, y... me quedé boquiabierto de estupefacción, con los brazos caídos y los pies clavados en el suelo.

CAPITULO IX

En el rellano de la escalinata, ante la puerta del hotel, rodeada de lacayos y doncellas que acababan de subirla en un sillón de brazos, estaba descansando la mismísima abuela a quien el mayordomo en persona presentaba sus respetos, mientras varios servidores del establecimiento desplegaban un celo inusitado haciéndose cargo del equipaje que traía a montones. ¡La Abuela! La anciana moscovita, la opulenta propietaria Antonida Vassilyevna Tarasyevitchev, la Abuela sobre cuya salud habíanse cruzado tantos telegramas, la que siempre se moría y nunca acababa de expirar y que caía entre nosotros inopinadamente, como bajada del cielo. Con sus sesenta y tantos años y cinco de invalidez, con la molestia de tener que ser transportada de un lado a otro en un sillón, había llegado y se mantenía alerta, cautelosa, contenta de sí misma, erguida en su asiento de baldada, hablando en voz alta e imperiosa y regañando a todo el mundo; era, en fin, la misma señora que yo había tenido ocasión de conocer por dos veces, mientras ejercí el cargo de tutor en casa del general.

No hay que decir que me quedé ante ella paralizado de estupor. Con su vista de lince me había reconocido mientras la subían, a cien pasos de distancia, y me llamó por mi nombre que recordaba, como todas los cosas, con sólo oirlo una vez. ¡Y pensar que aquella era la mujer que ellos creían muerta y enterrada después de haberles legado su fortuna! «¡Aún nos enterrará ella a todos nosotros y a todos los del hotel! — se me ocurrió pensar—. Pero, ¡santo cielo! ¿Qué será de esta familia ahora? ¿Qué hará el general cuando se entere? ¡Esta mujer va a armar una revolución en el hotel!»

—Y bien, mi buen amigo, ¿por qué te quedas mirándome embobado?—me gritó—¿No podrías darme la bienvenida? ¿No se te ocurre siquiera saludarme? ¿O te has vuelto orgulloso y no quieres? ¿Ya no me conoces? ¿Qué te parece, Potapitch?—añadió volviéndose a su mayordomo, un viejo calvo, de frac y corbata blanca—¿Qué te parece? ¡Ya no me conoce! ¡Ya me han enterrado! Enviaban telegrama tras telegrama preguntando si estaba muerta o viva. ¡Ya ves cómo lo sé todo! Pues aquí me tenéis vivita y coleando.

—¡Por Dios, Antonida Vassilyevna! ¿Por qué habría de desearle yo ningún mal?—contesté alegremente, re-

cobrándome—. Sólo me ha sorprendido... ¿Cómo puede dejar de sorprenderme tan inesperada...?

—¿Y esto te sorprende? Me metí en el tren y aquí estoy. Se va muy bien en el tren, sin sacudidas. ¿Vienes de paseo?

—Sí, he dado un paseo hasta el Casino.

—Es delicioso esto—dijo la abuela pasando una mirada en torno—. Hay una temperatura agradable y la arboleda es magnífica. ¡Me gusta! ¿Está en casa la familia? ¿Y el general?

—A esta hora de seguro estarán todos en casa.

—¿De modo que tienen horas fijas y todos los requisitos de la moda? ¡Vamos, se dan el tono! Ya me han dicho que tienen puesto coche, *les seigneurs russes!* Derrochan el dinero y luego huyen al extranjero. ¿Y está con ellos Praskovya?

—Sí, también Paulina Alexandrovna.

—¿Y el francés? Bueno, ahora los veré a todos, acompáñame hasta ellos, Alexey Ivanovitch, ¿Y qué? ¿Estás a tu gusto aquí?

—Medianamente, Antonida Vassilyevna.

—Potapitch, dile a ese imbécil de mayordomo que me arregle una serie de habitaciones decentes, no muy arriba, y lleva allí en seguida mi equipaje. ¿Por qué

están todos tan impacientes por conducirme? ¿Dónde vais tan deprisa? ¡Pua! ¡Hatajo de esclavos! ¿Quién es ése que va a tu lado?

—Es mister Astley—contesté.

—¿Qué mister Astley?

—Un viajero, un buen amigo mío. También conoce al general.

—¿Es inglés? No hace más que mirarme y calla como un mudo. Me gustan los ingleses. Bueno, llevadme escalera arriba y derecho a las habitaciones de mi familia. ¿Dónde están?

Cargaron con la abuela y yo me adelanté por la amplia escalera. Nuestra marcha era tan solemne, que todos los que nos encontraban parábanse a mirar. Nuestro hotel pasaba por el mejor, el más caro y el más aristocrático de la ciudad; por escaleras y pasillos, tropezábase uno siempre con espléndidas damas y elegantes ingleses. Muchos quedábanse abajo preguntando al *ober-kellner*, que contestaba muy impresionado, hablando de una dama extranjera y distinguida: *une russe, une comptesse, grande dame*, que iba a tomar todas las habitaciones ocupadas la semana anterior por *la grande duchesse de N.* La abuela producía honda impresión por su aire de solemne autoridad. A cuantos

encontraba en la escalera los medía con su mirada escrutadora y luego me preguntaba quién eran a voz en grito. Era mujer de recia corpulencia y aunque no se levantaba del sillón, se la adivinaba de gran estatura. Su ancha espalda se mantenía rígida, sin tocar el respaldo; erguía la cabeza, grande, de facciones muy pronunciadas y cabellera gris, y miraba con altivez y expresión de reto. Pero no se descubrían en toda ella ni asomos de afectación. A pesar de sus sesenta y cinco años aún conservaba su rostro cierta lozanía y su boca una dentadura casi perfecta. Llevaba un vestido de seda negra y un sombrero blanco.

—Me interesa mucho—me murmuró mister Astley, que subía a mi lado.

—Pienso que sabe lo de los telegramas—le contesté—. También sabe algo referente a lo de Grieux; pero me parece que no sabe gran cosa de la señorita Blanca.

Hombre pecador como soy, en cuanto pasó la primera sorpresa, me relamía de gusto al imaginar la tormenta que iba a descargar sobre el general. Avanzaba a la cabeza del grupo, pudiendo apenas disimular mi regocijo.

Nuestras habitaciones estaban en el tercer piso. Sin anunciar a nadie ni siquiera llamar a la puerta, la abrí

de par en par y la abuela fué introducida triunfalmente. Como a propósito, todos estaban reunidos en el estudio del general. Eran las doce, y creo que trataban de dar un paseo; unos en coche, otros a caballo, y esperaban que se les unieran unos amigos. A más del general y Paulina, con los niños y el ama, ocupaban sillas en el gabinete, de Grieux, Mlle. Blanche, con su traje de amazona, su madre, el príncipe y un sabio alemán a quien nunca había visto.

Dejaron el sillón en medio de la estancia, a tres pasos del general. ¡Santo cielo! ¡Nunca olvidaré aquel momento! Al entrar nosotros, el general estaba contando algo y de Grieux le corregía. Debo advertir que durante los últimos días, Mlle. Blanche y de Grieux prestaban singular atención al príncipe, *a la barbe du pauvre général;* no obstante, había en la reunión una grande alegría y una íntima familiaridad, que supongo sería fingida.

Al ver a la abuela, el general quedó estupefacto, con la boca abierta y con la palabra rota en los labios; los ojos desorbitados, fijos en ella, como fascinado por la mirada de un basilisco. La abuela lo miraba en silencio, inmóvil; pero, ¡con qué mirada de triunfo, de desafío, de burla! En medio de un silencio de pasmo

se miraron así durante diez segundos. De Grieux se quedó de piedra en el primer momento, pero pronto empezó a dar señales de molestia. Mlle. Blanche alzó las cejas, abrió la boca y dirigió a la abuela su adusta mirada. El príncipe y el sabio alemán contemplaban la escena, llenos de asombro. Paulina, en cuyos ojos se revelaba el más grande estupor y una honda perplejidad, se puso de repente blanca como su pañuelo, y un minuto después la sangre afluía a sus mejillas, arrebolándolas. ¡Realmente era una catástrofe para todos ellos! Yo no hacía más que pasar la vista de uno a otro. Mi amigo, el inglés, se mantenía a un lado, tranquilo y cortés, como siempre.

—¡Bueno; aquí me tenéis, en lugar del telegrama!—dijo por fin la abuela, prorrumpiendo en una risotada—. ¿No me esperabais, verdad?

—Antonida Vassilyevna... Tía... Pero, ¿cómo es posible?...—balbució el pobre general.

Si la abuela hubiera guardado silencio por más tiempo, de seguro le da al desgraciado un ataque.

—¿Cómo es posible que haya venido? Tomando el tren. ¿Para qué son los ferrocarriles? ¿Conque pensabais que había cerrado los ojos para siempre, después de dejaros una fortuna? ¡Ya véis como sé que

enviabais telegrama tras telegrama! ¡Debéis haber gastado un dineral! ¡Porque los telegramas son caros desde aquí! Sencillamente, mandé cargar mi equipaje y aquí me tenéis. ¿Es este el francés? ¿Monsieur de Grieux, verdad?

—*Oui, madame*—contestó el apellidado—; *et croyez je suis si enchanté... votre santé... c'est un miracle... vous voir ici... une surprise charmante...*

—*Charmante.* ¡Ya, ya! ¡Te conozco, mascarilla! No me inspiras ni tanto así de confianza—dijo enseñándole la punta de su meñique.

—¿Quién es esa?—preguntó indicando a Blanca, cuya elegancia francesa, en su traje de montar y con un látigo en la mano, seguramente la impresionó—. ¿Es de aquí?

—Es Mlle. Blanche de Cominges, y esta señora es su mamá, madame de Conmiges; están en el hotel—contesté yo.

—¿Es casada la hija?—me preguntó sin pararse en barras.

—Mlle. Blanche de Cominges es soltera—respondí en voz baja y con todo el respeto posible.

—¿Es viva?

—No comprendo.

—¿Si no os aburre? ¿Entiende el ruso? De Grieux lo picoteaba en Moscou. Tenía un ligero conocimiento de nuestro idioma.

Le dije que Mlle. de Conmiges nunca había estado en Rusia.

—*Bonjour*—saludó la abuela, volviéndose de repente a la francesa.

—*Bonjour, madame*—correspondió ésta, haciendo a la abuela una elegante y cortés reverencia, procurando expresar en su exagerada humildad, el asombro que le había causado un saludo tan inoportuno y dirigido de tan extraña manera.

—¡Ah! Baja la vista y está haciendo posturas y melindres. Pronto se vé que clase de mujer es: una actriz o cosa parecida. Me quedo en el hotel, en el piso de abajo—prosiguió, volviéndose al general—. Seré tu vecina. ¿Te gusta o lo sientes?

—¡Caramba, tía! Crea que siento... un verdadero placer—contestó el general, que empezaba a recobrar los ánimos y sabía hablar con dignidad y aplomo, que no dejaban de producir el efecto que buscaba—. Estábamos tan alarmados... Las noticias de su salud nos trastornaban por completo... Eran tan desesperados los telegramas que recibimos, y de repente...

—¡Calla, no mientas, no mientas!—interrumpió la abuela.

—¿Pero cómo pudo usted—se apresuró a interrumpir a su vez el general para dar a entender que no había oído—tullida, cómo pudo decidirse a emprender semejante viaje? Convendrá usted que a su edad y en su estado de salud... Es, en fin, algo tan inesperado, que sólo muy natural puede parecerle nuestra sorpresa. ¡Pero es para mí tan agradable la sorpresa!...—añadió, procurando congraciarse con sonrisa y expresión de franca alegría—. Y todos nos esforzaremos por hacerle la estada lo más feliz posible.

—¡Bueno; ya basta de charla inútil! No dices más que tonterías, como siempre. Me basto a mí misma para pasármelo bien; aunque nada tengo contra vosotros ni os guardo rencor. ¿Me preguntas cómo he podido venir? ¿Qué te sorprende, si es la cosa más sencilla? ¿Por qué os quedáis con la boca abierta? ¿Que tal, Praskovya?¿ Qué haces aquí?

—¿Cómo está usted, abuela? — respondió Paulina, acercándosele—. ¿Se le ha hecho muy largo el viaje?

—¡Vaya! ¡Al menos me haces una pregunta sensata! Los demás sólo saben decir: «¡Oh!» «¡Ah!» Ya veréis; me

pasaba los días en cama, y toda la paciencia se me fué entre doctores y medicinas. Acabé por mandarlos a todos a paseo y llamar al sacristán de San Nicolás, que había curado a una campesina de la misma enfermedad, con simiente de heno. El me curó. Al tercer día, después de un copioso sudor, me levanté. Entonces se reunieron de nuevo mis alemanes, se calaron las gafas y empezaron a discutir: «Si ahora va usted al extranjero—me aconsejaron—y toma las aguas una temporada, todos esos síntomas desaparecerán». ¿Por qué no?—pensé—. Los tontos de Zazhigins empezaron a llorar y a gruñir: ¿Dónde va usted? ¿Dónde va usted?—se lamentaban. ¡Bueno, pues, aquí estoy! En un día estuve preparada, y a la semana siguiente, un viernes, tomé una doncella y a Potapitch y al lacayo Fyodor; pero a éste le mandé volverse desde Berlín, porque ví que no hacía falta y que podía venir completamente sola. Tomé un departamento especial, y en todas las estaciones encontré faquines que por veinte kopecks me trasladaban adonde quería. ¡Pero vaya una habitación!—acabó pasando la vista en torno—. ¿De dónde sacas el dinero, mi amigo? Porque todo lo tienes ya hipotecado. ¡Solamente a este francés le deberás ya un capital! Lo sé todo; ¡ya ves cómo lo sé todo!

—Pero, tía...—balbució lleno de confusión el general—. Me sorprende, tía... Yo creo que soy dueño de mis actos. Y además mis gastos no sobrepasan a mis medios, y aquí estamos...

—¿Que no? ¿Y tú dices eso? ¡Entonces habrás dejado a tus hijos sin un céntimo, tú que eres su fideicomisario!

—Después de esto, después de tales palabras—murmuró indignado el general—, yo no sé...

—¡Claro que no sabes! Apostaría que no abandonas nunca la ruleta. ¿O te han desplumado por completo?

Tan aturdido estaba el general, que se hizo un barullo con sus ideas.

—¡Yo jugar a la ruleta! ¡En mi elevada posición! ¡Yo! Piense mejor lo que dice, tía; debe de estar aún enferma...

—¡Vamos, hombre! ¡No mientas, no mientas! ¡Estoy segura que no te pueden arrancar de allí, y lo demás es mentira! Hoy mismo veré lo que es esa ruleta. Tú, Praskovya, dime dónde hay que ir y qué hay que ver y Alexey Ivanovitch me servirá de guía; y tú, Potapitch, haz una lista de todos los sitios que merezcan visitarse. ¿Qué hay que ver aquí?—preguntó dirigiéndose a Paulina.

—Cerca están las ruinas del castillo; luego, más lejos, el Schlangenberg.

—¿Qué es eso de Schlangenberg? ¿Un bosque?

—No es un bosque, sino una montaña rematada en un picacho...

—¿Qué quiere decir un picacho?

—La cima, lo más alto de la montaña. Es un punto desde donde se domina un panorama sin igual.

—¿Y qué me dices de subirme allá en mi sillón? Será imposible subirme, ¿verdad?

—Podemos buscar faquines—contesté yo.

En este momento se acercó Fedosya y presentó a la abuela los hijos del general.

—¡Vamos, no hacen falta los besos! No puedo sufrir que los niños me besen; siempre llevan las narices sucias. ¿Y a ti, Fedosya, cómo te va por aquí?

—Esto es muy, pero muy bonito, Antonida Vassilyevna—contestó Fedosya—. ¿Qué ha tenido usted, señora? ¡Estábamos tan apenados por usted!

—Ya sé que tienes buen corazón. ¿Siempre tenéis visitas?—preguntó, vuelta a Paulina—. ¿Quién es ese hombrecito feo de los lentes?

—El príncipe Nilsky—le susurró Paulina.

—¡Ah! ¿Un ruso? ¡Yo que pensé que no me enten-

dería! Quizá no me haya oído. Aquí está mister Astley, a quien he conocido antes—dijo al tropezarlo con la mirada—. ¿Cómo está usted?

El inglés se inclinó ante ella en silencio.

—¿No tiene usted ninguna noticia que comunicarme? ¡Dígame algo! Tradúceselo, Paulina.

Esta lo tradujo.

—Sí. Que tengo un gran placer en conocerla y me alegro mucho de su buena salud—contestó muy serio mister Astley, sin el menor titubeo. Lo cual, traducido, fué muy del agrado de la abuela.

—Qué bien contestan siempre los ingleses—observó—. Por eso me han sido siempre simpáticos. ¡No se les puede comparar con los franceses! Venga usted a verme, mister Astley. Procuraré no molestarle mucho. Decídselo en inglés y añadid que yo vivo abajo... abajo... ¿oye usted? Abajo, abajo—repetía señalando al suelo para que el inglés la entendiese.

A mister Astley le produjo una gran alegría esta invitación.

La abuela contempló atentamente a Paulina con aire de satisfacción.

—Te quiero mucho, Praskovya—dijo de súbito—. Eres una buena chica, la mejor de toda esta cuadrilla,

y en cuanto al testamento... ¡válgame Dios! ¡Pues bien, lo tengo en regla! A ver, vuélvete. ¿No es postizo este moño?

—No, abuela; es el mío.

—Ya lo veo. No me gustan las necias modas de hoy día. Estás muy guapa. Si yo fuese un joven, me enamoraría de ti. ¿Por qué no te casas? Pero ya es hora de que me vaya. Quiero dar una vuelta por fuera, porque estoy cansada de tanto tren... ¿Qué? ¿aún estás disgustado?—añadió, volviéndose al general.

—¡Por Dios, tía, qué tontería!—dijo el general en tono alegre—. Comprendo que a su edad...

—*Cette vieille est tombée en enfance*—me cuchicheó de Grieux.

—Deseo ver todo lo de aquí. ¿Quieres dejarme a Alexey Ivanovitch?—pidió la abuela al general.

—Con mucho gusto. Pero yo mismo, y Paulina, el señor de Grieux... todos tendremos verdadero placer en acompañarla.

—*Mais, madame, cela será un plaisir...*—le dijo de Grieux con una sonrisa hechicera.

—¡Ya! ¡Un *plaisir!* Es usted ridículo, señor mío. No espere de mí ni un céntimo—añadió, de pronto—.¡ Ea! A mis habitaciones. He de echarles un vis-

tazo, y después daremos una vuelta. Venga, llevadme.

Alzaron otra vez a la abuela y todos bajamos detrás del sillón. El general marchaba como atontado por un golpe. De Grieux reflexionaba. Blanca quería quedarse, pero no sé por qué, cambió de decisión y se unió al séquito. El príncipe la siguió, y en el gabinete del general sólo quedaron madame de Cominges y el alemán.

CAPITULO X

En las estaciones termales, y en general en toda Europa, los gerentes y *ober-kellners* de un hotel, no se guían tanto por los deseos de sus huéspedes como por la opinión que de éstos se forman ellos, para elegirles una habitación, y hay que añadir que raras veces se equivocan. Por razones que no me explico asignaron a la abuela una serie de habitaciones que excedían de lo ordinario. Cuatro piezas magníficamente amuebladas, con cuarto de baño; cuartos para los criados y una habitación especial para la señora de compañía. Una *grande duchesse* había ocupado la semana anterior las mismas habitaciones, hecho de que se informó en seguida a la recién llegada para que apreciase el valor de las mismas, mientras era conducida de una a otra pieza, que examinaba atenta y severamente.

El *obell-kellner*, un anciano de cabeza calva, la siguió con aire de respeto durante esta primera inspección.

No sé por quién tomaban a la abuela, mas a juzgar por las apariencias, veían en ella una señora de mu-

cha importancia, y sobre todo, de una gran opulencia; por eso la inscribieron sin titubeos en el libro de registro: *Madame la générale, princesse de Tarasyevitchev*, aunque la abuela no fuese princesa. Acaso los criados, el coche especial en que había viajado, el extraordinario equipaje que traía creáronle el prestigio de su grandeza, y se lo consolidó su sillón de inválida, su voz bronca, sus raras preguntas hechas en un tono desenvuelto, que no admitía el menor asomo de contradicción, y su misma figura, tiesa, viva, imperiosa. Pasando por las habitaciones, mandaba parar el sillón de vez en cuando, para dirigir la pregunta más inesperada al *ober-kellner*, que aunque sonreía respetuosamente, empezaba a sentirse nervioso. La abuela le hablaba en un francés tan malo, que me veo precisado a traducirlo casi siempre. Las respuestas del *ober-kellner* no siempre la complacían, y ella no ocultaba su disgusto. Es que lo preguntaba todo de la manera más desconcertante. Parándose de pronto, por ejemplo, ante un cuadro, una mala copia de algún asunto mitológico, preguntaba:

—¿De quién es ese retrato?

Y el *ober-kellner* contestaba que sin duda de alguna condesa.

—¿Cómo es que no lo sabe usted? Vive usted aquí y no lo sabe. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué es bizca?

El pobre hombre no atinaba a dar respuesta satisfactoria y perdía la cabeza.

—¡Qué zoquete!—comentaba la tullida en ruso.

La empujaron adelante. Y la misma escena se repitió con una estatuilla de Dresde que la abuela contempló un rato y luego mandó quitarla sin que nadie sepa por qué. Por fin, fastidió al *ober-kellner* con preguntas sobre el precio de las alfombras de su dormitorio y el lugar en que se fabricaban. El hombre le prometió informarse.

—¡Qué asnos!—gruñó la abuela, y fijó toda su atención en la cama—. El dosel es lujosísimo. Destapad el lecho.

Levantaron un poco las sábanas.

—Más, más; destapadlo todo. Fuera las almohadas, las almohadas; levantad los colchones.

Todo tuvieron que levantarlo y ella lo iba examinando atentamente.

—Es una gran cosa que no haya chinches. Quitad la ropa blanca y volvedlo a hacer con mis sábanas y mis fundas. Pero todo esto es demasiado espléndido. Estas habitaciones no son para una vieja como yo. Yo

sola, aquí, me moriría de tristeza. Alexey Ivanovitch, quiero que vengas a verme con mucha frecuencia cuando te lo permitan tus lecciones a los niños.

—Desde ayer—contesté—ya no estoy al servicio del general, y vivo en el hotel con entera independencia.

—¿Qué ha pasado?

—Un alemán de elevada alcurnia, un barón y su señora, llegaron el otro día de Berlín. Ayer les dirigí la palabra en alemán sin cuidarme para nada del acento berlinés.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que el barón lo juzgó una impertinencia y se quejó al general. Este, como consecuencia, me despidió.

—¿Pero es que injuriaste al barón o qué? ¡Y luego, aunque lo hubieras injuriado!

—No, no; al contrario. El barón fué quien me amenazó, levantando el bastón.

—¿Y tú, alma de cántaro, permites que traten así al maestro de tus hijos?—dijo la anciana, dirigiéndose al general—. ¿Y lo has despedido? ¡Imbéciles! ¡Veo que todos estáis hechos unos imbéciles!

—No se incomode, tía—dijo el general con una sombra de afable familiaridad—. Yo me basto para arreglar

mis asuntos. Además, Alexey Ivanovitch no le ha contado con exactitud lo sucedido.

—¿Y tú has tolerado eso?—me preguntó.

—Yo quería provocar al barón a un duelo—contesté con tanta modestia como aplomo—, pero el general se opuso.

—¿Por qué te opusiste?—reprendió, vuelta al general—. ¡Ah! Y ya puede usted retirarse, buen hombre; venga cuando se le llame—añadió dirigiéndose al *oberkellner*—. No me hacen falta sus bostezos. No puedo soportar a esta gentuza de Nurenberg.

El hombre se inclinó y salió sin oir los cumplidos que la abuela le dirigía.

—¡Por Dios, tía! Un duelo no era del caso.

—¿Por qué no era del caso? ¿No son todos los hombres unos gallos? Pues déjalos que riñan. Sois un hatajo de cobardes; no sabéis salir en defensa de vuestro país. ¡Venga, arriba, Potapitch! Búscame dos mozos de cordel que estén a mi disposición: contrátalos. No quiero más que dos. Sólo han de subirme y bajarme por la escalera y empujar mi sillón por las aceras. Explícales bien las condiciones y págales por adelantado..., así me tendrán más respeto. Y tú estarás siempre a mi lado. ¡Ah! Y tú, Alexey Ivanovitch, indícame al barón cuan-

do salgamos, que quiero ver a ese *von* barón. Bueno; ¿dónde está la ruleta?

Le expliqué que las mesas de juego estaban en las salas del Casino. Entonces se puso a preguntar si eran muchas, si había muchos jugadores, si jugaban durante todo el día, y cómo era el juego. Acabé por decirle que lo mejor sería que lo viese con sus propios ojos, porque era muy difícil describirlo.

—Pues, entonces, vamos allá en seguida. Anda delante, Alexey Ivanovitch.

—Pero, tía, ¿no quiere usted descansar antes de las fatigas del viaje?—preguntó con ansiedad el general.

Estaba aturdido y en todas las miradas se leía el embarazo de la situación. Todos temían arriesgarse a una humillación acompañando a la abuela al Casino, donde podía cometer alguna extravagancia; pero, al propio tiempo, todos propusieron acompañarla.

—¿Por qué he de descansar? No estoy cansada. Hace tres días que no me muevo de la silla. Luego iremos a ver las fuentes y las aguas medicinales. ¿Dónde están? Y después..., iremos a ver, ¿qué me has dicho, Praskovya?... el picacho, ¿verdad?

—Sí, abuela.

—Pues el picacho, si hay un picacho. ¿Y qué más hay que ver?

—Hay muchas cosas interesantes, abuela—dijo Paulina en un esfuerzo.

—¿Cómo no las has visto? Marfa, vendrás también conmigo—gritó a su doncella.

—¿Por qué ha de venir?—protestó, muy inquieto, el general—. Aunque, después de todo, poco importa, y aun dudo que dejen entrar a Potapitch en el Casino.

—¡Qué tontería! ¿He de dejarla fuera porque es una criada? Tan persona es como nosotros. ¡Estaría bien, después de una semana de viajar juntas! También a ella le gusta mirar las cosas. ¿Con quién podrá ir sino conmigo, cuando sola no se atrevería ni a sacar la nariz a la calle?

—Pero, abuela...

—¿Te da vergüenza venir conmigo? ¡Pues, quédate en casa, que no te necesito! ¡Vaya un general! ¡También yo soy una generala! Además, ¿por qué habéis de seguirme? Me basta con Alexey Ivanovitch para verlo todo.

Pero de Grieux insistió en que la acompañáramos y se deshizo en dulces frases y cortesías sobre el placer

que ello había de proporcionarnos. Todos nos pusimos en marcha.

—*Elle est tombée en enfance*—repetía de Grieux a oídos del general—; *seule, elle fera des betises...*

Nada más oí, pero le adivinaba algún designio y evidentemente había recobrado esperanzas.

Distaba el Casino como media milla y estaba separado del hotel por una avenida de castaños y una gran plaza. El general se tranquilizó viendo que la comitiva, aunque resultaba algo excéntrica, inspiraba interés y respeto. El hecho de que una persona inválida que no puede andar se haga conducir hacia el Casino, nada tenía de particular; pero el Casino era lo que daba miedo al general: ¿qué diablos se le había perdido en las salas de juego a una anciana y baldada por añadidura? Paulina y Mlle. Blanche caminaban cada una a uu lado del sillón. La francesa reía y bromeaba modesta y cortésmente con la abuela, que acabó por dirigirle palabras de aprobación. Paulina, por su parte, se veía obligada a responder a las incesantes preguntas de la anciana: «¿Quién es ese que pasa? ¿Quién es esa señora que va en coche? ¿Es muy grande la ciudad? ¿Es muy grande este jardín? ¿Qué árboles son éstos? ¿Cómo se llama esa montaña? ¿Vuelan águilas por aquí? ¿Qué

tejado tan ridículo es ese?» Mister Astley, que caminaba a mi lado, me anunció que sucedería algo grande aquella mañana.

Potapitch y Marfa iban detrás del sillón: Potapitch de frac y corbata blanca y con un gorro en la cabeza, y Marfa, una sirvienta colorada de cuarenta años que empezaba a encanecer, con cofia, vestido de algodón y ruidosos zapatos de piel de cabra. La abuela se volvía con frecuencia para advertirles algo. De Grieux hablaba con animación, tranquilizando, sin duda, al general o dándole algún consejo. Pero la abuela había pronunciado la frase fatal: «No te daré dinero». Quizá tal afirmación se le hacía increíble a de Grieux, pero el general conocía a su tía. Noté que aquél y la francesa cambiaban miradas. Vi al otro extremo de la avenida al príncipe y al alemán, que venían paseando, muy lejos de nosotros.

Nuestra entrada en el Casino fué triunfal. Como en el hotel, porteros y encargados compitieron en amabilidad, sin dejar de mirarnos como a objetos curiosos. La abuela empezó a ordenar a voz en grito que la paseáramos por todas las salas. Algunas de éstas causáronle admiración; otras la dejaron fría, y en todas partes hacía mil preguntas. Por fin llegamos a la de juego.

Los lacayos que estaban de centinela en las puertas, las abrieron de par en par, impresionados ante el cortejo.

La llegada de la abuela a la ruleta produjo en el público enorme sensación. Tanto en las mesas de la ruleta como en el fondo de la sala, donde estaba la mesa del treinta y cuarenta, se agrupaban los jugadores en número de ciento cincuenta o doscientos. Los que habían logrado ocupar un puesto en torno a la mesa, lo defendían a todo trance, sin cederlo a otro hasta que perdían; porque no se permitía estar junto a la mesa como simple espectador. Aunque la mesa estaba rodeada de sillas, pocos las ocupaban, especialmente cuando eran muy numerosos los jugadores; porque de pie, no sólo podían apiñarse mejor, sino que resultaba más cómodo para alargar el brazo y poner la apuesta. La segunda y tercera fila se apretujaban sobre la primera, en espera de turno; pero algunos brazos impacientes se abrían paso por encima de la primera para apostar y no perder tiempo, y no era raro ver a los jugadores de la tercera fila estirándose para llegar a colocar sus posturas; de modo que cada tres por cuatro se armaba un escándalo en una u otra mesa discutiendo la propiedad de las apuestas. En el Casino hay un bien mon-

tado servicio de policía. Claro que no pueden evitarse las aglomeraciones y los dueños están encantados de que se llenen las salas, porque salen ganando; pero en cada mesa hay ocho *croupiers* que ejercen una estrecha vigilancia: cuentan el número de jugadores y procuran fijarse para señalarlos cuando surgen disputas. Sólo en caso extremo llaman a la policía, que calma los ánimos al momento. Entre los jugadores siempre hay agentes de la secreta que vigilan de un modo especial los rateros y carteristas de profesión, que abundan en las mesas de juego, como lugar apropiado para ejercitar su habilidad. Porque es lo cierto que dondequiera el ladrón se proponga limpiar un bolsillo o romper una cerradura, puede acabar de un modo lamentable su empresa; mientras que en este caso, sólo tiene que dirigirse a la mesa, ponerse a jugar y, de pronto, pública y descaradamente, coger las ganancias de otro y metérselas en el bolsillo. Si se origina una disputa, el tramposo vocifera que la postura era suya, y si la trampa se hizo con habilidad y los testigos dudan, el ladrón siempre se llevará la suma, si no es muy crecida, por supuesto, pues en tal caso merece siempre la atención de algún *croupier* o algún jugador; pero si la cantidad no es muy grande, el mismo dueño renun-

cia a discutir y hasta se marcha para evitar el escándalo. Pero cuando descubren a un ladrón, lo arrojan de la sala llenándole de injurias.

La abuela miraba todo aquello, a cierta distancia, con salvaje curiosidad. Le causó un verdadero regocijo ver cómo expulsaban a un ladrón. La mesa del treinta y cuarenta no le interesó mucho; le gustó más la ruleta, por el rodar de la bola. Expresó su deseo de ver el juego más de cerca, y no sé cómo fué; pero es el caso que los empleados y otras personas solícitas—en su mayoría polacos desplumados que ofrecen sus servicios a los que están de suerte y a todos los extranjeros—le hicieron en seguida puesto en medio del apretado corro, junto al *croupier* principal, y arrastraron hasta la mesa el sillón. Muchas personas que presenciaban el juego sin apostar, casi todos ingleses con sus familias, se aglomeraron junto a la mesa para contemplar por encima de los jugadores a la abuela, sobre la cual convergieron numerosos impertinentes. La expectación de los *croupiers* se manifestó al momento, porque una persona tan extravagante prometía algo extraordinario. No todos los días podía verse a una setentona baldada, que se hiciese conducir a la mesa de juego. Yo me abrí paso como pude y me quedé al lado de la

abuela. Potapitch y Marfa quedaron alejados entre el público, y el general, Paulina, de Grieux y Blanca se colocaron entre los espectadores.

Lo primero que hizo la abuela fué mirar detenidamente a los que jugaban y en seguida, a media voz, se puso a preguntarme, nerviosa, rápida. ¿Quién era aquel hombre, quién aquella mujer? Le interesó sobre todo un joven que, en un extremo de la mesa, jugaba grandes cantidades, y según se murmuraba llevaba ya ganados cuarenta mil francos, amontonados ante él en monedas de oro y billetes. Estaba pálido, sus ojos centelleaban; temblábanle las manos; apostaba sin contar, a manos llenas, y seguía ganando siempre y amontonando el dinero. Los empleados se le colgaban, deshaciéndose en atenciones, acercándole una silla, ensanchando su puesto para que estuviera más cómodo y no le estorbase la gente, todo en espera de una buena propina. Algunos jugadores afortunados, sin pararse a contar, en su alegría, apartan un puñado de monedas para los subalternos del Casino. Un polaco se había ya instalado junto a él y con mucho respeto y gran insistencia le hablaba al oído, diciéndole probablemente adonde debía tirar, aconsejándole y dirigiendo su juego... también con la esperanza de una recom-

pensa. Pero el joven apenas le dirigía la vista. Apuntaba a ciegas y ganaba. Seguramente no sabía lo que hacía.

La abuela lo estuvo observando durante unos minutos.

—Dile—me ordenó de pronto, muy agitada y dándome un empujón—, dile que no juegue más; que recoja su dinero y se marche. ¡Va a perderlo todo en seguida, va a perderlo todo!—insistía, casi sin aliento de tan agitada—. ¿Dónde está Potapitch? Envíale a Potapitch. ¡Vamos, díselo, díselo! — continuó empujándome—. ¿Dónde está Potapitch? *Sortez! Sortez!*—empezó a gritar, dirigiéndose al joven.

Me incliné para decirle que no debía gritar así, que hasta se prohibía hablar fuerte, porque estorbaba para contar, y que nos iban a echar de allí.

—¡Qué lástima! ¡Ese joven ha perdido! El se tiene la culpa... No puedo ni mirarlo; me altera los nervios. ¡Qué necio!

Y volvió la cara a otro lado.

A la izquierda del lado opuesto llamaba la atención entre los jugadores una dama joven acompañada de un enano, que no sé si sería un pariente o se hacía acompañar de él con el único fin de producir efecto. Ya me

había fijado antes en la señora: cada día se sentaba a la ruleta a la una y se levantaba a las dos; nunca jugaba más de una bora. Como era tan asidua, en seguida le acercaban una silla. Sacaba de su bolsillo unas monedas de oro y algún billete de mil francos y se ponía a jugar tranquila, fría, prudente, apuntando con lápiz en un pedazo de papel los números que salían y procurando jugar según un sistema de probabilidades. Apostaba sumas considerables y cada día ganaba de mil a tres mil francos. Nunca pasaba de esta cantidad; se retiraba en seguida. La abuela estuvo observándola largo rato.

—¡Ah! ¡Esa no perderá! ¡Esa de ahí no perderá! ¿Qué clase de mujer es? ¿La conoces? ¿Quién es?

—Una francesa de cierta posición, debe ser—contesté yo por lo bajo.

—¡Ah! Bien se conoce el pájaro por su vuelo. Ya se ve que tiene las uñas afiladas. Explícame ahora la marcha del juego y el modo de apuntar.

Le dí las más claras explicaciones sobre las numerosas combinaciones de: *rouge et noir, pair et impair, manque et passe*, y sobre la rara ordenación del sistema de cifras. La abuela me escuchaba atentamente, reflexionaba, me hacía preguntas y se penetraba de mis

enseñanzas, poniéndome ejemplos como prueba de que me había entendido.

—¿Qué es eso de cero? ¿Has oído que el *croupier* de pelo crespo, el principal, acaba de anunciar el cero? ¿Y por qué barre todo lo que hay en la mesa? Se ha llevado un montón de dinero. ¿Qué significa eso?

—El cero, abuela, quiere decir que la banca ha ganado. Si la bolita cae en el cero, todo lo de la mesa queda de la banca. Es cierto que puede usted salvar lo apostado; pero la banca no paga nada.

—¡No digas eso! ¿De modo que no gano nada?

—Nada, abuela; pero si hubiese apostado al cero, ganaría treinta y cinco veces su postura.

—¡Qué me dices! ¿Treinta y cinco veces? ¿Y ocurre eso con frecuencia? ¿Por qué no apuestan al cero los tontos?

—Porque tienen treinta y seis probabilidades contra una.

—¡Que tontería! ¡Potapitch! ¡Potapitch! ¡Aunque, calla! Llevo dinero encima.

Sacó del bolsillo un monedero bien repleto y tomó un federico oro.

—Toma. Ponlo en seguida al cero.

—El cero acaba de salir, abuela, y tardará mucho en

volver a tocar. Perdería usted un dineral. Aguarde un poco, al menos.

—¡Qué necedades! ¡Ponlo, te digo!

—Como usted quiera; pero a lo mejor no sale hasta la noche y puede perder miles. No sería la primera vez.

—¡Sandeces, sandeces! Si tienes miedo al lobo no vayas al bosque. ¿Qué? ¿He perdido? ¡Pon otro!

Se perdió otra moneda de oro, se puso una tercera. La abuela no podía sosegarse. Con ojos febriles seguía los movimientos de la bolita que saltaba sobre las ranuras de la rueda. Perdió también. La abuela estaba fuera de sí; se le hacía imposible permanecer quieta en su sillón, y aún dió un puñetazo sobre la mesa cuando el *croupier* gritó «treinta y seis», en vez de cero que ella esperaba.

—Ya ves tú—dijo montando en ira—. ¿Es que no va a salir pronto ese maldito cero? Tan cierto como que aún respiro, me quedaré aquí hasta que salga. ¡Ese malvado *croupier* del pelo crespo tiene la culpa! ¡El es quien no lo deja salir! ¡Alexey Ivanovitch, pon inmediatamente dos monedas de oro! Pon tanto como tengas. Si sale el cero, no cojas nada.

—¡Abuela!

—¡Pon, pon! ¡no es tu dinero!

Puse dos federicos. La bola rodó largo rato hasta que empezó a saltar por los rayos. La abuela estaba fascinada, estrujándome los dedos. Y de pronto...

—¡Cero!—grita el *croupier*.

—¿Ves tú? ¿Ves tú?—dijo la abuela volviéndose a mí, radiante de triunfo—. ¡Ya te lo decía! ¡Dios mismo me inspiró la idea de poner esas dos monedas! ¿Cuánto he ganado? ¿Por qué no me dan el dinero? ¡Potapitch! ¡Marfa! ¿Dónde están? ¿Dónde se ha metido nuestra gente? ¡Potapitch! ¡Potapitch!

—Luego, abuela—le murmuré—, Potapitch estará en la puerta, que no le habrán dejado pasar. Mire, abuela, ya le pagan; coja el dinero.

Echaron a la anciana un rollo de billetes por valor de cincuenta federicos, y le empujaron veinte monedas de oro. Lo recogí todo y se lo entregué a la dueña.

—*Faites le jeu, messieurs! Faites le jeu, messieurs! Rien ne va plus?*—voceaba el *croupier*, invitando a hacer juego y presto a disparar la bola.

—¡Dios mío! Ya no hay tiempo. Va a rodar la ruleta. ¡Pon, pon!—me instó la abuela, en su gran aturdimiento—. ¡No pierdas tiempo, date prisa!

Sin saber lo que hacía, me empujaba con toda su fuerza.

—¿Dónde he de poner, abuela?

—¡Al cero, al cero! ¡Otra vez al cero! Pon todo lo que se pueda. ¿Cuánto hemos ganado? Setenta federicos oro. ¿Para qué los queremos? ¡Pon veinte federicos de una vez!

—¡Mire lo que hace, abuela! El cero suele no volver a salir en doscientas jugadas. Le aseguro que puede perder toda su fortuna.

—¡Tonterías, tonterías! ¡Estás de broma! ¡Si sabré yo lo que hago! ¡Pon y calla!

Temblaba toda de agitación.

—Pero el reglamento no permite poner al cero más que doce rublos, abuela. Ya los he puesto.

—¿No lo permite? ¿O me engañas? *Monsieur! Monsieur!*—gritó, dando un codazo al *croupier* que tenía a su izquierda y que era el que hacía girar la ruleta—. *Combien zero? Douze? Douze?*

Interpreté la pregunta en francés.

—*Oui, madame*—confirmó el *croupier* cortésmente—. Ya que las ganancias no pueden exceder por cada postura de cuatro mil florines, según dispone el reglamento.

—Está bien; si no hay más remedio, pon doce.

—*Le jeu est fait*—advirtió el *croupier*.

Rodó la bola y paró en el treinta. Había perdido.

—¡Otra vez, otra vez, otra vez! ¡Pon otra vez!—gritó la abuela.

Ya no me resistí más. Encogiéndome de hombros puse otros doce federicos. La bola corrió largo rato. La abuela temblaba con los ojos puestos en la bola. ¿Podía imaginarse siquiera que saldría el cero? Su cara se alumbraba del firme convencimiento de ganar; se la veía esperar sin ninguna duda que la bolita pararía en el cero. Y paró.

—¡Cero!—gritó el *croupier*.

—¡Qué me dices!!!—se volvió a gritarme la abuela con indescriptible expresión de triunfo.

Yo mismo en aquel momento me sentía un jugador; brazos y piernas me temblaban; me rodaba la cabeza. Era una suerte extraordinaria que saliera tres veces el cero en el transcurso de doce jugadas; mas no había por qué admirarse. Dos días antes había visto salir el cero tres veces seguidas, y un jugador que había estado anotando los números salidos advirtió en voz alta que el día anterior sólo se cantó el cero una sola vez, en las veinticuatro horas.

Se contaron las ganancias con especial atención y respeto y la abuela recibió cuatrocientos veinte federi-

cos oro: es decir, cuatro mil florines y setenta federicos. Le dieron veinte federicos en oro y el resto en billetes de banco.

Esta vez la abuela no llamó a Potapitch; tenía otras preocupaciones. Ya no hablaba ni se la veía temblar. Diríase que temblaba por dentro y que estaba abstraída por completo en alguna consideración de importancia.

—Alexey Ivanovitch, ¿verdad que ha dicho que podían ponerse cuatro mil florines de una vez? Pues, ponlos; pon los cuatro mil en el rojo—ordenó.

Era inútil la protesta. La bola empezó a rodar.

—*Rouge*—anunció el *croupier*.

Había ganado otros cuatro mil florines, haciendo un total de ocho mil.

—Dame cuatro mil y pon en el rojo otros cuatro mil—ordenó la abuela.

Puse cuatro mil florines.

—*Rouge*—gritó de nuevo el *croupier*.

—Doce mil, en total. Dámelo todo. El oro ponlo en el bolso y separa el papel. ¡Ya basta! ¡A casa! Aparta mi sillón.

CAPITULO XI

Hicieron rodar el sillón hasta la puerta que se abría al otro extremo de la sala. Todos los que formaban la comitiva al entrar, llenaron a la abuela de parabienes. Aunque había sido muy extravagante su conducta, aquel triunfo lo perdonaba todo y ya el general no temía comprometerse ante el público por su parentesco con tan rara mujer. Felicitabála, sonriendo de buena gana, complaciente, como quien acaricia a un niño. Estaba visiblemente afectado, como todo el público, que cuchicheaba señalando a la abuela. Muchos daban un rodeo para verla más de cerca. Mr. Astley hablaba de ella aparte, con dos compatriotas. Algunas señoras la contemplaban con solemne admiración, como a una maravilla... De Grieux se deshacía en felicitaciones y cumplidos.

—*Quelle victoire!*—exclamaba.

—*Mais, madame, c'était du feu*—comentaba Blanca con obsequiosa sonrisa.

—Sí; en un momento he ganado doce mil florines. Eso sin contar el oro. Con el oro lo menos hacen trece

mil. ¿Cuánto representa para nuestra moneda? ¿Seis mil rublos?

Le dije que más de siete mil, y al cambio actual quizá llegase a ocho mil.

—¡Pues ya vale la pena esa cantidad! ¡Y vosotros vivís aquí con los brazos cruzados, sin hacer nada! Potapitch, Marfa, ¿habéis visto?

—¡Dios mío! ¿Cómo lo ha hecho, madrecita? ¡Ocho mil rublos!—exclamó Marfa agitándose toda.

—Toma, aquí tenéis cinco monedas de oro para cada uno.

Potapitch y Marfa se precipitaron a besarle la mano.

—Dadle también un federico a cada uno de los mozos. Dáselo en oro, Alexey Ivanovitch. ¿Qué lacayos son esos que me saludan? Dales también un federico de oro.

—*Madame la princesse... un pauvre expatrié... malheur continuel... les princes russes sont si généreux...*

Un hombre bigotudo, con sonrisa adulona, que llevaba una amplia chaqueta raída y un chaleco de subido color, se acercaba gimiendo y sombrero en mano, al sillón de la abuela.

—Dale un federico de oro... No; dale dos; y basta, porque no acabarían nunca. Alzadme y sacadme fuera.

Praskovya—añadió volviéndose a Paulina—, mañana te compraré un vestido y otro a Mlle... ¿cómo se llama? ¿Mlle. Blanche, verdad? También le compraré un vestido. ¡Díselo en francés, Prascovya!

—*Merci, madame*—agradeció la francesa guiñando a de Grieux y al general. Este no podía ocultar su turbación y dió un suspiro de alivio cuando entramos en la avenida.

—¿Y Fedosya? ¡No va a quedar poco sorprendida!—dijo la abuela, acordándose del ama del general—. También quiero regalarle un vestido. ¡Eh! Alexey Ivanovitch, Alexey Ivanovitch, dale esto a ese pobre.

Un hombre andrajoso, encorvado, pasaba por la carretera mirándonos.

—Quizá no sea un pobre, sino un vago, abuela.

—¡Dale un florín, dáselo!

Me llegué al hombre y se lo dí. Me miró con asombro; pero se guardó el dinero. Apestaba a alcohol.

—Y tú, Alexey Ivanovitch, ¿aún no has probado suerte?

—No, abuela.

—Sin embargo, ví cómo te brillaban los ojos.

—Probaré, abuela; algún día probaré.

—¡Y pon al cero sin miramientos, ya verás! ¿Cuánto dinero tienes?

—Veinte federicos oro, abuela.

—No es mucho. Yo te daré cincuenta federicos oro. Te los prestaré, si quieres. Toma, coge este rollo. Pero no esperes que haga contigo igual, amigo, que no voy a darte nada—dijo de repente, volviéndose al general.

Este lanzó un respingo y no dijo nada.

—*Que diable, c'est une terrible vieille!*—murmuró de Grieux entre dientes, con el ceño fruncido.

—¡Un mendigo, un mendigo, otro mendigo!—gritó la abuela—. Dale también un florín, Alexey Ivanovitch.

Era un anciano de cabeza blanca, con una pierna de palo, que vestía larga levita azul y se apoyaba en un grueso bastón. Parecía un veterano. Pero cuando le ofrecí un florín, dió un paso atrás y me miró furioso.

—*Was ist's, der Teufel*—gruñó. Y me lanzó una docena de injurias.

—¡Oh! ¡Es un loco!—exclamó la abuela, despidiéndolo con un ademán—. ¡Adelante! ¡Tengo apetito! Ahora a comer inmediatamente; luego descansaré un poco y volveremos.

—¿Quiere volver a jugar, abuela?

—¿Pues qué quieres que haga? ¿Acaso he de velar vuestra siesta?

—*Mais, madame*—advirtió de Grieux acercándosele—, *les chances peuvent tourner, une seule mauvaise chance et vous perdrez tout... surtout avec votre jeu... C'est terrible!*

—*Vous perdrez absolument*—añadió Blanca.

—¿Y a ustedes qué les importa? No perderé el dinero de ustedes sino el mío. ¿Y dónde está mister Astley?—me preguntó.

—Se ha quedado en el Casino.

—Lo siento. Es un buen hombre.

Al llegar a casa, la abuela encontró al *ober-kellner* en la escalera, lo llamó y le habló ponderando su suerte. Luego mandó venir a Fedosya, le regaló tres federicos oro y ordenó que sirvieran la comida. Fedosya y Marfa se desvivieron sirviéndola.

—Yo no dejaba de mirarla, madrecita—charlaba Marfa—, y le decía a Potapitch: «¿Qué irá a hacer la señora? ¡Y me veo el dinero en la mesa...! ¡Santo cielo..., el dinero! En mi vida había visto tanto junto, y allí todo era señorío, nada más que señorío». «¿De dónde vienen todos esos señores, Potapitch?»—pregunté. Elevé al cielo el pensamiento pidiendo para

usted la protección de Nuestra Señora, madrecita, mientras el corazón se me encogía, se me encogía. Temblaba de pies a cabeza. «Que Dios le ayude»—pensaba. Y Dios le ha dado suerte. No he parado un momento de temblar, señora; aún me dura el temblor.

—Alexey Ivanovitch, después de comer, a eso de las cuatro, ven a buscarme y volveremos. Ahora déjame un momento. Y no te olvides de avisar a un médico, porque he de tomar las aguas. Anda ahora, porque si no, te olvidarías.

Me separé de la abuela, medio aturdido. Trataba de imaginarme la situación que se le creaba a nuestra gente y el sesgo que tomarían las cosas. Era evidente que nadie, y menos el general, acababa de salir del asombro. La llegada de la abuela, en vez del telegrama anunciando su muerte, que se esperaba con la ansiedad de quien ha de heredar una fortuna, destruía de tal manera sus planes e ilusiones, que la hazaña de la ruleta acabó de trastornarlos hasta el punto de que todos parecían estupefactos.

Sin embargo, esta aventura tenía más importancia que la primera del viaje; pues, a pesar de haber repetido que no daría dinero al general, ¡bah!, no había

por qué abandonar toda esperanza. De Grieux, que estaba interesado en todos los negocios del general, no la perdía, al menos. Tampoco la perdía Blanca, tan interesada en la buena marcha de los negocios del general como puede estarlo una novia en la fortuna de su futuro esposo; no sólo no perdía la esperanza, sino que pondría a prueba sus artes de hechicería para conquistar a la abuela, ofreciendo en esto vivo contraste con la orgullosa e incomprensible Paulina, que no sabía atraerse el favor de nadie.

Mas ahora, ahora que la abuela había tenido un éxito tan enorme en la ruleta, ahora que se había mostrado tan clara y típicamente la personalidad de la abuela—vieja imperiosa y contumaz, *et tombée en enfance*—, ahora quizá todo estaba perdido. Porque estaba contenta como un niño, tan contenta, que de seguro volvería a jugar hasta perderlo todo. ¡Válgame el cielo! Dios me perdone si me río al pensar que cada federico que apostaba la abuela caía en el corazón del general como un cuchillo afilado, volvía loco a de Grieux y enfurecía a la francesa, que veía apartarse la copa de sus labios; siendo de notar que aun en la alegría del triunfo, cuando la abuela repartía el dinero a manos llenas y tomaba por pobres a todos los vaga-

bundos, le había repetido al general que nada esperase de ella; lo cual probaba la obstinada resolución con que llevaría a cabo su promesa. ¡Era peligroso, peligroso!

Estas reflexiones se agitaban en mi mente mientras subía a mi cuarto del último piso. Todo ello me interesaba enormemente. Aunque hubiese adivinado los motivos principales por los que se movían ante mí los actores, pero no conocía bien los secretos, las intrigas del drama. Paulina nunca fué del todo franca conmigo. Generalmente, después de haberme hecho ciertas confidencias, se burlaba de todo lo dicho o trataba de tergiversar el sentido, dándole otro giro. ¡Oh!, ¡me había ocultado tantas cosas! No obstante, preveía que el desenlace de tan misteriosa y violenta posición no tardaría en presentarse. Otro golpe, y todo quedaría deshecho y manifiesto. Apenas me inquietaba por mi propia suerte. Me hallaba en una extraordinaria disposición de espíritu: no tenía más que veinte federicos oro, estaba en tierra extraña sin oficio ni beneficio, sin esperanza ni plan ninguno, y no obstante, no me preocupaba lo más mínimo. A no ser por Paulina, me hubiera abandonado a la risa que producía la tragicomedia que se acercaba. Pero temblaba por Paulina:

presentía que iba a decidirse su destino, aunque no era esto lo que me inquietaba. Penetrar su secreto es lo que quería; deseaba verla acercárseme y decirme: «Te amo», y si no esto, si esto no fuese más que una loca pretensión mía, entonces... bueno, ¿qué importa? ¿Acaso sabía lo que deseaba? Parecía un loco: no más deseaba estar a su lado, en su zona de luz, para siempre, para toda mi vida. ¡No pensaba en nada más! ¿Cómo podía dejarla?

Al pasar por un corredor del tercer piso, noté como una sacudida interior. Me volví y, a veinte pasos, vi a Paulina que salía de una habitación, y como si me hubiera estado esperando, me hizo señas.

—Paulina Alexandrovna...

—¡Chitón!

—Figúrese—le susurré—que ahora mismo he sentido como si alguien me diese con el codo. ¡He vuelto la cabeza y la he visto! ¿Es que irradia usted un flúido eléctrico?

—Tome esta carta—pronunció Paulina con ansiedad sin escucharme—y entréguela en manos de mister Astley al momento. Dese prisa; se lo ruego. No espere respuesta. El sabrá...

No acabó la frase.

—¿A mister Astley?—repetí, sorprendido.

Mas Paulina había cerrado la puerta tras sí.

—¡Ah! ¡Con que mantienen correspondencia!

Corrí en seguida en busca de mister Astley.

No estaba en su hotel y volví al Casino, cuyas salas recorrí sin hallarlo, y ya regresaba humillado, casi desesperado, cuando lo distinguí en un grupo de jinetes y amazonas ingleses. Le hice señas, lo detuve y le entregué la carta: no tuvimos ni el tiempo de cruzar una mirada, pero sospecho que mister Astley fustigó al caballo intencionadamente.

¿Era lo mío tortura de celos? Me sentía el corazón hecho pedazos. Ni siquiera quería conocer lo que se escribían. ¿De modo que ella se le confiaba? «Su amigo, su amigo»—pensaba—«es claro, aunque no sé cuándo ha tenido él tiempo para hacérsele amigo; ¿pero hay amor en tal caso? Claro que no—me contestaba el sentido común—. Pero en estos casos no vale gran cosa el sentido común, y siempre quedaba un punto por esclarecer. El asunto se complicaba desagradablemente».

Al entrar en el hotel, el portero y el *ober-kellner* se acercaron a decirme que me esperaban, que ya habían mandado a preguntar tres veces dónde estaba, con encargo de que cuando llegase subiera inmediatamente a

las habitaciones del general. Me presenté en la peor disposición de ánimo. Allí estaban de Grieux y Blanca, sin su madre, que por lo visto era una madre postiza que no hacía falta cuando había que tratar asuntos serios, de los que seguramente no conocía gran cosa.

Estababan discutiendo acaloradamente con el general a puerta cerrada: cosa nunca vista. Al acercarme oí la voz insolente del francés y los furiosos chillidos de la joven, de los que se defendía el general en tono de lastimosa humildad. A mi vista procuraron todos dominarse. De Grieux se alisó el cabello, dibujando en la ira de su rostro esa fingida sonrisa, propia de la urbanidad francesa, que tan odiosa se me hace. El pobre general adoptó un aire de dignidad en su abatimiento, por costumbre. Sólo Mlle. Blanche, que ardía en ira, se condujo con naturalidad. Lo único que hizo fué callar para fijar su vista en mí, con impaciente expectación. He de advertir que hasta entonces me había tratado despectivamente, sin dignarse contestar a mis saludos y fingiendo no verme.

—Alexey Ivanovitch—comenzó el general con acento suave y afectuoso—, permita que le diga que es muy extraño, pero muy extraño... en fin, su conducta para

conmigo y mi familia... en fin, que es extraño, excesivamente extraño...

—*Eh! ce n'est pas ça*—opuso de Grieux en tono humillante de desprecio, que no dejaba duda de que él dominaba la situación—. *Mon cher monsieur, notre cher général se trompe* (traduzco lo demás al ruso) hablando así; pero quiere decir... es para prevenirle, o mejor para rogarle encarecidamente que no provoque su ruina... ¡sí, su ruina! ¡No tengo por qué enmendar la frase!

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Se le ha elegido a usted guía (o no sé cómo expresarlo) de esa vieja, *cette pauvre terrible vieille*—dijo el francés vacilando—y usted sabe que lo va a perder todo; se jugará toda su fortuna. ¡Ya sabe usted cómo juega, porque lo ha visto! Si empieza a perder no querrá levantarse por terquedad, por rabia, y lo perderá todo; se lo jugará todo, y ya sabe usted que no es así como se recobran las pérdidas, y luego... luego...

—¡Y entonces—apuntó el general—arruinará usted a toda la familia! Ella no tiene otros herederos que nosotros, y le digo sinceramente que mis asuntos van por mal camino, por mal camino. Ya usted debe sospechar mi situación... Si ella pierde una suma conside-

rable o—¡lo que Dios no quiera!—toda su fortuna, ¿qué será de mí y de mis hijos?

Y se volvió a de Grieux. Al decir «de mí» se había dirigido a la francesa, que le volvió la cara con desprecio.

—¡Alexey Ivanovitch, sálvenos, salvenos!...

—¿Pero cómo, general? ¿qué puedo hacer yo...? ¿Acaso toco algún pito en el asunto?

—¡Niéguese, niéguese; abandónela!...

—¡Si lo hago, otro ocupará mi puesto!

—*Ce n'est pas ça, ce n'est pas ça*—volvió a interrumpir de Grieux—, *que diable!* No, no la deje; pero aconséjela al menos, disuádala, apártela de la ruleta... no le deje arriesgar mucho dinero; distráigala de algún modo.

—¿Cómo podría yo hacer eso? Si quiere encargarse usted mismo, M. de Grieux...—añadí, con toda la ingenuidad de que fuí capaz.

En este momento sorprendí una mirada de inteligencia entre los franceses y en el rostro de de Grieux se pintó una emoción que no pudo disimular.

—El caso es que ahora no me aceptaría—se lamentó, haciendo un ademán de impotencia—Veremos... más tarde...

Y volvió a mirar significativamente a su paisana.

—*O, mon cher M. Alexis, soyez si bon*—intercedió ésta, dando un paso hacia mí y estrechándome ambas manos con calor mientras me dirigía una mirada fascinante. ¡Diablos! Aquella cara del demonio sabía cambiar en un momento, y entonces tenía una expresión de niña dulce y traviesa que implora un favor, y al terminar la frase me hizo un guiño de picardía, que los otros no vieron. Parecía manifestarme que todo dependía de mi voluntad; pero resultaba de una grosería horrible.

El general dió un brinco, dió un brinco materialmente.

—Alexey Ivanovitch, perdone que le haya tratado como hace poco. No era ese mi propósito... Se lo pido, se lo suplico, se lo imploro inclinándome ante usted a usanza rusa... usted sólo, usted sólo puede salvarnos. Uno mis ruegos a los de Mlle. de Cominges. ¡Ya comprende, ya comprende!—añadió indicándome a su novia con la mirada.

Daba lástima verlo.

En aquel momento dieron en la puerta tres golpes discretos, tímidos. Abrieron la puerta, junto a la cual estaba el camarero de servicio y a pocos pasos Pota-

pitch, que venía de parte de la abuela, con encargo de llevárseme en seguida.

—Está enfadada—me dijo Potapitch.

—Pero si no son más que las tres y media.

—No ha podido dormir. No cesaba de agitarse, hasta que se ha levantado, pidiendo el sillón y su presencia. En el portal espera.

—*Quelle méjère!*—exclamó de Grieux.

Encontré a la abuela en la escalinata, fuera de sí al ver que yo tardaba. Le era imposible aguardar hasta las cuatro.

—Vamos—gritó. Y todos nos dirigimos al Casino.

CAPITULO XII

La abuela estaba tan impaciente como irritada. Por lo visto, la ruleta habíale producido un efecto extraordinario, porque no hacía caso de nada más. Ya no me preguntaba como la primera vez por todo lo que veía, y si le llamaba la atención un lujoso coche, ni escuchaba las referencias que yo le daba. Con frecuencia rompía su mutismo con ademanes y gritos de impaciencia. Cuando le indiqué el barón y la baronesa Burmerhelm, que se dirigían al Casino, miró como distraída y dijo con indeferencia:

—¡Ah!

En seguida se volvió a Potapitch y a Marfa que caminaban a su espalda, y los reprendió:

—¿Por qué os colgais de mí? ¡A ver si os llevaremos siempre a todas partes! ¡Volved a casa! Usted y yo nos bastamos—añadió cuando los criados habían girado sobre sus talones.

En el Casino se la esperaba ya e inmediatamente se le hizo puesto donde la otra vez, junto al *croupier*. Me figuro que esos *croupiers*, siempre tan dignos e inmu-

tables como militares ante los arrechuchos por que pasa la banca, no son indiferentes a las pérdidas y hasta tengo para mí que reciben instrucciones para atraer jugadores y para aumentar en cuanto puedan las ganancias, en todo lo cual les van gangas y adehalas. Por eso miraron a la abuela como a una buena presa.

Y sucedió lo que esperábamos.

He aquí cómo:

La abuela la emprendió de nuevo con el cero, ordenándome que pusiera doce federicos. Jugó una, dos, tres veces. El cero no salía.

—¡Pon otra vez! ¡Pon otra vez!—me apremiaba. Yo obedecía.

—¿Cuántas veces hemos puesto?—preguntó por fin rechinando los dientes de impaciencia.

—Doce, abuela. Ya se me han ido ciento cuarenta y cuatro federicos. Le advierto que probablemente en toda la tarde...

—¡Cállate! Pon al cero y deja mil florines en el rojo. Anda, apúntalo.

Salió el rojo y perdió el cero.

—Ya lo ves—murmuró la abuela—; casi hemos recuperado todo lo perdido. Sigue con el cero, pondremos a él diez veces y luego lo dejaremos.

Pero a la quinta vez, la abuela se desanimó.

—Que el diablo cargue con el maldito cero. Mira: pon los cuatro mil florines a la vez en el rojo—me ordenó.

—¡Es demasiado, abuela! ¿Y si no sale el rojo?

Protesté; pero ella casi me pegó. Todos pudieron creer que me acometía, viendo la violencia con que me mandaba obedecer. No había otro remedio: puse al rojo los cuatro mil florines ganados por la mañana. Giró la rueda. La abuela se mantenía serena y erguida, muy segura de ganar.

—¡Cero!—anunció el *croupier*.

Ella no comprendió al principio, mas cuando vió que el *croupier* recogía todo el dinero de la mesa y cayó en la cuenta de que había salido el cero al que habíamos apostado hasta entonces casi doscientos federicos oro, como para vengarse de ella, que acababa de injuriarlo, la abuela lanzó una exclamación y agitó las manos en el aire. El público rió.

—¡Santo cielo! ¡Ahora sale ese demonio! ¡Ahora! ¡Tú tienes la culpa! ¡Tú solo!—decía dándome empujones—. Tú me aconsejaste.

—¡Yo, abuela, le dije lo que era razonable! ¿Cómo voy a responder del azar?

—¡Ya te daré yo buen azar!—gruñó enfurecida—. ¡Vete de aquí!

—Adiós, abuela—le dije volviéndole la espalda.

—¡Alexey Ivanovitch, Alexey Ivanovitch, espera! ¿Adónde vas? ¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? ¡Vamos, que se nos ha puesto furioso! No seas imbécil y quédate, quédate y no te enfades. ¡Ya ves que soy una necia! Anda, dime qué hemos de hacer.

—Yo no me encargo de aconsejarla, abuela. ¡Si no, por qué me acusa! Juegue usted como le dé la gana; yo pondré donde me diga.

—¡Bueno, bueno! ¡Vuelve a poner otros cuatro mil florines al color rojo! Ahí tienes mi cartera—dijo, sacándola del bolso y alargándomela—. Date prisa, toma; contiene veinte mil rublos.

—Abuela—balbucí—, esas posturas...

—Tan cierto como que existo, que volveré a ganar... Pon...

Obedecí y perdimos.

—¡Pon, pon ocho mil!

—No se puede, abuela; lo más son cuatro mil.

—¡Pues pon cuatro mil!

Esta vez ganamos y ella se entusiasmó.

—¡Ya ves, ya ves! ¡Pon otro tanto!

Jugué y perdió y volvió a perder una y otra vez.

—Los doce mil han volado, abuela—le dije.

—Ya lo veo—me contestó con esa frialdad que a veces se manifiesta en la cólera—. Ya lo veo, mi buen amigo, ya lo veo—repetía entre dientes, con una mirada vagorosa y distraída—. Bueno; pon otros cuatro mil florines y no se hable más.

—Pero si no queda nada, abuela. Aquí hay algo del cambio y algunos cheques; pero nada de dinero.

—¿Y en el bolso?

—Unas cuantas monedas solamente, abuela.

—¿Hay aquí cambistas? Me han dicho que se puede cambiar toda clase de valores.

—Todo lo que usted quiera, pero es una lástima que se pierda tanto en el cambio.

—¡Tonterías! Volveré a ganarlo todo. Llévame. Llama a esos zopencos.

Hice rodar la silla, aparecieron los mozos de cuerda y salimos del Casino.

—¡De prisa, de prisa!—gritaba la abuela—. Guíanos, Alexey Ivanovitch, guíanos por el camino más recto... ¿Está muy lejos?

—A cuatro pasos, abuela.

Al entrar en la avenida nos encontramos con nuestra gente: el general, de Grieux, Blanca y su mamá. Ni Paulina ni mister Astley iban con ellos.

—¡Bueno, no nos detengáis!—gritó la abuela—. ¿Qué queréis? ¡No puedo atenderos ahora!

De Grieux se acercó a mí, que andaba un poco rezagado.

—Ha perdido cuanto ganó esta mañana, más doce mil florines, y ahora vamos a cambiar algún dinero—le susurré al oído.

De Grieux dió una patada en el suelo y corrió a contarlo al general.

En seguida se me acercó éste.

—¡Párense, párense!—me dijo, fuera de sí.

—Trate de pararla usted mismo—le respondí.

—Tía—gritó el general acercándosele—. Tía... ahora mismo... ahora mismo—su voz temblaba, desmayada—vamos a alquilar caballos y saldremos a dar un paseo por la comarca... una vista magnífica... el picacho... Veníamos a invitarla.

—Id al diablo tú y el picacho—gritó la abuela, irritada.

—Hay allí arboledas.., tomaremos un te...—prosiguió el general desesperado.

—*Nous boirons du lait, sur l'herbe fraîche*—añadió el francés echando fuego por los ojos.

Du lait, de l'herbe fraîche, tal es el ideal idílico de los burgueses de París; ese es el concepto que tienen de la *nature et la vérité.*

—¡Id con Dios vosotros y la leche! Ya os la podéis beber; a mí me da dolor de vientre. ¿Y por qué me fastidiáis? Ya os dije que no tengo tiempo que perder.

—¡Ya estamos, abuela; es aquí!—anuncié.

Habíamos llegado al Banco. Yo entré a cambiar. La abuela esperó en la calle; el general y sus amigos se quedaron algo apartados, sin saber lo que hacer. La abuela los miraba enfurecida y se alejaron en dirección al Casino.

Me ofrecieron tan ruinosas condiciones, que no me atreví a cambiar sin consultar antes con la abuela.

—¡Bandidos!—exclamó alzando las manos—. ¡Pues, bien; no importa! Cambia. Espera; dí al banquero que salga.

—Un empleado, querrá usted decir.

—O un empleado; lo mismo da. ¡Si serán bandidos!

Sólo cuando le dije que era una condesa tullida la que esperaba, consintió en salir el empleado. La abuela lo reprendió, quejándose de que se le quisiera estafar y

estuvo regateando con él en una mezcolanza de ruso, francés y alemán, que me costaba Dios y ayuda traducir al empleado, el cual nos escuchaba en silencio, moviendo la cabeza, mientras fijaba en la abuela una mirada poco respetuosa, hasta que empezó a sonreir.

—¡Basta! Ya puedes largarte—gritó ella—. ¡Que te compres una cuerda con el dinero para colgarte! Anda, Alexey Ivanovitch, cámbiaselo, porque estamos perdiendo el tiempo y aún no sé cómo acabaría esto...

—Dice el empleado que otros bancos aún dan menos.

No recuerdo exactamente la suma que yo entregué, pero fué un abuso lo que se me quedaron por descuento. Recogí los doce mil florines que me dieron en papel y en metálico y se los llevé a la abuela.

—Está bien, está bien; no hace falta contar—me dijo ella, rechazando el dinero con un vivo ademán—¡Vamos pronto, vamos pronto!

—Y no volveré a poner más ni al maldito cero ni al color rojo—habló mientras la arrastraban al Casino.

Entonces yo traté de persuadirla a apostar cantidades pequeñas, dejando las posturas de importancia para cuando volviese la suerte; mas era tanta su impaciencia, que aunque al principio se mostró conforme, fué

imposible contenerla en cuanto empezó a jugar y ganó una apuesta de diez o veinte federicos.

—¿Ves tú? ¿ves tú?—me advirtió a codazos—¿Ves cómo hemos ganado? Si hubiéramos puesto cuatro mil florines en vez de diez, ya tendríamos las ganancias de cuatro mil; pero esto ahora es una miseria. ¡Tú tienes la culpa, tú tienes la culpa!

Me sentí humillado y resolví contemplar impasiblemente su juego sin aconsejarle nada.

De pronto, se acercó de Grieux.

Los otros dos no estaban lejos. A un lado advertí a Blanca que, junto a su madre, sostenía amable conversación con el príncipe. Por lo visto, el general estaba en desgracia; ella ni siquiera le miraba, aunque ¡el pobre! se esforzaba en halagarla. Enrojecía y palidecía, temblaba y ni siquiera tenía ánimos para observar el juego de la abuela. Cuando los dos jóvenes salieron, el general se fué tras ellos.

—*Madame, madame*—advirtió de Grieux en voz melosa, inclinándose hasta el oído de la abuela—, *madame*, esas jugadas no son eficaces... No, no; es imposible—balbució en ruso—¡No!

—¿Pues cómo? Enséñeme usted—dijo la abuela volviéndose.

De Grieux dijo precipitadamente un montón de cosas en francés, empezó a dar consejos para que esperase una racha, citó numeros... La abuela no entendía palabra. Se dirigió él a mí, pidiéndome le hiciera de intérprete; golpeaba la mesa con los dedos, señalaba, y por fin sacó un lapiz y se puso a escribir en un papel.

La abuela perdió la paciencia.

—¡Vete, vete! ¡No dices más que tonterías! «*Madame, madame!*» ¡Ni él mismo se entiende! ¡Largo de aquí!

—*Mais, madame*—murmuró de Grieux volviendo a sus consejos.

—A ver, pon donde él dice—me ordenó la abuela—. Quizá tengamos suerte.

De Grieux sólo quería disuadirla de jugar grandes sumas, aconsejando apostara a un número o a un sistema de números. Puse como él me indicó un federico en cada uno de los impares de la primera decena y cinco federicos en cada grupo formado por los números doce a dieciocho y dieciocho a veinticuatro: dieciséis piezas de oro en total.

Rodó la bola.

—Cero—gritó el croupier.

Lo habíamos perdido todo.

—¡Estúpido!—exclamó la abuela, dirigiéndose a de Grieux—¡Esos son los consejos que dan los gabachos ¡Quítate de delante, bellaco! ¡No saben nada de nada y se meten en todo!

Humillado en su amor propio, el francés dirigió a la anciana rusa una mirada de desprecio y se apartó. Sentía vergüenza de haber intervenido con demasiada precipitación.

A pesar de todos los esfuerzos, en una hora lo perdimos todo.

—A casa—ordenó la abuela.

Y no pronunció más palabras hasta llegar a la avenida. Ya cerca del hotel, se puso a vociferar:

—¡Loca! ¡Necia de mí! ¡Estoy hecha una vieja idiota!

Apenas entramos en sus habitaciones, gritó:

—¡El té! ¡Y arregladlo todo en seguida, que nos vamos!

—¿Adónde quiere ir su honor?—preguntó Marfa.

—¿Y a tí qué te importa? Cuidate de tus asuntos. Potapitch, prepara todo el equipaje, que nos volvemos a Moscou. ¡He perdido quince mil rublos!

—¿Quince mil rublos, señora? ¡Dios mío!—exclamó Potapitch agitando los brazos en el aire, sin duda para divertir a la anciana.

—¡No hagas el loco, imbécil! ¿Qué te pones a lloriquear? ¡Cállate y haz lo que te mando! ¡La nota! Y pronto, ¡pronto!

—El primer tren no sale hasta las nueve y media, abuela—le dije para calmar un poco su furor.

—¿Y qué hora es?

—Las siete y media.

—¡Qué fastidio! ¡Bueno, paciencia! Alexey Ivanovitch, no me queda un céntimo. Aquí tengo dos papeles del Estado. Negóciamelos, o no tendré para el viaje.

Salí y al volver, media hora después, hallé a toda la familia alrededor de la abuela. La noticia de su marcha los dejaba, al parecer, más consternados que sus pérdidas. Cierto que marchándose, salvaba su fortuna; pero, ¿qué iba a ser del general? ¿Quién pagaría a de Grieux? Blanca ya no querría esperar a que la abuela muriese y se iría con el príncipe o cualquier otro. Todos se esforzaban en consolarla y persuadirla. Tampoco esta vez estaba allí Paulina. La abuela les gritaba enfurecida.

—¡Dejadme en paz, demonios! ¡Este no es asunto vuestro! ¿Qué tendrá conmigo ese chivo?—dijo señalando a de Grieux, y luego por la francesa—: Y tú, mi lindo pájaro, ¿qué buscas por aquí?

—*Diantre!*—murmuró en francés Blanca, con destellos de ira en sus ojos. Mas, de pronto, lanzó una risotada y salió del cuarto.

—*Elle vivra cent ans!*—gritó al general desde la puerta.

—¡Ah! ¿Conque contabas con mi muerte?—chilló la abuela a su sobrino—¡Fuera de aquí! ¡Echalos a todos, Alexey Ivanovitch! ¿Por qué se han de meter en lo que no les importa? ¡Mío y bien mío era el dinero que he perdido!

El general se encogió de hombros, saludó con la cabeza y se retiró. El francés le siguió.

—Llama a Praskovya—ordenó la abuela a Marfa.

A los cinco minutos volvía Marfa con Paulina. Esta había permanecido todo el tiempo en su habitación con los niños, y creo que había resuelto no salir en todo el día. Se presentó con cara seria, triste, preocupada.

—Praskovya—le preguntó la abuela—, ¿es cierto, según acabo de enterarme por mera casualidad, que el loco de tu padrastro piensa casarse con esa francesa casquivana, que parece una actriz o algo peor? Dime: ¿es cierto?

—De cierto no lo sé, abuela; mas a juzgar por las

palabras que le he oído a Mlle. Blanche y que no trata de ocultar a nadie, deduzco...

—Basta—interrumpió la abuela con energía—. ¡Ya comprendo! Siempre lo creí capaz de semejante locura, como que lo tengo por el más necio y botarate de los hombres. Porque es general, a cuyo grado ascendió de coronel retirado, se cree qué sé yo qué y se da humos. Ya conozco, chiquilla, los telegramas que poníais cada día interesándoos por la pronta muerte de la abuela. Esperaban mi dinero, porque sin dinero esa pícara de... ¿cómo se llama?... de Cominges, ni como lacayo aceptaría al general, y menos con su dentadura postiza. Debe de tener mucho dinero ella, porque dicen que presta a un crecido interés y eso ha aumentado su caudal. A ti, Praskovya, no te culpo; no eras tú quien ponía los telegramas, y tampoco quiero recordar tiempos pasados. Sé que tienes mal genio, eres una avispa y tus picaduras dañan; pero me das lástima por lo mucho que quería a tu madre, Catalina. Anda, deja todo lo de aquí y sígueme, No tienes dónde ir y no conviene que te quedes con ellos en estas circunstancias. ¡Calla!—gritó, viendo que Paulina quería replicar—Aún no he acabado y no te pregunto nada. Ya sabes que tengo un palacio en Moscou; puedes ocupar un piso y

no venirme a ver en semanas enteras, si mi genio no te gusta. ¿Aceptas o qué?

—Permita que antes le pregunte si está decidida a marchar ahora mismo.

—¿Acaso crees que estoy de broma, chiquilla? He dicho que me marcho y me marcho. He dejado quince mil rublos en vuestra condenada ruleta. Prometí hace cinco años construir una iglesia de piedra y madera en mi hacienda próxima a Moscou y me he dejado soplar aquí el dinero. Ahora, hija, corro a construir la iglesia.

—¿Y las aguas, abuela? ¿No vino a tomar las aguas?

—¡Déjate de aguas! ¡Y no me irrites, Praskovya! ¿Lo haces adrede? ¡Bueno! ¿vienes o te quedas?

—Le agradezco de todas veras la casa que me ofrece. Se lo agradezco tanto, que es posible que vaya dentro de algunos días; mas ahora, por ciertos motivos... motivos de importancia... no puedo decidirme así, de repente... Si usted se quedase aún quince días...

—¿Quieres decir que no aceptas?

—Quiero decir que no puedo. Y en todo caso, no voy a dejar a mis hermanitos... poco menos que... abandonados. De manera que si usted quisiera aceptarme con ellos, abuela, iría, y créame que le estaría muy reconocida. Sin los niños, no puedo ir.

—¡Bien, no llores! (Paulina no tenía ni intención de llorar, y por otra parte, jamás le había visto una lágrima). Ya encontraremos algún puesto para esos polluelos; mi gallinero es bastante grande. Además ya están en edad de ir al colegio. ¿Conque no vienes ahora? ¡Piénsalo, Praskovya! No deseo más que tu bien y ya sé por qué no quieres venir. Lo sé todo, Praskovya. El francés no te acarreará ningún bien.

Paulina se abochornó. Yo me estremecí. ¡Todo el mundo estaba enterado de lo mismo, menos yo!

—¡Vamos, vamos! No te enfades, que no diré nada más. Pero entiéndelo bien: mucho cuidado a no atraerte la desgracia con tu obstinación. Eres una muchacha de todas las prendas y lo sentiría mucho. ¡Y basta! Me hubiera gustado no tratarte como a los otros. ¡Vete! Adiós.

—Ya vendré a verla—dijo Paulina.

—No hace falta. No te molestes; todos me fastidiáis de la misma manera.

Paulina quiso besar las manos de la abuela, pero ésta le cogió la cabeza y la besó en las mejillas.

Al pasar junto a mí, Paulina me miró con disimulo y en seguida apartó la vista.

—Adiós, tú también, Alexey Ivanovitch. Sólo falta

una hora para que marche el tren y ya debes estar cansado de mí. Aquí tienes cincuenta piezas de oro.

—Muchas gracias, abuela; me da vergüenza...

—¡Vamos! ¡vamos!—gritó ella con tal severidad y energía que no me atreví a rehusar.

—Cuando te halles en Moscou sin colocación, ven a verme y te daré algunas recomendaciones. Ahora ya te puedes marchar.

Subí a mi cuarto y me eché en la cama. Durante media hora permanecí de espalda y con las manos bajo la cabeza. Había llegado la catástrofe y tenía algo en qué pensar. Resolví hablar cuanto antes con Paulina. ¡Ah! ¡Asqueroso francés! ¿Conque era cierto? ¿Qué podría haber en el fondo de aquéllo? ¡Paulina y de Grieux! ¡Cielos! ¡Qué pareja!

Era sencillamente increíble. Me levanté con impetuoso enojo, decidido a buscar a mister Astley y obligarle a explicarse, porque sin duda estaba mejor enterado que yo. ¡Mister Astley! ¡Otro misterio para mí!

De pronto dieron un golpe en mi puerta. La abrí. Era Potapitch.

—¡Alexey Ivanovitch, mi señora desea verle!

—¿Para qué? ¿No se marcha? El tren no tardará más de veinte minutos.

—Está muy inquieta; no puede callar un momento. «Pronto, pronto»—grita porque usted baje. Por amor de Dios, señor, dése prisa.

Bajé en seguida. La abuela estaba ya en el pasillo, camino de la escalera y llevaba en la mano el portamonedas.

—Alexey Ivanovitch, ve delante; ya venimos.

—¿Adónde, abuela?

—Como hay Dios, que quiero ganar lo perdido. ¡Anda, camina y no preguntes nada! ¿Dura hasta media noche el juego?

Me quedé aturdido. Concentré mis pensamientos y decidí en seguida:

—Haga usted lo que quiera, Antonida Vassilyevna; yo no voy.

—¿Por qué? ¿Qué antojo es ese? ¿Sois todos unos mastuerzos o qué os pasa?

—Haga usted lo que quiera; luego me arrepentiría por eso, y prefiero negarme. Ni seré testigo ni cómplice; prescinda de mí, Antonida Vassilyevna. Aquí tiene sus cincuenta federicos y adiós — y dejando el dinero en una mesita que estaba junto al sillón, me alejé.

—¡Qué estupidez!—gritó la abuela.—¡No vengas, si

no quieres; ya sé el camino! ¡Potapit h, vamos!¡Subidme, y al Casino!

No encontré a mister Astley y volví a casa. Era tarde, más de media noche, cuando supe por Potapitch cómo acabó el día la abuela. Perdió todo lo que yo había cambiado aquella tarde, unos diez mil rublos. El polaco a quien diera el día antes dos federicos se le acercó y la asesoró todo el tiempo. Al principio, antes de intervenir el polaco, el mismo Potapitch hubo de poner las posturas; pero pronto lo apartó de allí. Entonces se ofreció el polaco. Por desgracia, entendía el ruso y mezclaba en un lenguaje tres idiomas, de modo que se entendían de alguna manera. La abuela no cesó de injuriarlo, y aunque siempre estaba «postrándose a los pies de la señora, no podía comparársele con usted, Alexey Ivanovitch»—dijo Potapich. «A usted lo trataba como a un caballero, mientras que el otro—lo vi con mis propios ojos y Dios me castigue si miento—le escamoteaba el dinero de la mesa. Dos veces lo cogió ella con la mano en el dinero y se lo dió tratándolo de todo, señor, y hasta lo agarró de los cabellos haciendo reir a todos los circunstantes. ¡Palabra de honor! Lo ha perdido todo, señor, todo lo que usted le cambió; la hemos traído aquí y sólo ha querido tomar

un vaso de agua; se ha ido a la cama regañando. Debía sentirse muy cansada, porque al momento se quedó dormida. Dios le dé buenos sueños. ¡Ah! ¡El dichoso extranjero!—exclamó Potapitch—. Ya decía yo que nada bueno sacaríamos del viaje. ¡Ya quisiera estar de vuelta en Moscou! Allí tenemos cuanto podemos desear: un jardín con flores como no se ven aquí, fragancias; manzanas que ya maduran, y habitaciones espaciosas en todas partes. Pues, como si no; hemos tenido que lanzarnos a correr mundo. ¡Bah, bah, bah!...»

CAPITULO XIII

Hace un mes que no he tocado estas notas, escritas bajo la influencia de una intensa y confusa impresión. La catástrofe que entonces presentía como algo inevitable ha llegado ya de una manera cien veces más violenta y terrible de lo que esperaba. Ha sido algo extraño, grotesco y trágico... al menos para mí. Me han pasado varias cosas que parecen milagrosas; al menos así las considero yo al presente, si bien en el desarrollo de los sucesos que entonces me envolvieron sólo pudieran calificarse de algo extraordinario. Y lo que más me maravilla es la actitud que yo adopté ante los sucesos. Aún no me hago cargo por completo, todo gira alrededor de mi cabeza como un sueño... incluso mi pasión, violenta y sincera entonces. ¿En qué ha parado? Cierto que cruzan algunos destellos alumbrando mi frente: «¿Acaso no había perdido la cabeza? ¿No estaría durante todo aquel tiempo en un manicomio y ahora me encontraré restablecido, capacitado para comprender que todo aquello fué obra de mi fantasía?...» Recojo mis notas y las leo. (Vayan a saber si sólo lo hago para

convencerme de que no las escribí en un manicomio). Estoy completamente solo. Empieza el otoño y las hojas amarillean. Aún sigo en esta pequeña y triste ciudad—¡oh, la tristeza de las pequeñas ciudades alemanas!—y en vez de pensar en lo futuro, estoy viviendo bajo la influencia de las pasadas sensaciones, del torbellino que me arrebató para lanzarme luego a un lado. A veces aun me considero cogido en el torbellino, aun creo que ruge la tempestad, que me arrebata, como a una pluma, privándome de todo movimiento, llevándome a merced de su soplo...

Pero quizá llegue a dominar la fuerza de la tormenta y adueñarme de mí mismo, si logro darme clara cuenta de todo lo sucedido durante el pasado mes. Me entran nuevas ganas de volver a escribir. Además, paso casi todas las tardes sin saber qué hacer y para no aburrirme cojo de la pobre y abandonada biblioteca del hotel las novelas de Paul de Kock—traducción alemana—y aunque se me hacen insoportables las leo y me admiro de mí mismo. Es como si temiese romper el encanto del pasado con la lectura de un libro serio o alguna grave ocupación; es como si mi grotesco sueño y el efecto que me ha producido me fuese tan precioso, que temo se desvanezca como el humo si alguna fuerte

impresión lo toca. ¿Pero de veras es tan precioso para mí? Sí, lo es. Acaso lo seguiré recordando dentro de cuarenta años...

Vuelvo, pues, a escribir. Puedo dar un relato más o menos extenso de lo ocurrido; reflejar fielmente las impresiones, ya es otra cosa.

* * *

Acabemos primero con la abuela. Al siguiente día lo perdió todo. Es lo que tenía que suceder. Cuando uno emprende ese camino, es como un trineo lanzado por una montaña nevada, que se precipita aceleradamente. Jugó todo el día, hasta las ocho de la tarde; sé lo que sucedió porque me lo contaron, que yo no lo ví.

Potapitch estuvo todo el día en el Casino, asistiéndola. Varios polacos se sucedieron como asesores de la abuela, la cual empezó rechazando al que agarró de los cabellos la víspera, para aceptar los consejos de otro que tampoco mejoró su suerte. Después de rehusar los servicios de éste para admitir los del primero, que no cesó de encorvarse a su lado, asomando la cabeza en gestos adulones, durante el tiempo de su desgracia, cayó en completa desesperación. Pero el otro polaco no

quiso marcharse y se instalaron uno a la derecha y otro a la izquierda de la abuela, llenándose mutuamente de injurias, por cualquier incidente del juego, llamándose *laidak* y otras lindezas polacas, apostando sin medida y jugando al azar. En el calor de la contienda, los dos apostaban sin miramiento: uno a los rojos y otro a los negros. Esto acabó por ponerlos como furias, agotando la paciencia de la abuela, que con ojos preñados de lágrimas, apeló al *croupier* para que la protegiera alejando a aquellos demonios. Inmediatamente se les hizo salir del salón a pesar de sus gritos y sus protestas, en las que se unieron los dos, tratando de probar que aquella vieja les debía algo, les había engañado, los había tratado de una manera humillante e indigna. El infeliz Potapitch me lo contó todo la misma noche, casi llorando, quejándose de la frescura con que llenaban sus bolsillos de dinero robado, que él mismo les vió guardarse muchas veces. A lo mejor pedían cinco federicos por sus servicios y apuntaban donde ya la abuela tenía hecho el juego, y si ganaba decían que era suya la apuesta y que ella había perdido. Cuando los echaron, Potapitch se apresuró a denunciar que llevaban los bolsillos repletos de oro. La abuela rogó al *croupier* que hiciese el favor de

mirar, y a pesar del alboroto que armaron los polacos—como dos gallos atados por las patas—la policía vació sus bolsillos en provecho de la dama rusa. Esta gozó de sincero prestigio ante los *croupiers* y todos los subalternos del Casino, durante todo el dia, hasta que no le quedó nada qué perder. Su fama esparcióse rápidamente por toda la ciudad. Todos los huéspedes del balneario, sin distinción de nacionalidad ni de condición social fueron a ver a *une vieille comtesse russe tombée en enfance* que había perdido ya varios millones.

Poco salió ganando la abuela con la expulsión de aquellos dos polacos, puesto que inmediatamente fueron sustituídos por otro que hablaba el ruso a la perfección y vestía como un caballero, aunque parecía un lacayo, con sus grandes bigotes y la importancia que se daba. También él «se postraba a los pies de la señora y se los besaba», pero su porte altivo desmentía sus palabras, y era un déspota en el juego; pronto pareció el amo de la abuela más que su criado. A cada jugada se volvía a ella y le juraba con horribles juramentos que también él era un «*pan* de buena posición» y no había de tocar ni un céntimo de su dinero. Tanto repitió el juramento, que la abuela se amedrentó; pero como este

pan empezó con alguna suerte, ella no se decidía a rechazarlo sin más motivo. Al cabo de una hora, los dos polacos que habían sido despedidos, volvieron a agarrarse al sillón de la inválida ofreciéndose para cualquier encargo, y juraba Potapitch haber visto cómo el «*pan* de buena posición» les hacía guiños y les ponía algo en la mano. Uno de los polacos fué de alguna utilidad, ya que no habiendo comido la abuela ni queriendo dejar el puesto, corrió a la cocina del Casino y le trajo una taza de caldo y luego el té. Bien es verdad que los dos corrieron a competencia. Y al terminar el día, cuando ya nadie dudaba de que iba a jugarse el último billete de Banco, ya no eran tres sino seis los polacos que se movían tras el sillón, salidos Dios sabe de dónde. Al jugar la abuela su última moneda de oro, ya no la obedecían, ni siquiera la miraban; corriéronse por la mesa hasta frente a su sillón, cogieron su dinero y jugaron por cuenta propia, hablando con el «*pan* de buena posición» como si fuera su igual, mientras éste por su parte, parecía haber olvidado la presencia de la abuela. Cuando volvía ésta al hotel, después de las ocho, aún se arrastraron a su lado tres o cuatro polacos, gritando a voz en cuello que se les había estafado y se les debía dar algo. Así siguieron, aullando como

perros, hasta el hotel, de donde los tuvieron que echar a garrotazos.

Según la cuenta de Potapitch, había perdido aquel día diez y nueve mil rublos, a parte de lo que perdió el día antes. Había cambiado todo lo que llevaba consigo: billetes, cheques, todo papel de algún valor.

Me maravillaba la paciencia con que había resistido siete u ocho horas de quietud, sin dejar apenas la mesa de juego; pero me dijo Potapitch que tres o cuatro veces había ganado sumas considerables, y animada con la esperanza de una racha, no se resignaba a dejar el juego. Además, los jugadores saben que un hombre puede permanecer durante veinticuatro horas jugando a las cartas, sin volver la vista a un lado ni a otro.

Entretanto, en el hotel estaban ocurriendo acontecimientos decisivos. Antes de las once, cuando la abuela estaba en casa, el general y de Grieux decidían dar el último paso. Sabedores de que la abuela ya no quería marcharse, para volver al Casino, se reunieron en cónclave —todos menos Paulina— y resolvieron hablarle *francamente*. El general, temblando por lo que pudiera sucederle, se excedió a sí mismo. Tras media hora de súplicas y advertencias y de poner en claro la situación, confesándolo todo, sus deudas y hasta su pasión por

Blanca—como si hubiese perdido la cabeza—, adoptó un tono de amenaza, gritando y dando patadas ante la abuela, acusándola de haber injuriado su nombre y ser el escándalo de toda la ciudad, y por último..., por último: «Es usted la vergüenza de Rusia»—le gritó, y advirtió que la policía tendría que ver en aquel asunto. La abuela se lo quitó de encima con un bastón.

El general y de Grieux se reunieron aquella mañana varias veces, tratando de poner en juego a la policía, so pretexto de que una anciana infeliz, aunque digna del mayor respeto, en su estado de imbecilidad senil estaba jugando toda su fortuna; a ver si así conseguían ponerla bajo una inspección que la frenase... De Grieux se encogía de hombros y se reía en las mismas narices del general, mientras éste paseaba su habitación hablando por los codos. Por fin el francés se marchó, haciendo un gesto desesperado, y por la tarde supimos que había abandonado el hotel después de animada y secreta conversación con Blanca. En cuanto a ésta, había tomado sus medidas aquella mañana, despidiendo al general y no dejándosele ver. Cuando el general fué al Casino en su busca, la encontró del brazo del príncipe, sin que uno ni otra se dignaran reconocerle, de modo que el príncipe ni siquiera se le inclinó.

Mlle. Blanche pasó todo el día haciendo esfuerzos para arrancarle al príncipe una declaración decisiva. Pero, ¡ay! sufrió un cruel desengaño. La catástrofe sobrevino aquella tarde. De pronto se enteró Blanca de que el príncipe era tan pobre como un ratón de sacristía, y lo peor es que él mismo le pidió prestado para poder probar fortuna a la ruleta. Blanca lo despidió con cajas destempladas y se encerró en su cuarto.

Yo aquella mañana fuí a ver a mister Astley, mejor dicho, fuí a buscarlo y no lo hallé en ninguna parte. Ni estaba en casa, ni en el parque, ni en el Casino. Aquel día no comió en el hotel. Las cuatro y media serían cuando lo ví dirigirse desde la estación del ferrocarril al Hotel de Inglaterra. Iba de prisa y muy preocupado, aunque era siempre muy difícil ver en su rostro una arruga de impaciencia o turbación. Le fuí al encuentro y me tendió la mano en saludo cordial, con su exclamación de siempre: «¡Ah!», pero siguió marchando con más prisa. Le seguí, pero me contestó de un talante tan extraño, que no osé preguntarle casi nada. Además, sin saber por qué, sentí vergüenza de hablar de Paulina a quien no me preguntaba por ella. Le hablé de la abuela. Me escuchó muy atento y serio y se encogió de hombros.

—Se lo jugará todo—dije.

—¡Ah, sí!—me contestó—. Cuando yo me marché seguía jugando y luego me han dicho que lo ha perdido todo. Si tuviera tiempo daría una vuelta por el Casino, porque es curioso.

—¿Dónde ha estado usted?—le pedí, admirado de no haberlo preguntado antes.

—En Frankfort.

—¿Por negocios?

—Sí, por negocios.

¿Acaso me quedaba algo que preguntar? Sin embargo continué a su lado; pero, de pronto se volvió ante el *Hôtel des Quatre Saisons*, me saludó y desapareció. Camino de casa vine a comprender que aunque hubiéramos hablado dos horas seguidas, nada le hubiese arrancado, porque... ¡Nada tengo que preguntarle! ¡Esa es la cosa! ¡Nada puedo preguntarle!

Paulina pasó el día paseando por el parque con el ama y los niños. Evitaba al general hacía tiempo y apenas hablaba con él, al menos de nada serio. Esto lo tenía yo bien observado. Pero ante la gravedad que presentaba aquel día la situación del general, pensé que no podrían prescindir uno de otra; esto es, que se imponía entre los dos una conferencia sobre asuntos de

familia. Y he aquí que, al regresar al hotel, después del encuentro con mister Astley, ví a Paulina con los chicos, expresando en su semblante una calma absoluta, como si en ella no se hubiese dejado sentir la tormenta que azotó a la familia. Respondió a mi saludo con una ligera inclinación de cabeza y yo entré en mi cuarto de un humor de perros.

Cierto que evité su encuentro y dejé de hablarle desde aquel incidente con los Burmerhelms, en lo que había por mi parte algo de pose y afectación que aumentaba mi cólera a medida que transcurría el tiempo. Aunque no me amase ni pizca, pensaba yo, no debía jugar de esa manera con mis sentimientos ni acoger con tanto orgullo mi declaración. Sabía que la amaba de veras, me admitía en su compañía y permitía que le hablase como yo lo hacía. No importa que aquello empezase de un modo extraño. Hace algún tiempo, unos dos meses, advertí que quería hacer de mí su amigo, su *confidant*, y al efecto me ponía a prueba. Pero, no sé cómo, en vez de eso, quedaron estas relaciones peregrinas que hay entre los dos, y así empecé a hablarle como le hablo. ¿Pero si mi amor le desagrada, por qué no me prohibe que se lo exprese?

Lejos de eso, aún me tira de la lengua, y..., eso lo

hace para burlarse de mí. Lo tengo bien observado y pondría la mano en el fuego sin miedo a quemarme: le gusta oirme para avergonzarme luego, hundiéndome en la más baja de las humillaciones con su desprecio y altiva indiferencia. Con todo, sabe que no puedo vivir sin ella. Aún no habían pasado tres días desde el enojoso asunto del barón y ya no podía soportar nuestra separación. Al encontrarla hace un rato cerca del Casino, se me desbocó el corazón y palidecí. ¡Pero tampoco ella puede vivir sin mí! Me necesita, y..., ¿no será precisamente como un bufón, como *clown*?

Ella guarda un secreto... ¡es indudable! Su conversación con la abuela me impresionó dolorosamente. Pero mil veces le he suplicado que fuese franca conmigo, y aunque sabía que estaba dispuesto a dar la vida por ella, siempre me apartó con desprecio, o correspondió a mi generoso sacrificio exigiéndome ridículas hazañas, como aquella del barón.

¿No había motivo para indignarse? ¿Será el francés para ella todo lo de este mundo? ¿Y mister Astley? Pero al llegar a este punto, se me hace la cosa incomprensible, y yo, ¡Señor! me veo en un mar de amargas ansiedades.

Ya en mi cuarto, tomé la pluma en un arrebato de ira y le escribí esta carta:

«Paulina Alexandrovna: Veo claramente que el desenlace se aproxima y también para usted será lamentable. Por última vez le pregunto: ¿necesita usted mi vida? Si puedo serle útil en *cualquier cosa*, disponga de mí a su antojo. Permaneceré en mi cuarto sin salir. Si me necesita, escríbame o mande a llamarme».

Cerré la carta y la envié por el camarero de servicio, con el encargo de dejarla en manos de la destinataria. No esperaba contestación, pero a los tres minutos volvió el camarero con encargo de trasmitirme «sus saludos».

A eso de las seis me llamaron de parte del general.

Estaba en su despacho, vestido para salir, con el sombrero y el abrigo tirados en el sofá, y él en medio de la estancia con las piernas muy abiertas y la cabeza inclinada, me pareció que hablaba a solas; pero en cuanto me vió, se precipitó a mi encuentro gritando de tal manera, que yo me asusté y hubiera huído si no me hubiese él agarrado de las dos manos, arrastrándome hasta el sofá, donde tomó asiento mientras me

obligaba a ocupar una butaca frente a él. Entonces, asiendo fuerte mi mano, con labios temblorosos y lágrimas que brillaban en sus pestañas, empezó a decirme con voz suplicante:

—Alexey Ivanovith, sálvame, sálvame, por favor.

Tardé un buen rato a comprender. El no hacía más que repetir: «¡Sálvame, perdóname!» Al fin adiviné que esperaba de mí algún consejo, o que abandonado de todos en la desgracia de aquel trance apurado, pensó en mí como en un compañero con quien hablar, hablar, hablar.

Estaba loco, o al menos completamente trastornado, juntaba las manos y estaba a punto de caer de rodillas a mis pies para rogarme... ¿qué creen ustedes? Que fuese inmediatamente a ver a Mlle. Blanche y le suplicase con ahinco que volviera a su lado y se casara con él.

—¡Por Dios, general!—le contesté—; ¡si esa señorita apenas sabe si yo existo! ¿Qué puedo hacer?

En vano fué toda protesta; no comprendía nada de lo que yo le decía, y siguió hablando de la abuela con asombrosa incoherencia, obstinándose en la idea de llamar a la policía.

—En nuestro país, en nuestro país—gritaba, acalorado de indignación—; es decir, en cualquiera nación

bien gobernada, donde se ejerza la debida vigilancia, a semejante vieja la pondrían inmediatamente bajo tutela. Sí, señor mío, sí—continuó en tono de refunfuño, levantándose para dar unos pasos por la habitación, y añadió dirigiéndose a un respetable caballero imaginado que le escuchaba desde un ángulo—; permítame que se lo diga, honorable señor, ya que parece que no estaba usted enterado... sí... en nuestro país esa vieja sería llamada al orden, llamada al orden; sí, no hay duda... ¡Oh! ¡Al diablo todo!

Se dejó caer en el sofá y al cabo de un minuto, gimiendo, respirando con dificultad, me contó que Blanca no se querría casar con él porque había llegado la abuela en vez del telegrama de marras y estaba convencida de que no heredaría. El general me creía en la más completa ignorancia sobre el asunto. Hablé de de Grieux y él dejó caer la cabeza.

—¡Se marchó! ¡Todo lo mío ha pasado a él en prenda; estoy enteramente despojado! El dinero que usted trajo... aquel dinero... no sé a qué queda reducido; creo que a unos setecientos francos. Es cuanto poseo y ¡no sé, no sé qué pasará!...

—¿Cómo pagará usted la cuenta del hotel?—pregunté alarmado—. Y luego... ¿qué hará usted?

Me miró pensativo; pero creo que no entendió mi pregunta y quizá ni la oyó. Traté de hablarle de Paulina y de los niños, y me respondió vivamente:

—¡Sí, sí!

Pero en seguida se puso a hablar del príncipe, diciendo que Blanca huiría con él y entonces...

—Entonces... ¿qué haré yo, Alexey Ivanovitch?—me preguntó de súbito—. Le juro por Dios que no sé lo que haré. ¡Dígame si no es ingratitud la suya! ¿No es ingratitud?

Y prorrumpió en llanto.

Nada podía hacerse con semejante hombre, mas también era peligroso dejarlo solo... podía ocurrirle algo. Me las arreglé como pude para alejarme de él, enterando antes a la criada de lo que pasaba para que entrase a verlo con frecuencia; además advertí también al camarero del hotel, un joven muy amable, que me prometió estar alerta.

Apenas había dejado al general, vino Potapitch a llamarme de parte de la abuela. Eran las ocho y acababa de llegar del Casino, completamente desplumada, Acudí en seguida. La anciana estaba sentada en una butaca, fatigadísima y visiblemente enferma. Marfa le servía una taza de té, haciéndoselo tragar a la fuerza.

El tono y el aire de la pobre abuela habían cambiado por completo.

—¡Hola, Alexey Ivanovitch, mi buen amigo!—dijo moviendo la cabeza con majestuosa dignidad—. Perdona, si te molesto otra vez; debes perdonar a una anciana. Todo se ha quedado allí, amigo, cerca de cien mil rublos. Tenías razón en no querer acompañarme ayer. No tengo ni un céntimo. Y como no quiero esperarme más y parto a las nueve y media, he mandado a buscar a tu amigo el inglés—¿cómo se llama?—, Astley, para que me preste tres mil francos por una semana. Persuádele tú a que no me los niegue. Aún estoy en buena posición, amigo; tengo tres aldeas y dos casas y aún me queda en Rusia algún dinero. No quise traérmelo todo. Te lo digo para que no ponga obstáculos... ¡Ah! ¡Ya está aquí! ¡Cómo se conocen los caballeros!

Mister Astley se había apresurado a correr en ayuda de la anciana, y sin la menor vacilación ni hablar apenas, contó tres mil francos y los cambió por un pagaré que la abuela firmó. Arreglado este negocio, salió, después de despedirse.

—Puedes marcharte también, Alexey Ivanovitch. Sólo me queda una hora y quiero acostarme, porque

tengo crujidos los huesos. No guardes rencor a una vieja loca como yo. Ya no podré acusar a los jóvenes de ligereza y hasta comprendo que ahora cometería un pecado si acusara a ese desgraciado general. Pero lo que es dinero no le daré, porque en mi opinión es un solemne mentecato, aunque no ande yo de juicio mejor que él. Realmente, Dios castiga el orgullo hasta en los ancianos. Adiós. ¡Marfa, levántame!

Yo deseaba presenciar la marcha de la abuela; es más: me embargaba cierta expectación; esperaba que dentro de poco pasaría algo. No pudiendo sosegarme en mi cuarto, salí al pasillo y hasta fuí a dar una vuelta por la avenida. Mi carta a ella era clara y decisiva, pero la catástrofe actual llenaba la medida. En el hotel me dijeron que de Grieux se había marchado. Si ella no me quería como amigo, acaso no me rechazase como criado. Me necesitaba, le era útil; aunque sólo pudiera hacerle recados, me daría por contento.

Cuando estaba el tren a punto de arrancar, me presenté en la estación y vi a la abuela instalada con todo su servicio en un departamento reservado.

—Gracias, mi buen amigo, por tu atención desinteresada—me dijo en despedida—y dile a Praskovya que, como quedamos ayer, la esperaré.

Volví al hotel. Al pasar ante la habitación del general encontré a la criada y pregunté por él.

—¡Oh! Está muy bien, señor—me contestó tristemente.

Quise entrar, pero me detuve en la puerta, estupefacto.

Mlle. Blanche y el general reían a carcajadas. *Madame* de Cominges estaba allí cerca, sentada en el sofá. Era indudable que el general estaba loco de alegría, y atacado de una hilaridad nerviosa que le arrugaba la cara y le ocultaba los ojos. Y al poco rato supe por la propia Blanca que habiendo sabido, después de despedir al príncipe, que el general estaba llorando, resolvió ir un momento a su lado para consolarlo. Pero el pobre general ignoraba que estaba decidida su suerte y que Blanca tenía preparadas las maletas para marcharse a París en el primer tren de la mañana.

Paréme un instante en el umbral del gabinete y resolví no entrar, retirándome sin que me viesen. Subí a mi cuarto y al abrir la puerta, vislumbré en la penumbra la confusa figura de una mujer, sentada en una silla, en el hueco de la ventana. No se levantó cuando entré. Avancé rápido, me fijé y... cesó de latirme el corazón: era Paulina.

CAPITULO XIV

Lancé un grito.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—me preguntó de un modo extraño. Estaba blanca, triste.

—¿Usted me lo pregunta? ¿usted? ¡Y está en mi cuarto!

—Sí, he venido, he venido *por completo*. Es mi manera. Pronto lo verá. Encienda la luz.

Encendí una vela. Ella se levantó, se acercó a la mesa y puso ante mí una carta abierta.

—Léala—me ordenó.

—¡Es... es letra de de Grieux!—grité, cogiendo el papel.

Me temblaban las manos, las letras danzaban ante mis ojos. He olvidado los términos precisos de la carta, pero he aquí lo esencial:

«Señorita—escribía de Grieux—: una desgraciada circunstancia me obliga a partir en el acto. No dejará usted de haber notado que evité toda explicación con usted durante el tiempo en que la situación podía despejarse. La llegada de su vieja parienta—*de la vieille dame*—y su ridículo comportamiento han puesto fin a

mis dudas. Mis propios asuntos, comprometidos, me impiden continuar acariciando las dulces esperanzas que me halagaron por algún tiempo. Lamento el pasado; pero confío que no hallará usted en mi conducta nada que sea indigno de un caballero y de un hombre honrado—*gentilhomme et honnête homme*—. Poco menos que arruinado por los préstamos hechos a su padrastro, me veo obligado a aprovechar lo poco que me queda; ya he escrito a mis amigos de Petersburgo dándoles instrucciones para la venta de los bienes que me hipotecó; pero sabiendo que su ligereza le llevó a disponer de la fortuna de usted, he resuelto perdonarle cincuenta mil francos, y le devuelvo parte de los títulos que me entregó, equivalente a esa suma; de modo que está usted en situación de rescatar cuanto le ha hecho perder, pidiéndole por vía judicial la restitución de sus bienes. Espero, señorita, que mi determinación le será de gran provecho, y espero también haber cumplido así con el deber de un caballero. No dude que su recuerdo queda grabado para siempre en mi corazón.»

—Bueno; todo eso está claro—dije volviéndome a Paulina—¿Esperaba usted otra cosa?—añadí con indignación.

—Yo no esperaba nada—me contestó sin perder la calma, aunque su voz temblaba—. Había tomado hacía tiempo mi decisión; adivinaba su pensamiento. Se figuraba que yo intentaría... que insistiría... (Se detuvo sin acabar la frase y mordiéndose los labios guardó silencio). Yo acentué adrede mi desprecio por él, esperando a ver qué haría. Si hubiera llegado el telegrama anunciando la herencia, le hubiese arrojado a la cara el dinero prestado al idiota de mi padrastro y lo hubiese mandado a paseo. ¡Oh! ¡Cómo odio a ese hombre! ¡No es el mismo de antes! ¡Mil veces no! Ahora... ¡Con qué placer le azotaría las narices con esos cincuenta mil francos!

—Pero el documento, el compromiso de los cincuenta mil francos, lo tiene el general. Cójalo usted y devuélvaselo a de Grieux.

—¡Oh! Eso es otra cosa, eso es otra cosa.

—Cierto; eso es otra cosa. Además, ¿de qué sería capaz el general a estas horas? ¡Y la abuela!—exclamé de súbito.

Paulina me miró, distraída e impaciente.

—¿La abuela?—preguntó la joven, humillada—. No puedo ir a su casa... No quiero pedir perdón a nadie—añadió, irritada.

—¿Qué hay que hacer, pues?—grité—. ¡Vive Dios! ¿Cómo, cómo pudo usted amar a de Grieux? ¡Ah, canalla, canalla! Si usted quiere lo mataré en duelo. ¿Dónde está ahora?

—En Frankfort. Estará allí tres días.

—Diga usted una palabra y salgo mañana en el primer tren—dije con estúpido entusiasmo.

Ella rió.

—¿Y si le dijese: «Vengan primero los cincuenta mil francos»? Y luego ¿por qué había usted de batirse con él?... ¡Qué tontería!

—¿Dónde, dónde se podrían encontrar esos cincuenta mil francos?—grité yo, rechinando los dientes como si se pudieran recoger del suelo—. ¿Y si... mister Astley?—insinué, volviéndome a ella, impulsado por una idea extraña.

Sus ojos relampaguearon.

—¡Cómo! ¿Pero tú mismo me propones que te deje por ese inglés?—dijo mirándome a la cara y sonriendo amargamente. Por primera vez me trataba de tú.

Creí que sufría un momento de trastorno; de pronto se dejó caer en el sofá como aniquilada.

Me quedé como herido por un rayo. No daba crédito a mis ojos ni a mis oídos. ¡Cómo! ¡Entonces,

me amaba! ¡Acudía a mí en vez de a mister Astley! ¡Ella, ella, una señorita, me visitaba en mi cuarto de hotel, comprometiéndose ante todo el mundo! ¡Lo estaba viendo y no lo comprendía!

Una idea extraña cruzó por mi cabeza.

—Paulina, concédeme una hora. Quédate aquí sólo una hora y... volveré. ¡Es... es necesario! ¡Ya verás! ¡Espérame, espérame!

Salí corriendo, sin hacer caso de su mirada de espantosa interrogación; me gritó no sé qué, pero no me volví.

A veces se le mete a uno en la cabeza la idea más descabellada, la más absurda, y obra tan poderosamente que acaba uno por aceptarla como la cosa más real... y es más, si la idea va asociada a un deseo fuerte y fogoso se acepta como algo fatal, inevitable, predestinado... como algo que ha de ser, que ha de suceder. Acaso todo esto se funde en algo, en un esfuerzo extraordinario de voluntad, en una embriaguez de la fantasía, en una combinación de presentimientos o en alguna otra cosa, no sé en qué; pero aquella noche, que por cierto nunca olvidaré, me sucedió algo prodigioso; justificado por las reglas de la aritmética, desde luego, pero no por eso menos maravilloso para mí. ¿Por qué,

por qué había de arraigarse en mí aquel convencimiento que hacía tiempo me estaba hurgando? Repito que había pensado en ello, no como una de tantas probabilidades que pueden suceder o dejar de suceder, sino como algo cuya realización es absolutamente necesaria.

Eran las diez y cuarto. Llegué al Casino con la más firme esperanza y la más honda excitación que había experimentado en mi vida. En la sala del juego aún quedaban jugadores, aunque menos de la mitad que durante el día.

Entre diez y once suelen hallarse los verdaderos jugadores para quienes no existe en un balneario más que la ruleta, por la que han ido, fuera de la cual nada les interesa, y cuyo veraneo consiste en jugar de la mañana a la noche y aun seguirían jugando hasta el amanecer, si fuera posible. Porque siempre se alejan malhumorados, cuando a las doce les cierran a la espalda la sala de juego. Y cuando el *croupier* en jefe anuncia poco antes de media noche: «*Les trois derniers coups, messieurs*», siempre están dispuestos a poner en aquellas tres jugadas cuanto les queda en los bolsillos, y en efecto, es cuando más suelen perder.

Me dirigí a la misma mesa en que se había sentado aquel día la abuela, y como no había mucho público,

hallé puesto en seguida, justamente donde estaba bordada en el tapete la palabra «Passe».

Passe quiere decir la serie de números comprendida entre diecinueve inclusive y treinta y seis.

A la primera serie de números, desde uno a dieciocho se la llama *Manque*. Pero a mí me era igual, porque ni calculé ni me enteré del número que había ganado últimamente; no me tomé la molestia de preguntarlo, como hubiera hecho todo jugador prudente. Saqué mis veinte federicos, y los puse a la palabra *Passe*, que tenía delante.

—*Vingt deux*—gritó el *croupier*.

Había ganado y volví a jugar postura y ganancia.

—*Trente et un*—gritó el *croupier*.

Vuelta a ganar. Ya tenía ochenta federicos. Puse toda esta suma en la docena de en medio. (La ganancia es triple, pero hay dos probabilidades de pérdida contra una.) Corrió la bola y paró en el veinticuatro. Me dieron tres manojos de cincuenta federicos en papel y diez monedas de oro. Tenía ya doscientos federicos oro.

Me parecía estar delirando. Empujé todo aquel montón hasta el rojo, y de pronto volví en mí. Por única vez en toda la noche fuí presa de tal horror en aquel momento, que temblaba de pies y brazos como

un azogado. En seguida comprendí lo horrendo de mi suerte si perdía. Mi vida entera estaba en aquella apuesta.

—*Rouge!*—gritó el *croupier.*

Respiré. Sentía en todo mi cuerpo aguijones feroces. Me pagaron en papel. Ascendía todo a cuatro mil florines y ochenta federicos. (Apenas pude contarlos.)

Luego recuerdo que jugué dos mil florines a la docena de en medio y los perdí; puse el oro, los ochenta federicos, y lo perdí. Montado en ira, cogí los dos mil florines que me quedaban y los coloqué en la primera docena al azar, sin reflexión, sin cálculo. Durante un momento se me cortó la respiración como debió sucederle a madame Blanchard cuando cayó del globo en París.

—*Quatre!*—gritó el *croupier.*

Volvía a tener seis mil florines. Cantaba ya victoria. Nada me asustaba, nada, y puse cuatro mil florines al negro. Nueve jugadores me imitaron apuntando al negro. Los *croupiers* cambiaban miradas y se decían no sé qué. En derredor mío hubo un murmullo de expectación.

Ganó el negro. Desde este momento ya no sé lo que gané ni lo que jugué. Recuerdo solamente como en

sueños que recogí, según creo, hasta dieciséis mil florines para perder luego en tres jugadas desgraciadas doce mil. Entonces puse los cuatro mil restantes al *passe*—pero apenas me dí cuenta de lo que hacía; porque lo hice maquinalmente, sin que mediara la más mínima emoción—y gané; entonces volví a ganar cuatro veces seguidas. Sólo recuerdo que recogía el dinero a miles, también recuerdo que la docena del medio ganaba con frecuencia y que me mantenía en ella. Salía con cierta regularidad; tres o cuatro veces seguidas salía, dejaba de salir dos veces y luego volvía a salir tres o cuatro veces. Esta asombrosa regularidad es la cosa más caprichosa y lo que hace perder la cabeza a los jugadores empedernidos que calculan lápiz en mano.

¡Y qué sarcasmos proporciona la suerte en tales casos!

No creo que se hubiera pasado más de media hora desde que empecé a jugar, cuando, de pronto me advirtió el *croupier* que llevaba ganados treinta mil florines, y como la banca no admitía compromisos para una suma más grande, se iba a cerrar la ruleta hasta el día siguiente. Recogí todo mi oro y me lo hundí en el bolsillo, recogí los billetes y corrí a otra sala, donde también había ruleta. Todo el público me siguió. Me

hicieron puesto y empecé a jugar al azar, sin regla ni medida ¡No comprendo cómo me salvé!

Sí que, de vez en cuando, alumbraba mi mente un relámpago de prudencia. Prefería ciertos números y combinaciones, pero pronto me abandoné a un juego inconsciente. Debía estar muy distraido, pues recuerdo que varias veces me corregían los *croupiers*. Cometí equivocaciones garrafales. Tenía las sienes mojadas de sudor, me temblaban las manos. Venían los polacos a ofrecerme sus servicios, y no les hacía caso. ¡Mi suerte parecía inconmovible! De pronto oí una explosión de gritos y de risas. «¡Bravo, bravo!»—exclamaron todos, y algunos aplaudieron. Allí también recogí treinta mil florines, y se cerró la banca hasta el siguiente día.

—¡Márchese, márchese!—murmuró una voz a mi lado.

Era un judío de Frankfork que no me había dejado un momento y que en alguna ocasión me ayudó eficazmente.

—¡Por amor de Dios, váyase!—me advirtió otra voz al lado opuesto.

Volví la mirada y ví una mujer como de treinta años, modesta y seriamente vestida, de cansado, pálido y enfermizo semblante, que aún conservaba trazos de

su antigua belleza. Estaba yo en aquel momento llenando mis bolsillos de dinero que recogía de cualquier manera y amontonando el oro, y tomando el último rollo de billetes logré, sin llamar la atención, colocarlo en manos de la dama, a lo que movióme un impulso violento. Recuerdo que sus blancos y finos dedos oprimieron los míos en un transporte de agradecimiento. Todo fué en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando lo hube recogido todo, corrí al treinta y cuarenta.

Allí acude un público aristocrático. Es muy distinto de la ruleta, un juego de cartas. La banca responde al acto por cien mil táleros y se puede jugar de una vez hasta cuatro mil florines. No tenía la menor idea de aquel juego, como no fuese que también podía apostarse a rojo y a negro, a los que me dediqué. Todo el público del Casino me rodeaba. No sé si tuve un solo pensamiento para Paulina en todo este tiempo. Sólo experimentaba el gozo avasallador de recoger y guardar el dinero que se iba amontonando ante mí.

Diríase que me perseguía la suerte. Esta vez, como si Dios me hubiera tenido de la mano, ocurrió una cosa chocante, aunque sea frecuente en el juego. Sucede, por ejemplo, que la suerte toca al rojo diez y hasta

quince veces consecutivas. Pocos días antes me habían dicho que la semana anterior había salido el rojo veintidós veces seguidas, cosa nunca vista en la ruleta y comentada con asombro. Claro, todos dejan entonces de jugar al rojo, y hasta pasadas diez jugadas por lo menos, casi nadie arriesga a él. Pero ningún jugador experto pone tampoco en el negro, porque sabe los caprichos de la suerte. Y en efecto, cualquiera creería que después de salir el rojo dieciséis veces, la décima séptima vez tocará infaliblemente la suerte al negro. Los novicios se dejan guiar por esta deducción y doblan y triplican sus posturas perdiendo sumas enormes.

Pues, yo, sabiendo que había salido el rojo siete veces arreo, jugué a él en un arranque de extraña perversidad. Estoy persuadido que la vanidad contribuyó poderosamente a ello; deseaba impresionar al publico, corriendo un riesgo loco. ¡Oh, extraña sensación! Recuerdo claramente que, aparte los impulsos de la vanidad, estaba poseído por el vértigo de las temeridades. Quizá mi alma, embriagada de fuertes impresiones, quería hundirse en un pozo de abrojos y revolcarse hasta quedar ahita. No miento al decir que si el reglamento me hubiera permitido jugar cincuenta mil florines de un golpe, los hubiese puesto. Gritaba la gente

que estaba loco, ¡que el rojo había salido ya catorce veces!

—*Monsieur a gagné déjà cent mille florins*—dijo una voz detrás de mí.

Volví súbitamente a la realidad. ¡Cómo! ¡Había ganado aquella noche cien mil florines! ¿Qué más quería? Me arrojé sobre los billetes de banco y me los guardé en el bolsillo sin pararme a contarlos, recogí todo el oro y salí corriendo. Todos reían viéndome cruzar la sala con los bolsillos abultados y encorvándome bajo el peso del oro, que creo llegaría a veinte libras. Varias manos se tendieron hacia mí y yo repartí dinero a puñados. Dos judíos me detuvieron a la salida para advertirme:

—Es usted valiente, es usted muy valiente; pero márchese mañana, cuanto antes, o lo perderá todo, lo perderá todo.

No les atendí. Tan obscuro estaba el paseo que no veía a un palmo de mis ojos y el hotel distaba media milla del Casino. Nunca había tenido miedo a bandidos y a ladrones ni pensaba en ellos entonces. No recuerdo en qué pensaba, mi cabeza estaba hueca; sólo sentía una dicha inmensa, de triunfador, de afortunado, de hombre poderoso... no sé de qué. También se me

dibujó la imagen de Paulina: me acordé de ella y sabía que a ella me dirigía, que con ella estaría al momento, contándole, mostrándole... Mas apenas recordaba lo que me había dicho una hora antes; parecíame haber transcurrido mucho tiempo desde entonces, que todo era ya antiguo y que entonces empezaba una vida nueva. Casi al final de la avenida me sobrecogió un súbito temor ¿Y si en aquel momento me robasen y asesinasen? Mi terror aumentaba a cada paso y me eché a correr. Por fin apareció el hotel con sus numerosas ventanas alumbradas. ¡Gracias a Dios que estaba en casa!

Subí aprisa a mi cuarto y precipitadamente abrí la puerta. Paulina seguía en el sofá, cruzada de brazos, con una vela encendida a su lado. Me miró con asombro y sin duda ofrecía yo entonces un aspecto extraño. Me quedé ante ella y empecé a sacar dinero y amontonarlo sobre la mesa.

CAPITULO XV

Recuerdo que me dirigió una intensa mirada, sin moverse del puesto ni cambiar de posición.

—¡He ganado doscientos mil francos!—grité tirando sobre la mesa el último billete.

El montón de papel y de oro la cubría toda y yo no podía apartar mis ojos de él. Llegaba incluso a olvidarme de Paulina. Tan pronto ponía en orden los billetes de banco, colocándolos uno sobre otro, como deshacía los cartuchos de oro para amontonar las monedas; tan pronto me daba a pasear por el cuarto como contaba otra vez el dinero. De pronto, como alarmado, corrí a cerrar la puerta, dando dos vueltas a la llave. Entonces me quedé pensativo ante mi maletín.

—¿Y si lo guardase aquí, hasta mañana?—dije, acercándome a Paulina.

Permanecía aún sentada, sin moverse; pero me miraba atentamente, y su expresión tenía una singular extrañeza. No creo equivocarme si digo que era una expresión de odio.

—Paulina—le dije cuando estuve a su lado—, aquí

tienes veinticinco mil florines, es decir, cincuenta mil francos... algo más. Cógelos, tíraselos mañana a la cara.

No me contestó.

—¿Quieres que mañana nos marchemos los dos muy temprano? ¿Quieres?

Se echó a reir con una risa que duró largo rato.

Yo la miraba, más mortificado que sorprendido, porque aquella risa me sonaba a chifla sarcástica, de que tantas veces me había hecho objeto en mis apasionadas declaraciones.

Cesó de reir para ponerse ceñuda y mirarme por debajo de su entrecejo.

—No quiero tu dinero—me dijo con desprecio.

—¡Cómo, Paulina! ¿Por qué? ¿Qué es eso?

—No quiero dinero por nada.

—Te lo ofrezco como amigo, como te ofrecí la vida.

Me lanzó una mirada con la que parecía querer atravesarme.

—Me das demasiado—dijo riendo—. La querida de de Grieux no vale cincuenta mil francos.

—¿Cómo puedes hablarme así, Paulina?—le repliqué—. ¿Acaso yo soy de Grieux?

—¡Te odio! ¡Sí... sí!... No te quiero más que a de Grieux—gritó, con ojos centelleantes.

Y de pronto, ocultó el rostro entre sus manos, presa de una crisis nerviosa. Me precipité a consolarla. Parecía haber perdido el juicio. Comprendí que algo le había pasado durante mi ausencia. Estaba como loca.

¡Comprarme! ¿Conque quieres comprarme? ¿Quieres comprarme? ¿Por cincuenta mil francos, como de Grieux?—exclamaba con sollozos entrecortados.

La tomé en mis brazos, besé sus manos y sus pies, a los que me había arrodillado.

Se calmó. Me puso sus manos en los hombros y me miró fijamente, como si quisiera leer algo en mi rostro. Me escuchaba, pero al parecer sin oir lo que le decía. Su rostro expresaba duda y angustia. Me tenía inquieto, porque temía que se hubiera vuelto loca. Luego me atrajo hacia ella con dulzura y me sonrió confiadamente, pero en seguida me rechazó y volvió a examinarme con torva mirada.

De pronto me abrazó, diciendo:

—¡Pero me amas... me amas! ¿Verdad que me amas? ¿Por qué... por qué... querías batirte con el barón por mí?

Y rompió en una carcajada, como si recordase algo

muy gracioso. Reía y lloraba a la vez. ¿Qué tenía que hacer yo? La sangre me ardía. Recuerdo que ella me hablaba y yo apenas la entendía. Era un delirio, una algarabía, como si me quisiera decir muchas cosas en el más corto tiempo, una charla interrumpida de vez en cuando por una risotada que me asustaba.

—No, no; tú eres bueno, bueno—repetía—. Eres mi amigo leal.

Volvió a poner las manos en mis hombros, volvió a fijar en mí su mirada y repitió:

—Amame... ámame...; ¿me amarás?

Yo no podía apartar mis ojos de los suyos. Nunca la había visto en semejante transporte de amor y de ternura. Cierto que obraba en un estado de inconsciencia..., pero no es menos cierto que a mi apasionada mirada respondió con una sonrisa maliciosa, y, sin que viniera a cuento, se puso a hablar de mister Astley.

No paraba de hablar —también habló de él aquella tarde que me quería decir algo importante—, pero no sé exactamente lo que decía. Comprendí que se le estaba burlando. No cesaba de repetir que el inglés estaba esperando, y de preguntarme si no sabía yo que esperaba debajo de la ventana.

—Sí, sí; debajo de la ventana. Anda, ábrela y asómate; ya verás cómo está.

Me empujaba hacia la ventana, pero en cuanto me movía para obedecer, estallaba en una risotada y me sujetaba del brazo.

—¿Nos marchamos?, ¿nos marchamos mañana?—se le ocurrió preguntar de pronto—. Bueno...—siguió poniéndose pensativa—. Bueno. ¿Alcanzaremos a la abuela? ¿Qué te parece? Creo que la encontraremos en Berlín. ¿Qué te parece que va a decir cuando nos vea? ¿Y mister Astley?... ¡Bah! ¡No será él quien se tire del Schlangenberg! ¿Qué opinas tú?—Y se echó a reir—. Oye. ¿Sabes a dónde piensa ir el verano que viene? ¡Al Polo Norte para hacer investigaciones científicas! ¡y me ha propuesto acompañarle! ¡Ja, ja, ja! Dice que los rusos nada podemos hacer sin los europeos, que somos incapaces de nada... Pero es un buen hombre. Figúrate que hasta para el general tiene excusas. Dice que Blanca... que la pasión.. ¡qué sé yo!, ¡qué sé yo!—se interrumpió como si no supiese de qué hablaba—. ¡Pobres! ¡Me dan una lástima, tanto él como la abuela! Pero escucha, escucha; ¿cómo te las arreglarías para matar a de Grieux? ¿Y de veras te figuras que lo matarías? ¡Ah, tontín! ¿Cómo puedes pensar que te de-

jaría batir con el francés? ¡Si ni siquiera al barón mataste! —añadió lanzando una carcajada—. ¡Qué grotesco estuviste con el barón! A los dos os contemplaba yo desde mi asiento. ¡Tú te acercaste a él de tan mala gana cuando te mandé! ¡Cuánto me reí entonces, cuánto me reí!

Y de pronto empezó a besarme, estrechándome en sus brazos, oprimiendo su rostro contra el mío con inmensa ternura. Ya no oí nada más ni pensé en nada. Me dejé arrebatar de aquel dulce vértigo...

Las siete de la mañana serían cuando desperté. El sol alumbraba la habitación. Paulina estaba sentada junto a mí y miraba de un modo extraño, como si tratase de recoger sus pensamientos dispersos durante el sueño. Acababa de despertar y fijaba su mirada en la mesa y en el dinero. Me dolía la cabeza, estaba fatigado. Intenté coger la mano de Paulina, pero ésta me rechazó, levantándose. Abrió la ventana, y de codos en el alféizar, con la cabeza entre las manos, estuvo durante tres minutos asomándose a la mañana, sin volverse a mí ni escuchar lo que le decía. La tierra estaba mojada. Había llovido poco antes de amanecer. Pensaba con miedo en lo que podía ocurrir entonces, en el fin que podía tener aquella aventura, cuando se

apartó de la ventana y llegando hasta la mesa me miró con odio infinito, con ira que ponía un temblor en sus labios, y me dijo:

—Bueno, dame ahora mis cincuenta mil francos.

—¿Otra vez, Paulina, otra vez?

—¿O has cambiado de idea? ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora te duelen!

Los veinticinco mil florines, contados la víspera, estaban aun sobre la mesa; los cogí y se los entregué.

—Todo esto es mío, ¿verdad? Completamente mío, ¿no es eso?—me preguntó sosteniendo el dinero en la mano, con gesto de desprecio.

—¡Claro! ¡Siempre ha sido tuyo!—contesté.

—¿Sí? ¡Pues ahí tienes tus cincuenta mil francos!

Y con un vivo movimiento me los tiró a la cara. Todas las monedas cayeron encima de la mesa. Paulina salió corriendo de mi habitación.

Me consta que en aquel momento no gozaba el completo dominio de sus facultades, aunque no comprendo su acceso de locura. Cierto que aun ahora, después de un mes, sigue enferma. ¿Cual sería la causa de aquel estado de ánimo y especialmente de aquella genialidad? ¿El orgullo herido? ¿La desesperación por haberse dejado arrastrar hasta mí? ¿Acaso me vanaglorié de mi

dicha y como de Grieux traté de pagarla ofreciéndole cincuenta mil francos? Nada de eso pesaba sobre mi conciencia. Antes creo que buena parte de la culpa se hallaría en su amor propio que la llevó a desconfiar de mí y a ofenderme, aunque me parece que ni ella misma sabía por qué hacía aquello. En todo caso, yo pagué las culpas del francés, sin ser responsable. Verdad que todo aquello pasó como por efecto de la fiebre, que yo sabía que ella estaba en un momento de perturbación... y yo no quise tenerlo en cuenta; lo cual quizá ahora no pueda perdonarme. Bueno, ahora digo. Pero ¿y entonces? No estaba entonces perturbada hasta el punto de carecer en absoluto de conciencia de sus actos; cuando vino a verme con la carta de de Grieux, sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Recogí precipitadamente mi dinero, lo guardé en la cama, bajo el colchón y salí de mi cuarto a los diez minutos de haberlo abandonado Paulina. Estaba convencido de que había vuelto a sus habitaciones y deseaba introducirme astutamente y preguntar a la criada por la salud de la señorita; pero ¿cuál no sería mi asombro al saber por aquélla, a quien encontré en la escalera, que Paulina no había entrado a su cuarto y que ella, la criada, iba a buscarla al mío?

—Hace escasamente diez minutos que estaba conmigo. ¿Dónde ha podido ir?

La criada me miró con severidad.

El escándalo se había esparcido ya por todo el hotel. El portero y el *ober-kellner* susurraban al oído de los curiosos que a las seis y con lluvia había salido la *fraülein*, corriendo en dirección al Hotel de Inglaterra. Entre lo que decían y lo que insinuaban comprendí que todos sabían que pasó la noche en mi cuarto. Se criticaba sin piedad a toda la familia; todos los del hotel sabían que el general se había vuelto loco y estaba llorando. Se contaba que la abuela era su madre: la cual había venido de Rusia sólo para impedir la boda de su hijo con Mlle. de Cominges, y lo desheredaría si no la obedecía, y como desde luego la desobedeció, ella se jugó todo el dinero a la ruleta ante los ojos del hijo, para darle a comprender que nada le dejaría. *Diese Russen!*—repetía el *ober-kellner* agitando su ceñuda testa. Los otros reían y el *ober-kellner* seguía haciendo la cuenta del general. También se había propagado la noticia de mis ganancias. Karl, el camarero de mi piso, fué el primero en felicitarme; pero yo, sin pararme a escuchar a nadie, corrí al Hotel de Inglaterra.

Era muy pronto. Mister Astley no recibía a nadie y

cuando le dijeron que era yo, salió al corredor y se paró ante mí, hincándome sus ojos de estaño, dispuesto a oir lo que yo le dijese. Pregunté por Paulina.

—Está enferma—me dijo sin apartar de mí la vista.

—¿Entonces está con usted?

—Sí, está conmigo.

—Entonces... ¿piensa usted protegerla?

—Sí.

—¡Mister Astley! ¡Eso será un escándalo! ¡Es imposible! Además, está enferma, como habrá usted notado.

—Sí, lo he notado; ya le he dicho a usted que está enferma. De lo contrario, no hubiera pasado la noche con usted.

—¿También usted lo sabe?

—Sí, también lo sé. Vino ayer a verme y yo la hubiese llevado a casa de un pariente mío; pero como estaba enferma, víctima de un error, fué a verle a usted.

—¡Vaya un antojo! Pues le felicito, mister Astley. Y a propósito, ahora me hace pensar: ¿no ha estado usted toda la noche debajo de mi ventana? Paulina quería que yo habriese la ventana para ver si usted estaba allí, y rió mucho con este motivo.

—¿De veras? Pues no estuve debajo de la ventana; esperaba paseándome por el corredor.

—Pero hay que cuidarla, mister Astley.

—Sí, sí; ya he mandado a buscar un doctor. Si se muere, usted me responderá de su muerte.

Me quedé estupefacto.

—Por Dios, mister Astley, ¿qué quiere usted?

—¿Y es cierto que ganó usted ayer doscientos mil táleros?

—Sólo cien mil florines.

—Pues mire: lo mejor que podría hacer, es marcharse a París hoy mismo.

—¿Por qué?

—Todos los rusos que tienen algún dinero van a París—contestó mister Astley, como si repitiese una lección aprendida.

—¿Qué haría yo en París durante el verano? Además, bien sabe usted, mister Astley, que la amo.

—¿De veras? Yo estoy convencido de lo contrario. Si se queda usted aquí, perderá lo que ha ganado y no tendrá con qué hacer el viaje a París. Adiós, sé de cierto que partirá usted para París hoy mismo.

—Bueno, bueno, hasta la vista; pero lo que es a París sí que no voy. ¿Usted ha pensado lo que puede pasar aquí? El general... y para arreglarlo esta aventura

de Paulina, que ya habrá llegado a oídos de toda la ciudad.

—Sí, todo el mundo debe saberlo; aunque el general no nos ha de preocupar, está demasiado aturdido con sus cosas para que piense en esto. Por otra parte, Paulina está en el derecho de vivir donde y con quien quiera, y en cuanto a su familia, puede decirse, hablando propiamente, que ya no existe.

Me separé riendo de aquel inglés tan convencido de mi viaje a París. Pero «¡Caramba!—me dije—¡Vaya una complicación que me traería la muerte de Paulina, con los deseos que él tiene de provocarme a un duelo!» Juro que sentía por Paulina verdadera lástima, mas por muy raro que parezca, desde que me senté la víspera a la mesa de juego y empecé a ganar, noté que mi amor a ella decrecía, y por así decirlo, se evaporaba. Ahora puedo afirmar lo que entonces sólo de una manera vaga advertí. ¿Sería yo todo un jugador? ¿Es posible que mi amor a Paulina presentase tan extraños caracteres? No, que la amaba de corazón. ¡Dios me es testigo! Y en aquel momento de mi regreso a casa, sentía toda mi desgracia y me acusaba de ruindad. Pero... entonces mismo me ocurrió la cosa más chusca y peregrina.

Me dirigía apresuradamente a ver al general cuando se abrió una puerta, no lejos de la de éste, y gritaron mi nombre. Era la señora viuda de Cominges que me llamaba por encargo de Blanca. Entré a verla.

Tenían una habitación de dos piezas. Apenas entré, oí que Blanca me llamaba desde la alcoba.

Se estaba levantando.

—*Á, c'est lui! Viens donc, bête!* Es verdad *que tu as gagné une montagne d'or et d'argent? J'aimerais mieux l'or.*

—Sí; he ganado—grité riendo.

—¿Cuánto?

—Cien mil florines.

—*Bibi, comme tu es bête.* Pero entra, hombre, que no te oigo. *Nous ferons bómbace, n'est ce pas?*

Me acerqué a ella. De una colcha de satén color rosa, emergía su maravilloso busto de piel atezada, de líneas tan perfectas como sólo pueden verse en sueños, sobre cuyas gracias rompía la camisa en espuma de blancos encajes, que avivaba el color moreno de sus hombros.

—*Mon fils, as-tu du coeur?*—gritó al verme. Se echó a reir a gusto y hasta creo que con franqueza.

—*Tout autre*—le contesté, parafraseando a Corneille.

—Ya ves tú, *vois-tu*—balbució—. Para empezar, búscame las medias y ayúdame a ponerlas, y luego, *si tu n' es pas trop bête, je te prends a Paris.* Ahora mismo me marchaba.

—¿Ahora mismo?

—Dentro de media hora.

En efecto, todo su equipaje estaba apercibido y acababan de tomar café.

—*Et bien*, si quieres, *tu verras Paris. Dis donc qu'est ce que c'est qu'un outchitel? Tu étais bien bête, quand tu étais outchitel.* ¿Dónde están mis medias? ¡Pónmelas!

Sacó un pie realmente encantador, que en nada recordaba esos pies disformes que tan menudos parecen cuando están calzados. Empecé a ponerle riendo una media de seda y Blanca se sentó en la cama, charlando sin cesar.

—*Et bien, que feras-tu, si je te prends avec?* Necesito cincuenta mil francos para empezar. Ya me los darás en Frankfort. *Nous hallons a Paris.* Allí jugaremos los dos: *et je te ferai voir des étoils en plein jour.* Verás mujeres como no has visto en tu vida. Oye...

—Un momento: ¿si te doy cincuenta mil francos, que me quedará?

—*Et cent cinquante mille francs,* ¿lo has olvidado? Y lo que es más: consiento en vivir contigo un mes, dos meses, *que sais je!* En dos meses daremos cuenta de esos ciento cincuenta mil francos; ya ves si soy buena chica, que te lo digo de antemano; *mais tu verras des étoiles.*

—¡Cómo! ¿En dos meses todo?

—¿De eso te espantas? *Ah, vil esclave!* Pero ten entendido que un mes de esa vida vale por toda la existencia. Un mes... *et aprés le déluge! Mais tu ne peux comprendre; va!* ¡Vete, vete; no eres digno de lo que te ofrezco...! *Aie, que fais tu?*

En aquel preciso momento, le estaba poniendo la otra media y no pude resistir la tentación de besarle el pie. Ella levantó la pierna y me dió con la punta del pie en la cabeza. En seguida me despidió.

—*Et bien! mon outchitel, je t'attends, si tu veux.* En un cuarto de hora estoy arreglada—me gritó.

Al entrar en mi cuarto, la cabeza me daba vueltas. ¿Acaso era yo culpable, si Paulina me arrojó el día antes a la cara el dinero y mostró preferencias por mister Astley? Aún había billetes por el suelo. Los estaba recogiendo cuando se abrió la puerta y entró el mismo *ober-kellner,* que hasta entonces no se había dignado

pasar por mi cuarto, para aconsejarme que tomase una serie de habitaciones que en el primer piso acababa de dejar no sé qué conde.

Me quedé parado, reflexionando.

—Mi cuenta. Dentro de diez minutos me marcho—le dije. Y pensé para mí: Si ha de ser a París, sea. ¡Tal era mi destino!

Un cuarto de hora más tarde nos sentábamos en el departamento reservado de un coche Mlle. Blanche, la señora viuda de Cominges y yo. Mirándome, Blanca se reía hasta desternillarse, la viuda se mostraba alegre; yo no puedo decir que estuviese contento. Mi vida se había dividido en dos y desde la víspera estaba decidido a jugármelo todo a una carta. Quizá mi fortuna me había trastornado. *Peut-être, je ne demandais pas mieux.* Parecíame que por una vez, sólo por una vez, se cambiaban las decoraciones. Pero al cabo de un mes estaría de regreso, y entonces... ¡entonces probaría mis fuerzas con mister Astley! No, ahora que lo recuerdo, estaba fúnebre en el tren que me llevaba a París, aunque reía tan fuerte como aquella idiota de Blanca.

—¿Pero qué te pasa? ¡Qué tonto eres, chico, que tonto eres!—gritaba Blanca, dejando de reir para burlárseme—. Bueno, bueno, bueno; gastaremos tus doscien-

tos mil francos, pero en cambio *mais tu seras hereux comme un petit roi.* Yo misma te haré el nudo de la corbata y te presentaré a Hortensia. Y cuando lo hayamos gastado todo, volverás aquí y harás saltar otra vez la banca. ¿Qué te dijeron los judíos? Lo principal es... audacia, y tú la tienes; y desde aquí me mandarás a París más dinero. *Quant a moi je veux cinquante mille francs de rente et alors...*

—¿Y el general?—pregunté.

—Ya sabes que siempre me trae un ramillete. Hoy le he pedido que me trajese alguna flor exótica y el pobre, cuando vuelva se encontrará el nido sin pájaros. Ya verás como nos seguirá volando. ¡Ja, ja, ja! Y yo estaré encantada, porque en París me será de gran utilidad; mister Astley se encargará de pagar su cuenta del hotel...

Tales son las circunstancias en que fuí a París.

CAPITULO XVI

¿Qué diré de mi estada en París? Aquello fué una necedad, una locura. A los tres meses, ya nada me quedaba de los cien mil francos. Los otros cien mil se los dí a Mlle. Blanche en moneda corriente. Cincuenta mil al llegar a Frankfort, y tres dias después, en París, le firmé un pagaré por otros cincuenta mil, que le hice efectivos al cabo de una semana.

—*Et les cent mille francs, qui nous restent, tu les mengeras avec moi, mon outchitel.*

Siempre me llamaba *outchitel*, que quiere decir ayo. Sería casi imposible imaginar algo más bajo, más ruin, más sórdido que la clase de gente a que pertenecía Blanca. Eso en cuanto al dinero propio, que en cuanto a mis cien mil francos, me anunció sinceraramente que los necesitaba para instalarse en París «con la decencia y el gusto propio de una dama de alta esfera, de donde estaba resuelta a no bajar en mucho tiempo; o al menos, tal era su propósito». Ya no ví más aquel dinero, y en mi bolsillo, que ella registraba cada día, no llevaba más que cien francos, que se acabaron rápidamente.

—¿Para qué quieres dinero?—me decía a veces de la manera más sencilla.

Yo no discutía con ella, que amueblaba y embellecía con muy buen gusto su piso, adonde me llevó un día para enseñármelo todo, y me dijo:

—Mira lo que puede hacerse con gusto y economía.

Economía que arrojaba, no obstante, la bonita suma de cincuenta mil francos. Con el resto del dinero adquirió un coche y caballos. Dimos, además, dos bailes, a los que invitamos a Hortensia, Lizette y Cleopatra, mujeres dotadas de raras cualidades y muy hermosas. En estas fiestas me tocó el papel de dueño de la casa y tuve que recibir a idiotas y enriquecidos comerciantes, tan incultos como audaces, a varios tenientillos del ejército y escritorzuelos y periodistas, cargantes como parásitos, que vestidos de frac a la moda y pulcramente enguantados, me parecían más fatuos y detestables que nuestros lechuguinos de Petersburgo, lo que es mucho decir. A varios de ellos les pareció cosa de buen gusto reirse de mí, pero yo me emborraché y me estuve en una alcoba tumbado a la bartola. Todo aquello me repugnaba en el más alto grado.

—*C'est un outchitel*—les decía Blanca—*il a gagné deux cent mille francs.* Sin mí ni hubiera sabido cómo

gastarlos. Luego volverá a ser un *outchitel*. ¿No le sabrían ustedes una colocación? Porque hemos de hacer algo por él.

Con frecuencia recurría yo al champaña, especialmente cuando me sentía triste y hastiado. Vivía en el más burgués, en el más mercenario de los mundos, en el que se contaba y regateaba hasta el último céntimo. Durante los primeros quince días, noté que Blanca no me quería. Cierto que cuidaba de vestirme como un *dandy* y me anudaba siempre la corbata, pero en el fondo de su alma me despreciaba. A mí me importaba un comino. Cansado y apático, frecuentaba el Château de Fleurs, donde casi a diario me emborrachaba y me ejercitaba en el cancán, que llegó a darme cierta fama, por lo mal que solía bailarse allí.

Blanca adivinó por fin mi verdadero carácter. No sé por qué habíase figurado que yo andaría siempre tras ella con lápiz y papel en mano, contando cuánto había gastado, cuánto había robado, cuánto quedaba por gastar y cuánto por robar; seguramente esperaba que sostendríamos una pelea por cada billete de diez francos, y se pertrechaba con una réplica a cada una de las reconvenciones que yo podía hacerle, y al ver que yo me callaba, no podía ella resistir la tentación de justifi-

carse. A veces se acaloraba en su anticipada réplica a un ataque imaginario, pero viéndome quieto y silencioso, tumbado en un sofá y con la vista en el techo, quedaba desconcertada. Al principio atribuyó tal actitud a mi estupidez de *outchitel*, y ponía pronto fin a sus explicaciones, porque debía de pensar: «Es un necio. ¿Para qué gastar saliva, si no ha de entenderme?». Y me dejaba. Pero al poco rato volvía. Esto pasaba cuando sus gastos eran sin medida, desproporcionados a nuestros recursos. En su frenesí, llegó a venderse el tronco de caballos para comprar otro par que costó diez y seis mil francos.

—¿Conque no estás enfadado, niño?—me dijo, acercándoseme.

—¡No! ¡Ya me cansas con tus caballos!—le contesté quitándomela de encima.

Lo cual le pareció tan curioso, que enseguida se sentó a mi lado.

—Ya verás: me he resignado a pagar ese precio, porque siempre los podemos vender, si hace falta. Y sacaremos veinte mil francos.

—No lo dudo, no lo dudo; son unos caballos magníficos, y ahora tienes el tren que mereces. Bueno; no me aburras más con eso.

—De modo que no estás disgustado.

—¿Por qué he de estarlo? Haces divinamente en rodearte de cosas que te son necesarias. Todo eso te será luego de gran utilidad. Ya comprendo que necesitas instalarte con ese lujo; de lo contrario no llegarías a millonaria. Nuestros cien mil francos son el comienzo, la gota del Océano.

Blanca lo esperaba de mí todo menos esta salida. Al no oirse ni gritos ni reproches, parecía caer de las nubes.

—¿Pero así eres? *Mais tu as l'esprit pour comprendre. Sais-tu, mon garçon,* aunque eres un *outchitel,* debías haber nacido príncipe. ¿Conque no te enojas, aunque el dinero desaparezca tan aprisa?

—¡Al diablo, el dinero! ¡Cuanto más aprisa, mejor!

—*Mais sais-tu... mais dis doncs,* ¿eres rico? *Mais sais-tu,* ¿sabes que desprecias demasiado el dinero? *Qu'est ce que tu feras aprés, dis donc?*

—*Apres,* iré a Hamburgo y ganaré otros cien mil francos.

—*Oui, oui, c'est ça, c'est magnifique!* Y yo sé que realmente los ganarás y me los traerás. *Dis doncs,* acabarás por hacerte amar de mí. *Et bien,* te querré siempre por ser como eres, y ni una sola vez te seré infiel. Yo

que no te he querido antes, *parceque je croyais que tu n'étais qu'un outchitel-quelque chose comme un laquais, n'est-ce pas?* Con todo te he sido fiel, *parceque je suis bonne fille.*

—¡Pero cómo mientes! ¿Qué me dices de Alberto, aquel oficialillo moreno? ¿Crees que no os ví el otro día?

—*Oh, oh, mais tu es...*

—¡No mientas, no mientas! ¿Crees que me voy a enfadar por eso? No vale la pena. *Il faut que la jeunesse se passe.* No hace falta que lo eches, si lo tenías antes que a mí y lo quieres. Pero no le des dinero, ¿oyes?

—Entonces, ¿tampoco te enfadas por esto? *Mais tu es un vrai philosophe, sais-tu? Un vrai philosophe!*—gritó con entusiasmo—. *Et bien! je t'aimerai, je t'aimerai... tu verras, tu seras content!*

Desde entonces me trató con verdadera atención y cariño, y así se pasaron los diez últimos días. Cierto que no ví «las estrellas» que me prometió; pero en cierto modo cumplió la palabra. Es más: me presentó a Hortensia, que era una mujer notable por muchos conceptos, y entre nosotros recibía el nombre de «Teresa filósofa»...

No me extenderé acerca de esto. Sería otra novela de

diferente tono, que no quiero introducir en mi relato. El caso es que ya deseaba yo que esta aventura terminase cuanto antes; pero, como ya dije, los cien mil francos duraron casi un mes; de lo que quedé muy sorprendido, ya que Blanca sólo gastó ochenta mil en cosas suyas. Vivimos con menos de veinte mil francos y tuvimos bastante. Blanca, que acabó por serme casi franca—por lo menos no mentía con motivo de cualquier nadería—, declaró que las deudas que se había visto obligada a contraer, no caerían sobre mí.

—Nunca te he dado a firmar facturas ni pagarés, porque te tenía lástima. Otra, de seguro te hubiese enredado, llevándote a la cárcel. ¡Ya ves cómo te he querido, ya ves qué buena soy! ¡Y figúrate lo que me va a costar esta boda del diablo!

Porque teníamos una boda en perspectiva, una boda que se celebró al final de aquel mes y a la que supongo destinaría el resto del caudal. Ya ven ustedes cómo terminó el mes, pues luego se me despidió formalmente.

He aquí como sucedió. Hacía una semana que estábamos en París, cuando llegó el general. Vino en seguida a ver a Blanca y ya casi vivió con nosotros, aunque tenía un piso alquilado en otra parte. Blanca lo recibió loca de alegría, gritando y riendo y abrazándolo, sin

decidirse nunca a dejarlo marchar. El la seguía a todas partes, a los bulevares, a los teatros, a casa de sus amigas, y a pasear en coche. El general aún estaba en condiciones de poder desempeñar airosamente este cometido. Era de respetable estatura y agradable continente, con sus patillas y bigotes de coracero y su aire de gran señor, a pesar de las arrugas de su cara. Sabía lucir el frac con sus finos modales, y además, en París, le dió por ostentar sus condecoraciones. El paseo con un caballero así por los bulevares no sólo era de gusto, sino que ofrecía sus ventajas. El pobre hombre no cabía en sí de alegría, viéndose objeto de una atención que ciertamente no podía esperarse. Llegó a París temblando de miedo, haciéndose a la idea de que Blanca lo despediría a gritos y empujones, y aquel cambio lo trasportaba de gozo; vivía todo el tiempo como un bienaventurado y cuando yo me marché aún lo dejé en la gloria.

Supe que en la mañana de nuestra precipitada marcha de Ruletenburgo, le dió un síncope. Cayó sin sendo y permaneció toda la semana hablando como un loco. Sometiéronle a un tratamiento riguroso, pero un buen día, lo abandonó todo para volar a París. La acogida de Blanca fué desde luego el mejor remedio para

él; pero, no obstante su alegría y entusiasmo, conservó mucho tiempo las huellas del mal. Era incapaz de reflexionar ni de sostener una conversación seria, y cuando se le proponía un tema, limitábase a mover la cabeza y a contestar con un sonido inarticulado. Con frecuencia reía, pero con risa nerviosa, enferma, de lelo, y a lo mejor permanencía durante horas taciturno, frunciendo el entrecejo. De muchas cosas ni se acordaba, era distraído hasta lo increible y le dió por hablar consigo mismo. Sólo Blanca podía animarlo. Si ésta pasaba mucho tiempo sin verlo o se marchaba sin decirle nada o no se portaba bien con él, ya lo teníamos triste y afligido por los rincones, sin que se le pudiese arrancar a qué se debía su tristeza. Después de permanecer dos o tres horas sentado, como pude observar en varias ocasiones, en que Blanca pasó todo el día fuera de casa, probablemente con Alberto, se ponía a mirar en torno suyo, como si buscase algo; pero al no ver nada, perdía el recuerdo de lo que deseaba hasta que Blanca volvía, hermosa, fresca, radiante, envuelta en sus sedas y en su propia risa, se le acercaba, lo sacudía y hasta lo besaba; favor que raramente le otorgaba. Un día sintióse el general tan dichoso, que rompió a llorar, dejándome maravillado.

Desde el primer día, Blanca defendió su causa ante mí y lo hizo con bastante elocuencia, recordándome que había dejado el general por mí, que casi era su novia y estaba comprometida con él; que el general había abadonado su familia por ella y que debía acordarme que yo había sido su servidor y debía sentir vergüenza... Yo guardaba silencio mientras ella alborotaba por su cuenta y al fin me echaba a reir, para terminar aquel sermón. Al principio me tomaba por tonto, pero luego comprendió que yo poseía un carácter dócil y acomodaticio. En una palabra, supe conquistarme la aprobación y simpatía de aquella joven excelente, porque, después de todo, Blanca era una buena chica, claro que a su manera, no vaya a creerse que la tuviera en elevado concepto.

—Eres un hombre inteligente—solía decirme los últimos días—y... y es lástima que seas tan tonto. ¡Nunca, nunca tendrás nada! Eres *un vrai russe, un calmouk!*

Con frecuencia me mandaba sacar de paseo al general por la calle, como sacan a los perros los lacayos. Yo lo llevaba al teatro y al baile Mabille y al restaurante. Blanca me daba dinero para estos gastos, aunque el general llevaba siempre encima y le gustaba sacar la

cartera delante de la gente. Por poco tuve que recurrir a la fuerza un día para impedir que comprase, por setecientos francos, un broche que lo dejó deslumbrado en el Palais Royal, y que a todo trance quería regalar a Blanca. ¿Qué era para ella un broche de setecientos francos? El general no tenía más que mil francos y no sé de dónde los había sacado. Supongo que se los prestaría mister Astley, que pagó su cuenta en el hotel.

En cuanto a la actitud del general, respecto a mí, creo que ni llegó a barruntar mis verdaderas relaciones con Blanca. Aunque había llegado a sus oidos la noticia de mi suerte en el juego, debió suponer que yo vivía con Blanca en carácter de secretario o quizá de criado. Siempre me hablaba desde cierta altura y en tono autoritario, y a veces se dignaba reprenderme. Un día, durante la comida, nos divirtió inmensamente. No era fácil ofenderle, pero a lo mejor se envalentonaba conmigo sin saber por qué. No creo que él mismo lo supiera. Nos largaba un discurso sin pies ni cabeza y de pronto me gritaba que era un mozo indecente, que quería darme una lección... que ya me diría él... Y nadie le hubiera podido arrancar el motivo de aquellas bravatas. Blanca se moría de risa. Por fin se calmaba y lo sacábamos a paseo.

Yo noté que aumentaba su melancolía a pesar de la presencia de Blanca, como si echase algo de menos, y en dos ocasiones, aun no logrando expresarse con claridad, comprendí que me hablaba de sí mismo, de su carrera militar, de sus negocios, de su difunta mujer, de sus bienes. En cuanto daba con una frase entera, ya os podiais preparar a oírsela repetir sin descanso, aunque no expresase ni una idea ni un sentimiento propio. Traté de hablarle de los niños, pero se me escabulló con balbuceos sobre otro tema:

—¡Sí, sí, mis hijos; tienes razón, mis hijos!

Sólo una vez lo ví sentimental. Estábamos en el teatro y de pronto se puso a lamentar:

—¡Esos hijos desgraciados! ¡Sí, señor! ¡Esos hijos desgraciados!—y repitió la frase toda la noche.

Una vez que le hablé de Paulina, se me puso furioso.

—¡Es una ingrata! ¡Es mala y desagradecida! Ha deshonrado a su familia. ¡Si aquí hubiese leyes, ya le aplacaría yo sus humos, ya! ¡Toma, ya lo creo!

En cuanto a de Grieux ni quería oir su nombre.

—Me ha arruinado, me ha robado, me ha destrozado. Ha sido mi pesadilla durante estos dos años. El me

ha quitado el sueño durante meses enteros. Es... es... ¡Ah! ¡No me habléis más de él!

Comprendí que entre ellos había un secreto, pero nada dije ni hice para descubrirlo. Blanca me comunicó lo que ocurría, una semana antes de nuestra separación.

—*Il a du chance*—me susurró—. Ahora va de veras la enfermedad de la abuela y seguramente morirá. Mister Astley ha enviado un telegrama. Convendrás que el general es su heredero, y aunque no lo fuese, tampoco me importaría gran cosa. En primer lugar, tiene su pensión y además se sentirá feliz aunque viva en un cuartucho. Yo seré, de todos modos, «*Madame la Générale*». Entraré en la buena sociedad—este era el sueño dorado de Blanca—y acabaré por convertirme en una propietaria rusa; *j'aurai un château, des moujiks, et puis j'aurai toujours mon millon.*

—Y si se muestra celoso, y se pone pesado en ciertas pretensiones... en fin, ya comprendes...

—¡Oh! ¡Eso sí que no! ¡No se atreverá! He tomado mis precauciones, no tengas miedo. Hasta le he obligado a firmar un pagaré para Alberto. A la menor protesta, iría a la cárcel, y no se atreverá.

—Bueno, bueno, cásate con él...

Se celebró la boda sin ostentación, en un ambiente

familiar. Se invitó a Alberto, y Hortensia, Cleopatra y compañía fueron prudentemente excluídas. El novio se hallaba en el mejor de los mundos. La misma Blanca le hizo el nudo de la corbata y le perfumó con esencias sus cabellos. Con su levita ajustada al talle y su corbata blanca parecía *tres comme il faut.*

—*Il est pourtant tres comme il faut*—me hizo notar Blanca, al salir del cuarto del general, como si el hecho de estar *tres comme il faut* la sorprendiera a ella misma.

Aunque asistí a la ceremonia como mero espectador, me tomé tan poco interés, que casi he olvidado todos los pormenores. Sólo recuerdo que Blanca resultó no llamarse «de Cominges» ni ser su mamá *la veuve* «Cominges», sino «de Placet». No sé por qué se llamaron hasta entonces «de Cominges», pero me consta que el general estuvo encantado de aquel cambio de apellido, tanto, que aquella mañana, esperando que lo llamasen para partir, se paseaba por su cuarto repitiendo con aire de importancia:

—*Mlle. Blanche du Placet! Blanche du Placet, du Placet!...*

Y su rostro expresaba viva satisfacción. En la iglesia, ante el alcalde y en el banquete de boda, no sólo

se mostró alegre, sino orgulloso. En los dos se operó un cambio notable. También Blanca había adoptado un aire peculiar de dignidad.

—Desde ahora—me dijo muy seria—, mi conducta será completamente distinta. *Mais vois-tu*, nunca había pensado en una cosa espantosa. Ni de lejos pensé hasta hoy que no pudiera leer mi nombre: Zagoryausky, Zagoryausky, *madame la générale de Sago... Sago, ces diables des noms russes, en fin madame la générale a quatorce consonnés! Comme c'est agréable, n'est-ce pas?*

Por fin nos despedimos y Blanca, la tonta de Blanca, derramó lágrimas.

—*Tu étais bon enfant*—me dijo llorando—. *Je te croyais bête et tu en avais l'air*, ¡y te estaba tan bien!

Al darme la mano en despedida, me gritó:

—*Attends!*—y corrió a su habitación y al poco rato volvió con dos billetes de mil francos, cosa que nunca hubiese creído de ella—. Pueden venirte bien, porque aunque seas un *outchitel* muy instruído, no por eso dejas de ser un tonto. No te doy más de dos mil francos porque lo perderías todo jugando. ¡Bueno, adiós! *Nous serons toujors bons amis*, y si ganas, vuelve en seguida, *et tu seras heureux!*

Me quedaban quinientos francos de los míos, un re-

loj que costaba mil francos, algunos brillantes y otras joyas que me permitirían vivir algún tiempo sin preocupaciones. Me recogí en esta pequeña ciudad con el objeto de descansar y principalmente para esperar a mister Astley. Supe que había de pasar por aquí, donde lo retendrían todo un día sus negocios. Me enteraría de lo que había pasado e inmediatamente partiría para Hamburgo. No voy a Ruletenburgo, al menos hasta el año que viene. Dicen que es de mal agüero probar la suerte dos veces seguidas en la misma casa. Hamburgo es el punto más indicado para el juego.

CAPITULO XVII

Hace veinte meses que abandoné estas notas y hasta hoy, en mi tristeza y aflicción, no se me había ocurrido leerlas. Veo que las suspendí para ir a Hamburgo. ¡Dios mío! Con qué frescura y ligereza escribí las últimas líneas. Aunque no con tanta ligereza como confianza y fe ciega en mí mismo. ¿Acaso tenía yo alguna duda? Y al cabo de más de año y medio soy en mi propio concepto peor que un mendigo. ¿Pero qué es un mendigo a mi lado? ¡Yo soy una ruina! ¡Y yo sólo el culpable! Con todo, no puedo compararme con nada ni necesito darme una lección moral. ¡A estas horas nada sería más estúpido que entregarme a reflexiones morales! ¡Con qué orgullo, con cuánta satisfacción, ostentan sus rigores los hombres vanidosos! ¡Si supiesen cómo desprecio mi actual situación, no serían capaces de abrir la boca para corregirme! ¿Qué, qué podrían decir que yo no sepa? ¿Y acaso se trata de eso? Que dé una vuelta la rueda, y todo puede cambiar; esos mismos moralistas serán los primeros en venir a felicitarme dándome palmaditas en la espalda. Estoy

convencido de que no se apartarán de mí como se apartan ahora. ¡Al diablo todos! ¿Qué soy ahora? Cero. ¿Qué puedo ser mañana? ¡Mañana puedo resucitar de entre los muertos y empezar mi nueva vida! ¡Aún me queda madera para otro hombre!

Es verdad que fuí a Hamburgo entonces; pero... luego me escapé a Ruletenburgo y a Spa. Estuve en Baden, donde fuí en calidad de ayuda de cámara del consejero Giutse, un canalla a cuyo servicio entré al salir de la cárcel y con quien estuve de lacayo durante cinco meses. (En Ruletenburgo, me metieron en la cárcel por deudas). Un desconocido, no sé quién sería, me las pagó. ¿Quién fué? ¿Mister Astley? ¿Paulina? No sé. Lo cierto es que se pagó mi deuda, unos doscientos táleros, y me pusieron en libertad. ¿Qué iba a hacer? Entré al servicio de Giutse. Es un joven frívolo, holgazán, y como conozco a la perfección tres idiomas, podía serle de alguna utilidad. Empecé ejerciendo de secretario por treinta florines al mes y acabé por ser un vulgar lacayo. No tenía medios para pagar un secretario y me rebajó el sueldo. No teniendo donde ir, me quedé, reducido a la condición de criado. Comía poco y bebía menos, pero en cinco meses llegué a reunir setenta florines. Una noche, en Baden, le dije que me

marchaba, y esa misma noche fuí a la ruleta. ¡Ah! Cómo latía mi corazón. No era dinero, no, lo que yo ambicionaba, sino ver al día siguiente a todos los Giutses, a todos los *ober-kellners*, a todas las elegantes de Baden, hablando de mí, admirándome, elogiándome, inclinándose ante mi suerte. Claro que aquello no era sino pueril fantasía, pero... ¿quién sabe? acaso volviera a encontrara Paulina y le probaría que yo era superior a todos los azares del destino... ¡No, no era el dinero lo que yo amaba! Harto sabíame capaz de arrojarlo a los pies de cualquier Blanca y de correr a París por tres únicas semanas en mi propio coche tirado por un tronco de seis mil francos. Demasiado me consta que no soy ambicioso, tampoco creo que sea un manirroto, y sin embargo, con qué ansiedad, con qué sobresalto del corazón oía gritar a los *croupiers: trente et un, rouge, impair et passe*, o bien: *quatre, noir, pair et manque!* ¡Con qué avidez miraba a la mesa, donde se esparcían luises, federicos oro, táleros, y a los montones de oro cuando el *croupier* recogía las posturas, y a las pilas de plata, colocadas alrededor de la ruleta! Al entrar a la sala aquella noche, apenas oí el sonecillo del precioso metal desde muy lejos, alborotóseme toda la sangre sin poder remediarlo.

¡Qué noche aquella! Siempre me acordaré del momento de acercarme a la mesa de juego con mis setenta florines. Empecé a jugar diez, poniéndolos en el *passe*, por el que tenía un prejuicio favorable. Perdí. Me quedaban sesenta florines en plata. Después de pensarlo un poco, me decidí por el cero, jugando cinco florines cada vez, y a la tercera jugada ganó el cero. Estuve a punto de morir de gozo cuando me dieron ciento setenta y cinco florines. Inmediatamente coloqué en el rojo cien florines, y gané; dejé los doscientos y volví a ganar; pasé al negro los cuatrocientos y... gané. Lo cogí todo y lo jugué a *manque*... y también gané. Con lo que ya tenía sumaba todo mil setecientos florines ¡y eso en menos de cinco minutos! ¡En tales momentos se olvida uno de todos sus fracasos! Había ganado arriesgando más que la vida. Me había atrevido y... me sentía de nuevo hombre entre los hombres.

Tomé una habitación en el hotel, me encerré y estuve contando el dinero hasta las tres de la madrugada. Cuando me desperté aquella mañana, ya no era un lacayo. El mismo día determiné ir a Hamburgo, donde ni me habían encarcelado ni había servido a nadie. Media hora antes de partir el tren fuí a la ruleta y en dos jugadas perdí mil quinientos florines. De todos

modos me marché a Hamburgo, donde estoy hace un mes.

Vivo en continua ansiedad. Juego pequeñas posturas y espero algo, calculando días enteros ante la ruleta y observando los caprichos de la suerte. Hasta juego soñando. Pero noto que todo esto me tiene aturdido, embotado, como si fuese presa de una estupidez irremediable. Esta falta de sensibilidad se me ha revelado al encontrarme con mister Astley.

No nos habíamos vuelto a ver y nuestro encuentro ha sido casual. Paseaba yo por el jardín, pensando que estaba casi sin dinero, aunque aún me quedaban cincuenta florines y había pagado tres días antes cuanto debía en el hotel. Por tanto, aún podía probar fortuna, y si ganaba, seguiría jugando, pero si perdía me volvería a buscar una colocación de criado o de profesor en alguna familia de paisanos míos. Absorto en estas reflexiones daba mi diario paseo por los jardines y los bosques, que se extienden por toda la comarca.

A veces daba paseos de cuatro horas y volvía hambriento y fatigado, pero aquel día, apenas había salido del jardín para entrar en el parque, vi en el primer banco a mister Astley. Antes me había visto él y me llamó. Me senté a su lado, pero notando en él cierta

reserva y seriedad, moderé mi alegría, aunque me llenó de gozo aquel encuentro.

—¿De modo que usted por aquí? Ya pensaba que le encontraría—me dijo—. Háble me, háble me sin temor alguno, porque lo sé todo; conozco todos los pormenores de su vida desde hace veinte meses.

—¡Es asombroso el interés que se toma usted por sus viejos amigos!—le contesté—. Le agradezco mucho que no haya olvidado... Y a propósito, ahora que me hace pensar: ¿No fué usted quien me sacó de la cárcel de Ruletenburgo, donde me metieron por una deuda de doscientos florines? Un desconocido los pagó por mí.

—No, no; no fuí yo quien le libró de la cárcel a que le condenaron en Ruletenburgo por una deuda de doscientos florines; pero sabía que lo encarcelaron por una deuda de doscientos florines.

—Entonces sabe usted quién pagó mi deuda.

—¡Oh! ¡No, no puedo decir que sepa quién le rescató!

—Es raro; no conozco a ningún ruso de allí. Además, un ruso no lo hubiera hecho; sólo en Rusia se protegen entre sí los ortodoxos. Pensé que sólo un inglés excéntrico era capaz de hacer eso por capricho.

Mister Astley me escuchaba, algo sorprendido. Creo que esperaba hallarme abatido y disgustado.

—Me alegro mucho de verlo con el mismo espíritu de independencia y de buen humor—dijo, haciéndose cierta violencia.

—¿Con que le escama no hallarme disgustado y humillado?—le pregunté riendo.

Tardó un rato en comprender y entonces sonrió.

—Me gusta la observación, en la que reconozco a mi viejo amigo, inteligente, arrojado y cínico; sólo en un ruso pueden darse cualidades tan diversas. Es verdad que a los hombres les gusta ver humillados a sus mejores amigos; la mayor parte de las amistades se basan en la humillación. Pero en el caso presente le aseguro a usted que me alegro de no encontrarlo humillado. Dígame: ¿no piensa abandonar el juego?

—¡Maldito juego! Lo abandonaré tan pronto como...

—¡Tan pronto como recupere lo que ha perdido! ¡Lo que pensaba! No hace falta que me lo diga. Ha hablado por usted su corazón y ha dicho verdad. Dígame: ¿tiene alguna otra ocupación que no sea el juego?

—Ninguna...

Se puso a observarme detenidamente. Yo lo ignora-

ba todo. Apenas leía los periódicos, y en cuanto a libros, ni uno había abierto en todo aquel tiempo.

—Está usted desconocido. No sólo ha abandonado su método de vida, descuidando sus intereses públicos y privados, sus deberes de ciudadano, sus amistades—y conste que las tiene buenas—, no sólo ha perdido todo estímulo para cuanto no sea jugar, sino que ha perdido también la memoria. Yo lo recuerdo en un momento intenso y enardecido de su vida, y estoy seguro que se han apagado en usted sus mejores sentimientos, sus ilusiones, sofocados por el único deseo de redimirse con el *pair, impair, rouge, noir,* la docena de la mitad...

—¡Basta, mister Astley! ¡No me lo recuerde, por favor!—grité, casi colérico desde mi humillación—. Permita que le diga que no he olvidado nada, absolutamente nada, aunque he querido apartarlo todo de mi memoria hasta que cambien radicalmente las circunstancias de mi vida, y entonces... ¡entonces verá usted cómo volveré a resucitar!

—Estará usted aquí dentro de diez años—me dijo—, y que yo viva para podérselo recordar en este mismo banco.

—¡Bueno, basta!—interrumpí perdiendo la pacien-

cia—. Y para probarle que no me he olvidado de nada, permita que le pregunte: ¿dónde está Paulina? Si no me sacó usted de la cárcel me sacaría ella. No he vuelto a tener noticias de Paulina en todo este tiempo.

—No, no creo que ella le redimiese. Está en Suiza ahora y le agradeceré que no me pregunte más por ella—me contestó con resolución, no desprovista de cierta cólera.

—Lo cual significa que la quiere usted mucho—dije con forzada risa.

—Miss Paulina es la criatura más digna de respeto, pero repito que me hará usted un gran favor si deja de preguntarme por nada que se refiera a esa joven, a quien nunca conoció usted y cuyo nombre suena en sus labios como un insulto a mis sentimientos morales.

—¡No diga usted eso! ¡no sea malo! ¿De qué quiere usted que hable sino de aquello a lo que convergen todos mis recuerdos? Pero, tranquilícese, que no deseo meterme en sus asuntos particulares... Lo que a mí me interesa, si puedo hablar así, son los asuntos públicos de Miss Paulina, y de ellos puede usted ponerme al corriente en dos palabras.

—Sí, pero a condición de que sea en dos palabras.

Miss Paulina estuvo enferma mucho tiempo, y aún no está bien. Pasó algún tiempo con mi madre y mi hermana en el norte de Inglaterra. Hace seis meses, su abuela—¿se acuerda usted de aquella loca?—murió, dejándole una fortuna de siete mil libras. Actualmente, miss Paulina está viajando con la familia de mi hermana casada. Sus hermanitos, de quien también se acordó la abuela en su testamento, están en un Colegio de Londres. El general, su padrastro, murió hace un mes en París, de una apoplegía. Mlle. Blanche lo trataba bien, pero logró que pasara a ella todo lo que heredó su marido de la abuela... A esto se reduce todo.

—¿Y de Grieux? ¿No está también viajando en Suiza?

—No, señor; de Grieux no está viajando en Suiza; no sé dónde para. Además, una vez para siempre le aconsejo que no vuelva a hacerme preguntas insidiosas ni a mezclar nombres de manera tan indigna de un caballero, si no quiere tener que darme una explicación.

—¿Cómo? ¿A pesar de nuestra antigua amistad?

—Sí; a pesar de nuestra antigua amistad.

—Perdón, una y mil veces, mister Astley. Pero permita que le diga que no sé ver en mis palabras nada

innoble o injurioso; yo no acuso a miss Paulina. Además, hablando en términos generales, un francés y una señorita rusa, es una combinación, mister Astley, que ni yo ni usted podríamos explicarnos ni llegar a comprender.

—Si no une usted el nombre de de Grieux al de otra persona, me gustaría saber qué entiende por la expresión de «un francés y una señorita rusa». ¿Qué sentido tiene esa «combinación»? ¿Por qué precisamente un francés y una señorita rusa?

—Ya ve usted cómo le interesa el asunto. Pero es muy amplio, mister Astley, y antes necesita usted entender varias cosas. Con todo, su pregunta es trascendental, por ridícula que parezca a primera vista. El francés, mister Astley, es el producto de una tradición de belleza acabada. Quizá ni usted, como bretón, ni yo, como ruso, convengamos en ello, aunque sólo sea por envidia; pero nuestras damitas pueden ser de otra opinión. Puede usted hallar a Racine artificioso, afectado, alambicado, tal vez ni lo lea. Yo también lo encuentro artificioso, afectado, alambicado, y desde cierto punto de vista hasta ridículo; pero es encantador, mister Astley, y no se puede negar que es un gran poeta. El tipo nacional francés, o mejor dicho, pari-

siense, ya estaba moldeado en las más elegantes formas cuando nosotros éramos aún salvajes. La revolución heredó las tradiciones de la aristocracia, y ahora aun los más vulgares franceses tienen modales, palabras y pensamientos de exquisita elegancia, en cuya iniciativa ni su inteligencia ni sus sentimientos tienen nada que ver, puesto que se le han dado por herencia. Pues, bien, mister Astley, ha de saber usted que no existe en el mundo ser más confiado y candoroso que una muchacha rusa buena, inteligente y franca. De Grieux puede conquistar su corazón de la manera más fácil, presentándosele con algún oportuno disfraz. Posee maneras elegantes, mister Astley, y la joven toma por espíritu individual lo que no es más que ropaje exterior heredado de sus antepasados. Aunque haya de molestarle, he de decirle que ustedes, los ingleses, son en su mayor parte patanes y desgarbados, mientras los rusos, aficionados a todo lo bello, fácilmente se amoldan. Mas para adquirir hermosura de alma y originalidad de carácter, se necesita incomparablemente más independencia y libertad de las que tienen nuestras damas y señoritas... y especialmente más experiencia. Miss Paulina—perdóneme si he vuelto a pronunciar su nombre—necesita mucho, mucho tiempo para decidirse por

usted, prefiriéndolo a de Grieux. Tiene un elevado concepto de usted, es su amiga, le abre su corazón, y no obstante aún la dominará ese odiado canalla, ese abominable usurero. Por mera obstinación y vanidad mantendrá en ella su supremacía, ya que se le presentará como un marqués elegante, como el más generoso de los caballeros, que se ve en la ruina por haber ayudado a su familia y a su padrastro. No importa que todo eso sea falso, como se descubrió hace poco; lo que le interesa a ella es el de Grieux de sus ilusiones, que, aunque viva solo en su imaginación, es para ella tanto más amable cuanto se le hace detestable el de Grieux real. ¿No es usted un fabricante de azúcar, mister Astley?

—Sí, soy socio de la refinería Lovel y C.ª

—Pues, ya ve usted, mister Astley: por un lado, un fabricante de azúcar, y por otro, Apolo de Belvedere; es algo que no armoniza. Y yo ni a fabricante llego; no soy más que un vil jugador de ruleta, y hasta lacayo he sido, lo que debe saber Paulina perfectamente, por los buenos detectives que tiene, según veo.

—Está usted irritado y por eso dice tonterías—replicó el inglés con frialdad, después de mucho pensarlo—. Además, no hay nada original en cuanto dice.

—¡De acuerdo! Pero lo tremendo es, mi noble amigo, que por sobadas, por trilladas, por vulgares que sean mis afirmaciones, no dejan de ser menos ciertas. ¡Ni usted ni yo hemos adelantado gran cosa!

—No diga disparates... porque, porque... ha de saber—profirió el inglés con voz trémula y los ojos centelleantes—, ha de saber, hombre ingrato, indigno, desgraciado y perdido, que vengo a Hamburgo por expreso encargo de ella, a verle, a tener con usted una larga conversación y contarle luego a ella cuanto usted diga, sienta, piense, espere y... recuerde.

—¡Imposible! ¿Pero es verdad?—pregunté llorando a mares.

No pude contener las lágrimas. Creo que nunca me había pasado cosa parecida.

—¡Sí, desgraciado; ella lo amaba, y puedo asegurarle que precisamente porque es usted un perdido! ¡Es más: estoy seguro que, aunque le dijese que aún lo ama, se quedaría usted aquí de la misma manera! ¡Sí, se ha perdido usted sin remedio!... Con sus raras cualidades, con su aguda inteligencia, y no siendo un mal chico, que no lo es, podría usted prestar grandes servicios a su patria, que tan necesitada está de hombres...; pero si se queda aquí, cuente que su vida ha concluído. No

se lo recrimino, porque creo que todos los rusos son iguales, y si no iguales, parecidos. Cuando no la ruleta es otra cosa por el estilo. Eso con muy raras excepciones. No es usted el primero en no comprender la ley del trabajo, y no aludo a los campesinos rusos. La ruleta es el juego por excelencia para sus paisanos. Hasta ahora ha sido usted honrado y ha preferido servir de lacayo a robar... Pero me espanta pensar en su porvenir. ¡Basta y adiós! ¿Necesita usted dinero? Acépteme estos diez luises. No le doy más, porque lo mismo se los jugaría. Tome usted y adiós. ¡Tome, hombre!

—De ningún modo, mister Astley, después de lo que acaba de decirme.

—¡Tómelos!—gritó—. Aún lo tengo por un hombre honrado, y se los ofrezco como verdadero amigo. Si supiera que había de abandonar el juego para salir de aquí, volviendo a su patria, le daría ahora mismo mil libras para el comienzo de su nueva vida. Pero no le doy mil libras: le doy sólo diez luises por la sencilla razón de que mil libras y diez luises son hoy para usted lo mismo; todo es lo mismo... todo se lo jugaría. Tome esto y adiós.

—Lo aceptaré si me permite usted que lo abrace en despedida.

—¡Oh! ¡Con mucho gusto!

Nos abrazamos como buenos amigos y se marchó.

¡No, no tiene razón! Si hablé de Paulina y de Grieux con insolencia y grosería, también él estuvo grosero con los rusos. Y no hablo por lo que a mí se refiere. Por lo demás... no se trata ahora de estas naderías, que no son más que palabras y palabras; lo que se necesita aquí son hechos. ¡Hay que pensar en Suiza como en lo más importante de este mundo! Mañana... ¡Oh! ¡Si pudiera quitarme esa pesadilla del mañana! Si se pudiera volver a empezar, resucitar. He de probarles... ha de convencerse Paulina de que aún puedo ser un hombre. Sólo necesito para eso... hoy es demasiado tarde... pero mañana... ¡Oh! Tengo un presentimiento... ¡y no puede ser de otro modo! ¡Tengo quince luises y empecé con quince florines! La cuestión es empezar con cuidado... y ¡caramba! ¡ya no soy un niño! Puedo dejar de comprender que soy un perdido, pero... no que pueda levantarme. Me basta con tener paciencia y raciocinio: es todo lo que importa. Si una vez demuestro tener fuerza de voluntad, puedo en una hora cambiar mi destino. ¡Lo que importa es tener fuerza de voluntad! Sólo hay que recordar lo que me sucedió hace siete meses en Ruletenburgo, poco antes

de mi fatal derrota. Aquello fué un ejemplo de intrepidez. Lo había perdido todo y salía del Casino, cuando al meter la mano en el bolsillo de mi abrigo palpé con sorpresa un florín que me quedó olvidado. «Menos mal—pensé—que aún tengo con qué cenar». Pero aún no había andado cien pasos, cambié de parecer y volví atrás. Puse el florín al *manque*—sí al *manque* fué precisamente—, y ¡hay algo de particular en el hecho de un hombre, solo en el extranjero, lejos de su familia y sus amigos, que no sabe si comerá aquel día y se juega el último florín! ¡el último y el único! Gané y al cabo de veinte minutos salí del Casino con ciento setenta florines en el bolsillo. ¡Es un hecho! ¡Esto es lo que hace a veces el último florín! ¿Y qué hubiera sido de mí si me hubiese acobardado? ¿si no me hubiese atrevido?...

¡Mañana, mañana todo acabará!

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
1105460109
5385608680 53